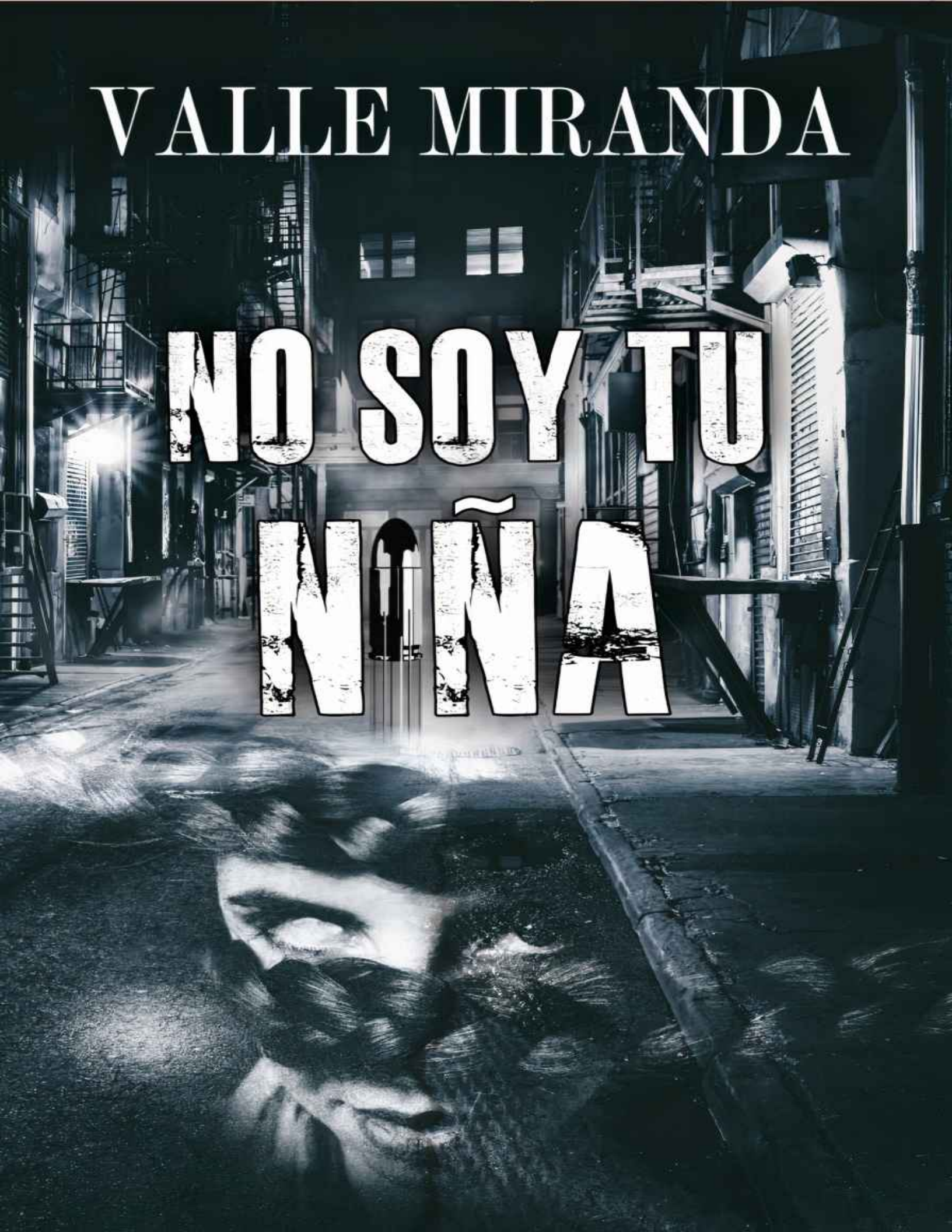
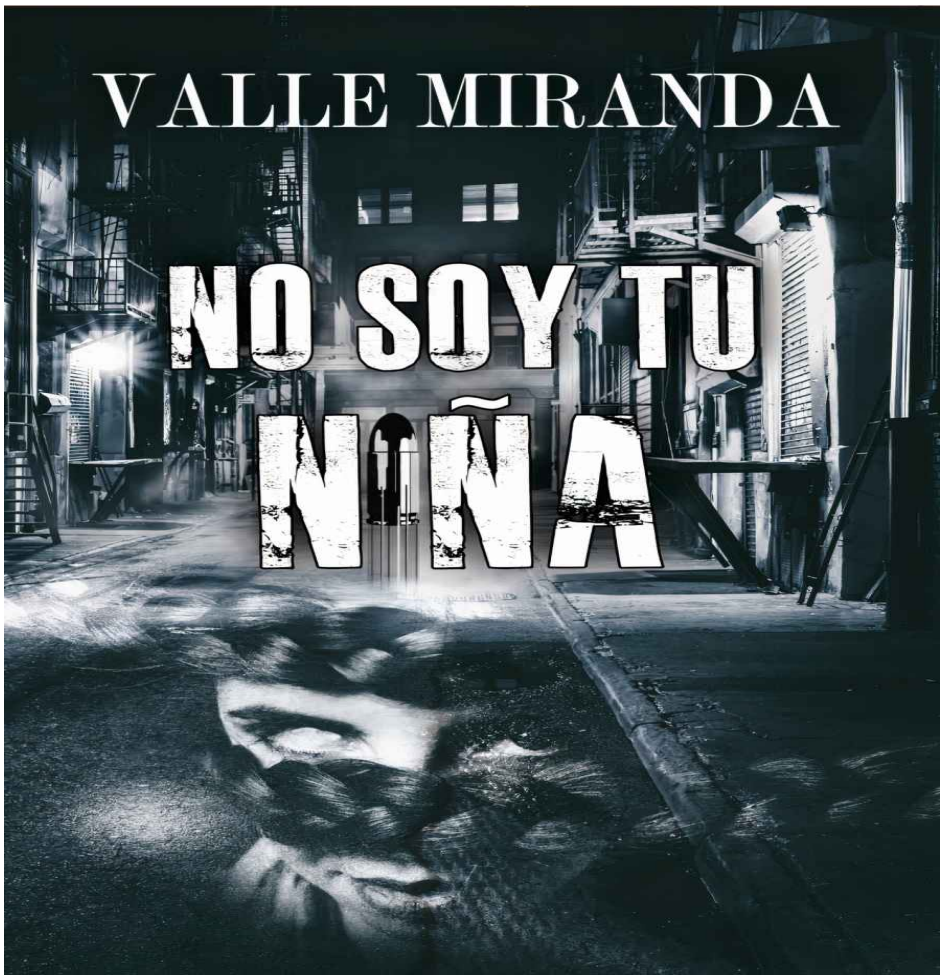

VALLE MIRANDA
NO SOY TU NÑA


VALLE MIRANDA
NO SOY TU
NIÑA

NO SOY TU NIÑA



VALLE MIRANDA

© Diciembre 2021

Novela: No soy tu niña
Autora: Valle Miranda
Diseño de portada y maquetación: Katy Molina

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright,* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Obra registrada en Safe Creative.

OMNIA VINCIT AMOR

Égloga X de las Bucólicas. Virgilio

Porque encendiste la luz,
y aunque alguna vez decidas apagarla,
yo ya nunca más viviré en la oscuridad.
V. Miranda

A mis hijos,

para que persigan sus sueños.

PRÓLOGO

Llevaba demasiado tiempo planeando aquello como para que saliera mal.

Lo tenía todo pensado. Le había costado localizar a las víctimas, determinar la secuencia, diseñar la escena. Pero, si algo tenía, era tiempo. Tiempo y un plan.

Había estado siguiéndolas algunos días, aprendiendo sus costumbres, averiguando cuales eran sus accesos más vulnerables. Viendo videos de YouTube, programas forenses, recreaciones de casos reales. Había disfrutado con la labor de documentación. Después, había borrado el historial y seguido con su vida.

Había esperado el momento perfecto hasta que, por fin, había llegado. Volvería a los agentes locos con un reguero de cadáveres y, después, la inactividad total impediría su detención.

Lo tenía claro, tan claro que salió de casa silbando una melodía pegadiza y se dirigió a una tienda para adquirir rollos de plástico que le ayudaran a evitar la contaminación del lugar donde las mataría. Tenía el plan bien meditado, en su cabeza no había lugar para el error.

Pagó en efectivo y entró en un supermercado para comprar guantes de látex que tampoco pagó con tarjeta. Sonrió al pensar que lo necesario para cometer un crimen pudiera encontrarse al alcance de cualquiera.

Una vez entrada la tarde, se vistió de negro, se puso una gorra negra con visera y ocultó su rostro con algo de atrezo. Salió de su casa, abrió el garaje del vecino con el mando duplicado y se subió en la furgoneta.

1

FÁTIMA

Fátima era feliz por primera vez en su vida, feliz en todos los aspectos. Feliz a secas.

Paseaba por la avenida de camino a casa después de la jornada laboral. Eran las ocho de la tarde pasadas de uno de los primeros días de octubre y las calles ya estaban oscuras, sin embargo, había bastante gente paseando. Ese hecho hacía que caminara despreocupada sin fijarse en los rostros, tranquila al encontrarse sumida en aquella maraña. Siempre sentía intranquilidad con la oscuridad, desde que, de niña, tenían que alumbrarse con velas cuando les cortaban la luz. Se agarraba a las faldas de su madre y era incapaz de aventurarse ni a la cocina a por un vaso de agua.

Ahora que todo en su vida, profesional y personal, se había encauzado, pensó ingenuamente, todas las penurias quedaban atrás y debía concentrarse en disfrutar la recolecta de lo sembrado, así que ni siquiera se percató de que una furgoneta negra se paró a su altura y salió un hombre de su interior.

Fátima intentó esquivar al sujeto vestido de negro, no mirarle a los ojos, mientras intentaba encontrar, sin éxito, un solo transeúnte en el corredor en el que se había adentrado para acortar el camino a su casa. Sintió miedo, y al segundo, alivio cuando el hombre pasó a su lado sin decirle nada, sin ni siquiera mirarla. Luego unas manos la apresaron por detrás y la metieron en volandas en la furgoneta. Una vez dentro, él le ató los pies, a horcajadas sobre ella haciendo caso omiso de sus chillidos, que apagó al instante con una cinta americana de color gris. Los manotazos e intentos defensivos de Fátima no sirvieron de nada. Después le ató las manos, y la dejó en la parte de atrás de la furgoneta para sentarse en el asiento del conductor.

Apenas tuvo tiempo de darse cuenta de lo que pasaba cuando ya no había nada que hacer. La fuerza física del tipo respecto a ella hacía que fuera imposible la huida. Una vez sola en el interior del vehículo cerró los ojos con mucha fuerza y los abrió seguidamente, con la intención de despertarse de aquella pesadilla, sin embargo, una vez abiertos, seguía en el mismo lugar. No

entendía qué estaba pasando ¿quién querría secuestrarla a ella? No era nadie, no tenía nada. Pensó fugazmente que debía tratarse de un error, y que, una vez deshecho el entuerto, la volverían a dejar en libertad como si no hubiera pasado nada. Pensamientos más funestos se le agolparon después en la cabeza. De alguna manera supo en ese instante, que no saldría viva de esa. Pensó en su madre y se le rompió el corazón. Pensó en Rubén, en todas las cosas que ya nunca harían, en las palabras que nunca se dirían. Aquellas que no había dicho a nadie antes, aquellas que guardaba para él y que, finalmente, se ahogarían en un mar de lágrimas sin llegar a sus oídos.

Empezó entonces a llorar, el llanto anegaba sus ojos, el escozor de la sal enrojecía su rostro. Lo hizo en silencio, no tenía sentido otra cosa en una situación en la que no podrían oírla, claudicó a su suerte.

El hombre condujo una media hora hasta llegar a una zona boscosa muy alejada de cualquier casa. Era, según la señalización, un coto de caza que, a aquellas horas de un día laborable, estaba vacío.

La sacó de la furgoneta y la ató mirando a un árbol, de forma que quedara de espaldas a él. Fátima se temió lo peor, horas de abusos en aquel paraje alejado e inhóspito. Pero no fue así. Apenas oyó un click, y luego, una pequeña explosión que no supo identificar como la de un arma de fuego.

Murió demasiado rápido como para poder analizar lo que había pasado.

No hubo una explicación, ni siquiera oyó la voz del que, impunemente, le sesgaba la vida. Nunca supo lo que estaba pasando, ni porqué a ella. Tal vez había sido el azar, la caprichosa concatenación de hechos que hicieron que estuviera en el sitio equivocado a la hora equivocada. Tal vez si otra mujer hubiera pasado por allí en ese momento… Si ella se hubiera detenido en aquel escaparate… Podría haberse salvado. Tal vez no.

Click, había oído, y tras ello esa pequeña explosión. Con su vida se fue también la ilusión de su nuevo trabajo en una peluquería de cierto renombre, la posibilidad de un futuro junto a Rubén. Todo se acaba, cuando se apaga una vida.

El hombre depositó el arma de nuevo en la guantera del coche. Su adquisición era lo que más le había preocupado en un principio y luego, se había sentido casi indignado al ver lo fácil que le había resultado hacerse con ella. Había aprendido a usarla gracias a internet. Desde luego, todo estaba en internet. Volvió a sonreír, eufórico porque todo hubiera empezado.

Con parsimonia desató los nudos de las cuerdas que ya nada apresaban, pues la vida de ese cuerpo había desaparecido como desaparece el agua de las manos, por resquicios insospechados, casi invisibles.

Desnudó el cadáver, y le puso el vestido que había comprado para la ocasión. Era un vestido de fiesta, bastante hortera, compuesto por un cuerpo de lentejuelas de color verde y una falda corta con un cancán debajo que le daba algo de vuelo. A continuación, le pintó los ojos, los labios y las mejillas con productos del mismo supermercado en el que había comprado los guantes de látex. La peinó, trenzando su brillante pelo negro y atándolo con dos coleteros del mismo color verde del vestido. La miró y pensó que era exactamente lo que había esperado.

Cogió a la muchacha y la volvió a meter en la furgoneta. A continuación, desenrolló una bolsa de basura y recogió todo lo que había en el lugar: los plásticos que cubrían la zona donde la había atado, las cuerdas que la habían inmovilizado… Se aseguró de que todo en aquel bosque pareciera igual que unos minutos antes, cuando, con Fátima aún en el maletero, había dispuesto la escena para evitar cualquier rastro de sangre que pudiera conducir a los agentes a determinar que aquella había sido la ubicación de algún hecho luctuoso.

Cómo le gustaba la oscuridad que traen las noches de otoño e invierno, eran apenas las once y no había ni un alma por la calle. Aparcó la furgoneta, salió del vehículo y miró a izquierda y derecha. No había nadie. Abrió las puertas y sacó el cuerpo en volandas, lo depositó en medio de la acera, en posición de decúbito supino. No había sangre, no había ni rastro de nada, excepto un color blanquecino en la piel y morado en los labios que delataban que algo no iba bien. Sonrió pensando que tal vez, los primeros transeúntes que se la tropezaran la esquivarían pensando que era una borracha. A saber las horas que podían pasar sin que se diera cuenta de la existencia del cuerpo en medio de una acera de un barrio obrero, muy poblado, de una gran urbe. En un mundo en el que ya nadie se preocupaba por nadie, la gente prefería evitar los problemas que enfrentarlos. Todo ventajas para personas como él.

Se subió al coche y condujo de nuevo por la ciudad. La operación de deshacerse del cuerpo había durado poco menos de cinco minutos. Estaba seguro de que nadie lo había visto. Se había cerciorado previamente de que ningún local comercial tuviera cámaras apuntando a ese sitio.

Se dirigió a un vertedero que estaba a una hora de camino y entró en él. Conocía el lugar y sabía que se procedía a quemar algunos deshechos a primera

hora de la mañana. Los operarios habían clasificado aquello combustible y lo habían depositado en un contenedor de color gris dentro de bolsas de basura de plástico de color negro, como la que él llevaba en las manos. Segundos antes de tirar los bultos en el contenedor se quitó los guantes, recogió el plástico que cubría el suelo de la furgoneta, y lo introdujo todo en la bolsa. Salió del vertedero sin ser visto.

Cuando llegó a casa, aparcó en el garaje del vecino. Se trataba de un septuagenario que hacía poco tiempo le había pedido el favor de que fuera por él a pasarle la ITV.

—Uno ya está mayor —le había dicho—, pero nunca se sabe cuándo puede necesitar un coche… Y no quisiera que me multaran.

Lo primero que había hecho era una copia de las llaves, el único fleco que le quedaba en el plan, se había resuelto de la manera más tonta.

Y sonrió, sonrió porque todo se había puesto ya en marcha, y había sido jodidamente fácil.



Agustín esperó a que dieran las doce para sacar a ese maldito chucho que su mujer se había empeñado en adoptar. Si lo sacaba antes, corría el peligro de que se acabara haciendo sus cosas en la alfombra por la mañana. Así que lo llamó, le puso la correa y se metió en el ascensor suplicando al cielo que no le diera por descargar allí mismo. No lo hizo.

Enfiló la calle al ritmo que marcaba el can, que se iba parando aleatoriamente hasta que, sin previo aviso, le pegó un tirón fuerte al dueño y se puso a correr. Huelga decir que Agustín perdió la correa, y, con fastidio, empezó a seguir al chucho a su ritmo. Si se perdía aquella odiosa fierecilla, ¿qué podía hacer él? Sonrió con ironía.

Pero al doblar la esquina lo vio husmeando un bulto que, entre la oscuridad de la noche y la vaguedad de su vista, no alcanzaba a identificar. Se acercó al cuerpo hasta tenerlo a sus pies y vio, con incredulidad que era una chica joven.

Al principio cogió la correa del perro y se alejó, tirando de él con más pena que gloria, pensando que sería una vagabunda, o, a juzgar por la indumentaria, una puta. Sin embargo, a los pocos segundos reculó y la observó con atención. Demasiado blanca y demasiado quieta para estar viva.

El pobre hombre volvió a su casa con el chucho, sin importarle si este había hecho o no sus necesidades. Lo hizo lo más de prisa que pudo, pues le urgía llamar a la policía y no tenía teléfono móvil, era demasiado mayor para aprender a usar uno de esos cacharros por mucho que sus nietos se empeñaran.

Ya en su hogar, fue presto al salón para coger el teléfono, marcando, acto seguido, los números de la policía sin ni siquiera mirar a su mujer, que estaba enfrascada viendo la televisión. Mientras pronunciaba las palabras, vio como ella demudaba el rostro, lo miraba fijamente y retenía una expresión de sorpresa en sus labios.

—¿Policía? Sí, quiero informar de que hay un cadáver en medio de la calle, una chica joven, vengan rápido, la dirección es…

2

VALERIA

El imbécil de Javier la había besado. No había entendido nada.

Valeria Jara acababa de aprobar las oposiciones como subinspectora a la nada desdeñosa edad de 38 años. Tuvo que cambiar de comisaría, pero, afortunadamente, no de ciudad. En las ciudades grandes siempre hay más oportunidades.

Hacía dos meses que había llegado a su nuevo destino y, tras unos días de adaptación, le habían asignado a un grupo liderado por Javier Martín.

A primera vista le había causado un gran impacto, pero fue en el instante en que él abrió la boca cuando no pudo mantener la compostura. Su voz, profunda, varonil, suave; sus ademanes agradables, sus gestos comedidos. Era el tipo de hombre que te hacía desnudarte, por fuera y por dentro, a un solo golpe de voz.

El rubor le había teñido el rostro. Consciente y abochornada, optó por mantenerse cabizbaja el resto de la reunión. Cuando la jornada acabó, la invitaron a acompañarlos a un bar cercano, para tomar unas cañas y conocerse. Ella había declinado la oferta para irse a su casa.

Los días fueron pasando y la relación con Javier era cada vez más estrecha. Tuvieron que hacer muchas diligencias juntos, lo cual daba lugar a muchas horas muertas, en un coche, o tomando un café. Se contaron sus vidas, o al menos la parte confesable de ellas. Valeria bebía sus palabras, de cadencia firme y melodiosa, como el mejor de los vinos. Javier le parecía un hombre simpático y abierto, de una educación exquisita, de esa que no es rancia, pero que sigue sorprendiendo. Un gran trabajador, buen director de equipo, inteligente, cauto, pero también valiente si la ocasión lo requería. Lo admiraba y sin saber cómo se enamoró de él. Sin quererlo. Sin evitarlo.

Una noche coincidieron en una cena de despedida de un compañero de la comisaría que se jubilaba. Ella no lo conocía apenas, pero las demás mujeres del departamento casi la obligaron a asistir a punta de pistola. Descubrió así otra faceta de su jefe, un animal social versátil también en la noche. No bailaba

exactamente, tampoco dejaba de hacerlo, su compañía se tornaba imprescindible, era de aquellos que, sin querer, se torna el alma de la fiesta.

A Valeria le costó mucho desmelenarse con todos sus compañeros alrededor, pero, como casi siempre, es una cuestión de ingesta, y de que toquen la canción, esa canción con la que no puedes quedarte quieta. Y bailó al ritmo de Lover why, de John Wesley.

Cerró los ojos dejándose llevar por el ritmo sin sospechar que, cuando los abriera, encontraría la mirada penetrante de él, fija en la suya. Y le gustó que no estuviera mirando otra cosa, porque mirar a los ojos, es ver a alguien, lo demás, es ir a ciegas.

Al día siguiente fue a la comisaría con una sonrisa de triunfo, llevaba esa mirada clavada a fuego, le quemaba las retinas. Rio pensando en el cliché de la policía enamorada del jefe, del compañero, como en todas esas novelas policiacas que la hastiaban y la sumían en el sopor o el disgusto.

El día transcurrió sin demasiados sobresaltos, muchas bromas entre compañeros y referencias continuas a la velada. Mientras rellenaban informes y despachaban el papeleo, bostezaban dejándose vencer por el sueño. Se cruzó con Javier un par de veces e intercambiaron sonrisas cómplices, rubores vergonzosos, roces evitables no evitados. Entonces apareció Arantxa, su mujer. Era una mujer de pelo castaño con mechas rubias, alta, delgada, con una elegancia innata que hizo a Valeria sentirse de menos. Se comparó inevitablemente, y, a su criterio, perdió el duelo.

Sin embargo, la existencia de una esposa no fue lo que la hundió, pues ya conocía el dato, sino la condición del niño que llevaba al lado, de la cual no sabía nada. Javier se había referido a su hijo muchas veces con una normalidad absoluta, que no dejaba entrever la enfermedad que le aquejaba. Supo que no podía interponerse entre ellos. No sería justo para nadie.

En la comisaría todos los saludaron con efusividad, haciendo bromas y jugando con el pequeño. A continuación, le presentaron a la mujer, que resultó ser muy agradable y cariñosa con todos, e incluso con ella, de la que nada sabía. Todo bien. Todo mal.

Durante los días siguientes le pareció que esas sonrisas que recibía por parte de Javier eran como las que recibían los demás, que no tenían nada de especial ni de único, no había un doble lenguaje en ellas. Se fijó bien y vio que el jefe era dado a tocar a sus compañeros, tanto hombres como mujeres. Una palmada en la espalda, un toque en el brazo para solicitar atención… Y empezó a

sentirse estúpida por haber dudado de los sentimientos de él, incluso por haber alimentado los suyos propios.

Así habían pasado dos meses, de un flechazo a primera vista, de un cliché odiado en el que había caído, a una decepción harto anunciada pero no por ello menos dolorosa.

Valeria se había refugiado en sus aficiones, en sus amistades y en su familia para olvidar. Se había escondido en su habitación a lamerse las heridas y a autoconvencerse de que aquello pasaría. Al fin y al cabo, se podía tratar de un sentimiento efímero, algo que tan pronto como había llegado, la abandonaría. Una ilusión que en nada se sostenía y que, por ello, al no alimentarse, se apagaría cual fuego al que no oxigenas.

Pero verle cada día era su oxígeno e iba a ser difícil olvidarle así, sintiendo su proximidad, respirando el mismo aire que expulsaba, compartiendo horas de investigación, debates, reuniones, cafés. Por eso tenía que concentrarse en todo lo que de él no le gustaba. Empezó a buscarle imperfecciones, a decirse que no era para tanto. Sin embargo, el hecho de verlas y asimilarlas le hacía conocer mejor a la persona de la cual se había enamorado. En aquello residía realmente el amor, en conocer y aceptar. Por lo que, lejos de desenamorarse intentado objetivarlo, lo quiso aún más. No podía deshacerse de aquel sentimiento. Pensó que quizá, dejándolo latente, acabaría por finalizar, como, al cabo, fina todo en la vida, hasta el amor.

Así las cosas, una noche en la que Valeria estaba de guardia les habían llamado con motivo de un tiroteo que se había producido en una nave industrial a las afueras, con un resultado de muerte de un hombre de mediana edad vinculado al tráfico de drogas. Reconociendo el lugar, la subinspectora Jara se habían topado con una persona agazapada, que portaba únicamente un cuchillo pero que estaba claramente intoxicado por todo tipo de sustancias estupefacientes. El joven se había echado encima de Valeria y a punto estuvo de clavarle el cuchillo.

Javier no la salvó, se zafó del individuo ella solita. Después, a gritos, alertó a otros agentes que estaban cercanos a la escena para que la ayudaran a inmovilizarlo y detenerlo.

El inspector Javier Martín ni siquiera estaba cerca de ella en ese momento, sin embargo, en cuanto se enteró, empezó a soltar tacos como un auténtico energúmeno y, yendo a su encuentro, la abrazó delante de todos.

En ese instante, Valeria Jara había sentido que estaban solos. En la calidez de su abrazo creyó de nuevo vislumbrar un sentimiento que traspasaba la amistad, del que tenía que huir como fuera.

Al día siguiente Javier le pidió que fueran a tomar algo tras la jornada de trabajo, ella no había sabido negarse. No fueron solos, Blanca, Fran y otro compañero, les secundaron. Lo pasaron muy bien, la conversación fue animada y las risas no faltaron, pero, a medida que iba pasando la noche los compañeros se fueron retirando a sus domicilios hasta que solo quedaron ellos dos.

—Te llevo a tu casa —le había dicho él.

—No es necesario, cogeré el metro, como hago siempre.

—He dicho que te llevo —insistió sonriendo—, anda, tira…

Habían paseado en silencio por la calle, en paralelo, sin rozarse, sin hablar. Se habían subido al coche, casi sin intercambiar palabras y Javier había arrancado rumbo a casa de Valeria sin preguntarle la dirección porque ya la sabía.

Una vez en la puerta, él se había bajado del vehículo para acompañarla a la entrada. No le abrió en la puerta, pero la acompañó. Para ella no era un gesto cursi o trasnochado, era una de esas atenciones que, lejos de empalagar, halagaban. Una de esas cosas que ya nadie hacía, ni hombre ni mujer, algo que marcaba la diferencia, que daba fe de la deferencia que Javier tenía para con los demás y que hacía que no pudiera pasarte inadvertido.

—Ayer casi me vuelvo loco cuando me enteré de lo que te había pasado —dijo.

—Diste un poco la nota, sí —contestó Valeria soltando una risilla nerviosa.

—Perdón, perdón… No quería parecer un histérico, ni, mucho menos, paternalista. No voy a decir que me sentí orgulloso de tu reacción ni de cómo te zafaste tú sola del tipo. Actuaste como un policía, como lo que eres —sentenció —. Solo decirte que me siento aliviado… Esa es la palabra.

Valeria calló. ¿Qué coño quería decir eso? ¿Qué se contesta a una frase así? Pensó, y se sintió azorada. Bajó el rostro, y la vista, musitando apenas una palabra de despedida, aunque no se movió del lugar.

Javier la cogió del mentón con dulzura y le elevó la cara hasta contactar las miradas, eran de una altura similar, apenas unos diez centímetros de diferencia. Se acercó a ella y la besó.

El imbécil de Javier la había besado. Se apartó de su proximidad intentando ordenar sus pensamientos, obligándose a creer que él no había entendido nada,

pero la verdad era que lo había entendido todo.

El inspector abrió la boca, pero las palabras quedaron silenciadas por el sonido del teléfono móvil.

Haciendo un gesto de disculpa lo cogió.

—Inspector Martín —dijo una voz al otro lado—, hemos encontrado un cadáver. Se trata de una chica muy joven, en medio de la acera, sin identificar. Venga lo más rápido que pueda.

—Un cadáver —repitió una vez hubo colgado el teléfono. Y esas dos palabras hicieron que Valeria despertara—. Vamos, te vienes conmigo.

Y volvieron a subir al coche los tres, Javier Martín, Valeria Jara y el silencio, que quería borrar lo que había ocurrido segundos antes.

3

ÁNGELA

Setenta años habían dado para mucho. Hoy darían para una fiesta.

Ángela salió al porche y volvió a contar las sillas dispuestas alrededor de la mesa, no faltaba ninguna. Se acercó con la camarera y empezó a colocar los platos de porcelana, las copas, los vasos, la cubertería… Era un día especial, no podía fallar nada.

—¿Estás segura de que quieres celebrar la cena en el porche? Estamos a mediados de noviembre, hace rasca… —repuso Miguel Álvarez, su marido.

—Tonterías, así lo hemos hecho todos los años… Hemos quedado a las ocho, no se nos hará tarde, anda ayúdame a…

Pero los interrumpió el timbre de la puerta. Ángela corrió a abrir, segura de que era el catering. Una vez hubo despachado a los dos hombres que le traían las cajas de la comida, volvió a salir al porche a por la camarera. Miguel se había sentado en una de las butacas del salón.

—Anda, ve a vestirte —ordenó Ángela—. No quiero que lleguen los chicos y te encuentren todavía sin arreglar.

—Me parece una soberana tontería tener que arreglarme para comer con mis hijos en nuestra casa…

—Es mi cumpleaños, y si digo que te arregles, te arreglas.

Ángela estaba próxima a perder la paciencia, por lo que su marido se dispuso a obedecer. Le encantaba recibir a gente, pero la estresaba en la misma medida. Mientras él desaparecía por las escaleras que conducían al segundo piso, ella volvió a la cocina y cargó las bandejas de aperitivos fríos para disponerlos sobre la mesa.

Siempre hacía una fiesta de cumpleaños que reuniera a toda su familia. Era una tradición y nunca había faltado ningún miembro. Estaba ilusionada y expectante por las sorpresas que depararía la noche. No había tenido ganas de cocinar, cosa que solía hacer, pero había contratado un catering y, en vista de la pinta de los canapés que ya había colocado, había sido todo un acierto.

Hacía una tarde espléndida, aunque ya estaban próximas las ocho de la tarde y el sol había desaparecido hacía rato. Se acercó a los interruptores para accionar las luces. Además de los faroles que iluminaban de ordinario el porche, habían colgado ristras de bombillas, blancas y azules, que le daban al espacio un ambiente festivo y muy cálido. Estaba satisfecha con el resultado y estaba satisfecha con su vida. Era el momento de dar las gracias.

Miró la casa desde el jardín, símbolo de su vida: fortaleza y belleza. Ángela había crecido en una familia pobre, como lo eran todas las familias de la posguerra. Había tenido una infancia más o menos feliz, en el pueblo, ajena a los infortunios que pasaban sus padres. Luego se había hecho mayor. De golpe. En un día. Y nada había sido igual.

Durante mucho tiempo pensó que aquello no podría olvidarse y que nunca podría ser feliz, pero ahora lo era, a pesar de lo vivido, a pesar de lo pasado. Procurando ignorar todas las deudas pendientes que no sabía cómo pagar. Un buen día había conocido a Miguel, que venía de la capital y pasaba el verano en el pueblo en una casa alquilada junto a su familia. El padre de Miguel era pintor, como lo era él, que ya aprendía el oficio. La vida les iba bien, pero, mucho mejor les iría cuando, algunos años más tarde, ya casados y con hijos en el mundo, surgiera un boom de la construcción y Miguel se subiera al carro montando una pequeña empresa que con los meses no paró de crecer.

Se habían comprado aquella casa y con la mudanza, habían dejado los recuerdos en el piso de cien metros que vendieron con bastante prisa. El marido no entendía por qué tenían que deshacerse del inmueble, pero ella así lo había querido y Miguel, que estaba loco por su mujer, no había replicado.

El timbre de la puerta principal la volvió a sacar de su ensimismamiento, corrió a abrir a los primeros invitados. Una de las cosas que menos toleraba Ángela, era la impuntualidad.

Julia, la hija mediana, la abrazó al grito de felicidades y después pasaron su marido, Carlos, y sus hijas. La pequeña corrió hacia la mesa para empezar a picar aceitunas y patatas fritas. Su abuela la reprendió y después recriminó a Julia la mala educación de su hija. Pero Julia hacía mucho tiempo que no hacía caso a los reproches de su madre. Sabía que lo hacía porque consideraba que era una forma de ayudarla así que asumió estoicamente la bronca y se sirvió una cerveza de la nevera. Abrió el botellín, bebió un trago y sorbió junto al brebaje palabras mudas de hastío.

A los pocos minutos llegó Jaime, el hijo pequeño, con sus dos hijos. Jaime se había divorciado hacía escasos dos años. Para la familia, especialmente para la madre, había sido un varapalo, pero con el tiempo, la rutina lo había normalizado todo, hasta las relaciones familiares con la ex mujer de Jaime.

Los que tardaron un poquito más fueron la familia de José, el mayor de los hermanos. Por fin sonó el timbre y, tras abrir Miguel, entraron en tropel con mil disculpas. Acompañaban a José, su mujer y dos de sus hijos.

—¿Y Patricia? – preguntó Ana, la hija mayor de Julia, que era de la misma edad y se llevaba muy bien con su prima. Patricia era la hija mayor de José que, sorprendentemente, no los acompañaba.

—Tuvo que salir —afirmó José visiblemente molesto—, sabía perfectamente que era el cumpleaños de la abuela y que teníamos que estar todos aquí a las ocho pero se empeñó en ir a casa de ese chico… Un trabajo de clase dijo que tenían que hacer, ya me conozco yo los trabajos de clase que se hacen a esa edad… Dijo que vendría directamente, pero por lo que veo, no ha llegado aún.

—Bueno, no pasa nada, total, solo es el cumpleaños de una vieja… —intervino Ángela con ironía —esperaremos un rato, a ver si aparece…

Pero se hicieron las nueve y no había rastro de Patricia, así que, en medio de un disgusto generalizado, se sentaron para cenar.

Los niños reían, los hermanos contaban anécdotas y chistes. Siempre las mismas conversaciones, que seguían arrancando risas a toda la familia. El catering era muy bueno, y no pararon de alabar los canapés, así como el pato, que se sirvió como plato principal.

Sobre las diez de la noche empezaron a preocuparse por la nieta mayor de Ángela, ni aparecía ni llamaba. Vale que fuera mayor de edad y que estuviera haciendo un trabajo de la universidad, pero aquel no era un comportamiento normal en ella, así que la madre la llamó al móvil. No contestó. Ana confesó entonces que le había estado enviando algún WhatsApp durante la cena y que tampoco había obtenido respuesta.

La abuela se negaba a sacar la tarta sin la nieta en la mesa. Los pequeños estaban a lo suyo, sin percibir la intranquilidad que se cernía sobre toda la familia.

Finalmente, Miguel se impuso.

—Voy a por la tarta, son cosas de niños, cosas que los padres tienen que atajar de raíz, pero cosas de niños, al fin y al cabo. El hecho de que esa

jovencita esté de picos pardos con cualquier chaval no va a estropearte el cumpleaños.

Así que el abuelo trajo la tarta con dos velas que representaban el número siete y el cero, y al son de la cancioncilla típica, Ángela sopló las velas. Como una suerte de superstición deseó al soplar que Patricia apareciese pronto. Sana y salva.

Una vez comida la tarta y dados los regalos de rigor, momentos en los cuales toda la familia intentó olvidar la preocupación que sentían latente, entraron y se acomodaron en los sillones del amplio salón.

Julia se aproximó a Cristina, su cuñada, y se sentó junto a ella en el sofá.

—¿Está saliendo Patricia con algún chico?

—Bueno, salir, lo que se dice salir, no creo.

—Ya…

—Hoy se ha empeñado en que tenía que ir a hacer un trabajo… Que ¡vete a saber! Igual es hasta verdad… —rio—. Se ha ido antes de las cinco prometiendo que estaría aquí a las ocho… Y ya ves, hasta ahora.

—Si está muy entretenida no estará echando cuenta al móvil… Es probable que lo haya silenciado para estar más concentrados…

—Sí, concentrados, será por lo que deben estar estudiando. Han pasado las diez de la noche, me parece tarde para no haber dicho nada —Cristina estaba visiblemente nerviosa—. Una cosa es que me hubiera dicho: mamá me voy de fiesta con mis amigas, es sábado. Pero no ha sido así, dijo que vendría a las ocho.

—Mujer, se le habrá ido el santo al cielo… Verás como aparece en breve… Y no vas a saber si abrazarla o echarle una bronca… Mejor lo primero. Porque como nos unamos todos, la primera mi madre… La pobre se va a ver muy acorralada. —Julia sabía, por propia experiencia, que aquella familia estaba muy unida y siempre actuaban al mismo son, unívocos en lo bueno y en lo malo, por lo que torpedear a Patricia en cuanto apareciera se le antojaba una auténtica encerrona.

—Voy a prepararme una copa —dijo Cristina entonces.

—Deja, voy yo, ¿ginebra?

Su cuñada asintió con la cabeza y Julia se acercó al mueble bar, donde la madre había dispuesto todo lo necesario: licores, vasos de diferentes tamaños y, en una pequeña nevera escondida tras una madera que simulaba una puerta más del mueble, los refrescos usuales para los combinados. Julia cogió dos tónicas y

partió uno de los limones que estaban en una pequeña bandeja junto a un cuchillo, mientras pensaba que había pocas personas tan perfeccionistas como su madre. Había pensado en todo, no faltaba un solo detalle. A cambio de todo aquello había obtenido, un libro, unos pendientes y un jersey… Pero también mucho amor de todos sus hijos y nietos. Deseó que, cuando llegara a su edad, la familia que formaban su marido y sus hijas, estuvieran tan unidos y se quisieran tanto como todos ellos.

Oía a Carlos y a sus hermanos, todos ellos con copas en las manos, charlar de fútbol animadamente. No parecía que nadie, salvo Cristina, estuviera ya preocupado, pues tras la primera conversación de disgusto, habían concluido que el amor adolescente puede más que el amor filial. Mientras le tendía a su cuñada el vaso con su gintónic con limón, llamaron a la puerta.

—¡Por fin! Ya abro yo —dijo Miguel, y salió de la estancia en dirección al comedor para abrirle la puerta a su nieta.

4

UN CADÁVER

Javier Martín, acompañado por Valeria Jara, condujo hacia una urbanización de las afueras de la ciudad en silencio. Tardaron unos veinte minutos en llegar, a esas horas ya no había mucho tráfico. Vieron las luces de los coches patrulla desde lejos y aparcaron en una zona de carga y descarga.

Un policía uniformado se acercó a Javier en cuanto le vio, era un hombre de mediana edad que se dirigió a él con familiaridad.

—Es una chica, inspector Martín, estaba tras los contenedores. La ha encontrado un hombre que reside cerca del lugar donde la dejaron. El forense no ha llegado todavía, el juez tampoco. La zona está acordonada, pero se ha formado un grupito de curiosos, las sirenas y el revuelo han hecho que salieran de las casas. Este es un barrio muy pijo, a media tarde ya no debe escucharse un alma… El ruido los ha alarmado y el boca a boca ha corrido rápido.

Javier le dio las gracias por la información y se adentró en la zona reservada, vieron una lona negra que ya cubría el cuerpo. Se les acercó otro policía, esta vez vestido de paisano.

—Si da su permiso inspector, le diremos a la ambulancia que se vaya y llamaremos al tanatorio.

—No, no —repuso una mujer uniformada que estaba cerca de ellos en una clara labor de inspección de la zona —hablen primero con el testigo antes de decidir, parece que la conocía y que pudiera vivir cerca de aquí, igual es necesario que se queden, por si cuando se lo digamos a la familia…

—¿Dónde está el testigo? —repuso entonces Valeria, adelantándose.

La policía la condujo hasta el hombre mayor, que estaba junto a un grupo de personas, visiblemente afectado, lo cual, pensó Valeria irónica, no le impedía contar la historia del hallazgo una y otra vez.

—Acérquese señor… —alzó la voz.

—Alfonso —se presentó—, mi nombre es Alfonso.

—Cuénteme, Alfonso.

—Pues verá… Salí de mi casa, que está justo enfrente de los contenedores. No crea que no nos hemos quejado al ayuntamiento ¿eh? —de repente le mudó la cara a un enfado incipiente—, hasta mi hijo que es funcionario municipal ha tenido que terciar, a ver porqué nos tenemos que tragar nosotros toda esa porquería, los olores, el ruido… Vamos, es que no me parece ni medio normal, yo pago mis impuestos igual que las demás casas y…

—Alfonso, Alfonso —le cortó Valeria—, no se desvíe de la pregunta, se acercó a los contenedores, y… —le invitó a seguir.

—Sí, y vi una cosa rara, un bulto muy grande, de un color que no se corresponde a ninguna bolsa de basura… Me acerqué más, al principio pensando que podía ser alguien que se hubiera desmayado o torcido un pie, ¿sabe usted? Pero cuando me agaché a preguntarle, ya vi que no era eso.

—¿La tocó usted, Alfonso?

—Pues claro, claro que la toqué… Le busqué el pulso, ¿sabe usted? Yo soy médico, bueno, jubilado ya, pero uno siempre es un médico, hasta que se muera… Le busqué el pulso, en el cuello, en la muñeca, acerqué mi oreja a su pecho buscando el latido…

"Estupendo" pensó Valeria, "el escenario contaminado con el rastro del buen samaritano, me cago en todo".

—Y no, nada, estaba muerta, ¿sabe usted? Así que saqué mi móvil del bolsillo y marqué el 091, porque llamar al 112 me pareció una tontería.

—¿Se acercó alguien más al cuerpo antes de que llegara la primera patrulla?

—Lo bueno que tiene esta zona es que está bastante vigilada, ¿sabe usted? Por el hecho de ser una buena zona y porque ha habido algún robo por aquí últimamente… Y ustedes no tardaron ni diez minutos en llegar. Yo me fui a casa a avisar a mi mujer de lo que había pasado y luego volví a salir, por si me necesitaban.

—¿Conoce a la chica, Alfonso?

—A ver… Conocer la que se dice conocer… Pero ese pelo no pasa desapercibido, ¿sabe usted? Así que me atrevería a aventurar que podría ser alguna de las chicas de los Álvarez… Viven a unas dos calles de esta casa, torciendo a la derecha. Sí, sí, podría ser una de las chicas de los Álvarez.

Valeria le dio las gracias, le pidió el número de teléfono y le dijo que le llamaría para hacer una declaración formal, pero que ya podía irse a casa. El hombre no se fue. La subinspectora se alejó directa al cadáver, pensando que, si volvía a oír la dichosa coletilla de Alfonso, gritaría.

Javier Martín estaba inspeccionando también a la chica, en cuanto la vio dijo:

—Fíjate Valeria, qué raro es todo. No se aprecia ninguna herida, se la ve tranquila, serena, los ojos cerrados, no hay sangre…

—¿No te resulta extraño su aspecto?

—¿Por qué lo dices?

—Ese vestido de lentejuelas… Dudo que una chica hoy en día se vista así para salir un sábado por la tarde. De hecho, es tan hortera que yo no lo llevaría ni a una boda. Y el maquillaje… Es algo subido. La víctima, por su aspecto, no debe tener más de veinte años, a esa edad las niñas de clase bien se maquillan lo justo, y además ahora se llevan los tonos nude…

—¿Nude? ¿De qué coño estás hablando, Val?

Val… Ese diminutivo que solo usaban fuera del trabajo. Ese que tan poco usaban, nunca en medio de una investigación, cuando casi siempre se denominaban por los apellidos. La policía se repuso rápido y siguió su discurso.

—Se llevan los tonos claros, un maquillaje casi imperceptible, tonos tierra en los ojos, labios solo con brillo, maquillaje muy sutil, en cambio esta cara… Fíjese inspector Martín, los ojos con ese color tan espantoso, a juego con el vestido, los labios rojos, y las mejillas… Ufff… Pero lo más inquietante de todo, es el peinado.

—El peinado —no preguntó, afirmó—, sí, hasta yo puedo ver que ese peinado no lo llevaría una adolescente, es un peinado de niña pequeña.

Ambos volvieron a mirar el rostro del cadáver, con esas trenzas rodeándole la cara. Acto seguido llegó el forense, y, mientras hacía su trabajo, los investigadores hablaron con el resto de los agentes que se encontraban por allí recopilando información. Valeria le contó a su jefe lo que le había dicho Alfonso. Una vez obtenida la dirección exacta, envió a dos policías al domicilio.

El forense, un hombre alto y canoso, con el que habían trabajado más veces y con el que se llevaban bien, los llamó.

—Madre mía, que horror, yo tengo una hija de esta edad…

Los inspectores asintieron con cara de circunstancias mientras observaban que el médico ya había movido el cuerpo.

—Del examen superficial puedo extraer que se trata de una mujer de unos dieciocho a veinte años, no tiene escoriaciones ni heridas superficiales. No hay piel bajo las uñas… Pero también os digo que tiene las manos inquietantemente

limpias, parece que se las han limpiado muy cuidadosamente. Presenta una herida de bala en la cabeza, a la altura de la nuca. La herida, al no manar sangre, es invisible desde la posición en la que se encontraba el cuerpo, por eso parecía que no le había pasado nada. Hay muy poca sangre, por lo que puedo afirmar que no la mataron aquí. La trayectoria se inclina ligeramente hacia abajo, y la bala sale por el cuello. La gargantilla que llevaba tapaba el orificio. Me atrevería a decir que fue colocada a posteriori con una clara intención de ocultarlo. Poco más os puedo decir, salvo que, a ojos vista, esa es la causa de la muerte. Sin embargo, si surgiera algo de los análisis forenses os avisaré en seguida.

—Lo sabemos, gracias.

—La juez ya está aquí, y quiere levantar el cadáver cuanto antes… Pero primero quiere hablar con vosotros.

Los inspectores se acercaron a la Juez, acompañada de la Letrada de la Administración de Justicia, que esperaban apoyadas en uno de los coches. La primera se dirigió a ellos con un saludo, la segunda levantó la vista del acta que estaba elaborando y prestó también atención a Javier, que fue el que inició la conversación.



Dos calles más abajo dos agentes se acercaron a la puerta número quince. Desde el exterior, la casa se veía poco tras la valla de piedra y metal. Tocaron el interfono y les atendió una voz de hombre. Se identificaron y el hombre les abrió. Les esperaba con aire extrañado en el dintel de la puerta.

—Disculpe, ¿es usted el Sr. Álvarez?

—Miguel Álvarez, si, ¿qué problema hay agentes?

Miguel no se dio cuenta de que Cristina, su nuera y madre de Patricia, se había situado detrás de él.

—Verá… ¿Es posible que una hija suya… O una nieta… ¿Sería posible que tuviera el pelo con las puntas teñidas de azul?

—Pues sí, así es, agente. Mi nieta Patricia lo lleva así.

—Mi hija lo lleva así, agente, pero no está en casa, la estamos esperando… —intervino Cristina sin poder callarse.

—Entiendo, entiendo, señora…

—Mi nombre es Cristina, ¿pueden decirme qué pasa? ¿Ha hecho algo? ¿Le ha pasado algo?

—Señora, ¿está usted aquí con su marido?

—Sí, es mi hijo —aclaró Miguel—. Es el cumpleaños de mi mujer, celebramos su día con una cena familiar, estamos todos aquí.

—Todos no —repuso Cristina amargamente.

—Todos no, cierto. Falta mi nieta mayor, había salido por la tarde y había dicho que se reuniría aquí con nosotros. La cena era a las ocho.

—Discúlpenme, pero… Cristina, ¿Podrían usted y su marido venir conmigo? ¿Es posible?

Cristina entró en la casa en busca de José y ambos subieron al coche patrulla. Los abuelos habían manifestado que los niños se quedarían con ellos a dormir y todos les habían pedido que, en cuanto supieran qué estaba pasando, les avisaran.

Una vez en comisaría, les metieron en una sala hecha con paredes prefabricadas amueblada con una mesa y cuatro sillas, una máquina de café y otra de chocolatinas. No les hicieron esperar mucho.

—Señores Álvarez, debo disculparme por haberles arrancado de la fiesta de aniversario sin ninguna explicación —la mujer que hablaba iba vestida de paisano y acompañada por el comisario Piedrahita, amigo de Miguel—. Soy Pilar, psicóloga, siéntense.

—¡A la mierda! —gritó José que ya había perdido la paciencia—Piedrahita, dígame qué está pasando, por el amor de Dios…

Pero de nuevo habló la mujer.

—Esta noche, un vecino de la urbanización en la que viven sus padres ha encontrado un… A una chica… A una chica muerta.

El matrimonio ahogó un grito de horror.

—Las características del pelo de la víctima hicieron que el vecino pensara que podía ser alguien de vuestra familia.

—Tengo entendido que estabais en una celebración familiar —intervino el comisario.

—Sí, el cumpleaños de mi madre…

—¿Estabais todos?

—Bueno, mi hija Patricia aún no había llegado.

—¿Cómo tiene el pelo Patricia? —preguntó de nuevo el comisario.

—Pues largo, castaño muy claro, liso… Y hace poco se tiñó las puntas de azul. Ya sabe, cosas de juventud… —contestó Cristina.

—José, por favor, serías tan amable de venir conmigo a la morgue… Para enseñarte… Es que no tenía objetos personales… Solo por descartar…

—¿Por qué no yo? —gritó la madre —si es mi hija quiero verla, necesito verla.

—No sabemos si lo es.

—Tal vez enseñándoles unas fotografías —planteó entonces Pilar.

—No, fotos no, necesito verla, en carne y hueso, si es mi hija quiero saber que es real.

El comisario accedió. Los cuatro se subieron en el coche personal de este último, el cual condujo en silencio hasta el edificio donde estaba ubicado el Instituto Forense. Les dejaron pasar tras acreditarse y los acompañó un bedel al sótano, donde les esperaba el forense que había estado minutos antes en el levantamiento. Tras unas breves palabras, el hombre abrió la cremallera de la bolsa negra. Un segundo bastó para que José, encogiéndose sobre sí mismo, admitiera reconocer a su hija.

Cristina les esperaba arriba y en cuanto vio la cara de su marido se puso a llorar, gritando sin consuelo posible. Pilar la abrazó e intentó serenarla, pero todo era inútil. El comisario pensó que no hay palabras que abarquen la inmensidad de perder a una hija.

Tras una hora en la que la psicóloga los acompañó intentando reconducir sentimientos, Piedrahita les dejó irse a casa porque ya habían tenido bastante por esa noche. Al día siguiente, los inspectores Javier Martín y Valeria Jara se desplazarían a su domicilio para interrogarles debidamente.

Javier y Valeria seguían en la comisaría. Era ya muy tarde, y encima sábado, pero tenían mucha información que procesar, mucho que ordenar, un plan de actuación que diseñar.

Se les habían unido algunos agentes más y Javier había repartido las tareas. Tenían poco por dónde empezar, pues los padres no sabían ni el nombre ni la dirección del amigo con el que había quedado su hija, así que, hasta el lunes siguiente, no podrían avanzar en ese sentido.

Hubiera sido fantástico que la urbanización tuviera cámaras de seguridad, pero no las tenía. Era una urbanización construida hacía más de cuarenta años y había envejecido mal, como sus moradores. Algunas casas sí tenían cámaras enfocando al interior, pero la del doctor que había encontrado el cuerpo, ni eso.

Por otra parte, al otro lado no vivía nadie, la casa estaba vacía. En frente, un solar sin construir. Ningún testigo, ninguna prueba. No tenían nada.

5

PATRICIA

Los Álvarez les recibieron de un negro riguroso. Los niños no se encontraban en la casa, pero los inspectores no creyeron necesaria su presencia en aquella primera declaración.

—Los acompañamos en el sentimiento —afirmó Javier—. Lamentamos tener que importunarles en estos momentos, pero es esencial que nos ayuden si queremos encontrar a la persona que le ha hecho esto a su hija.

—Lo entendemos —dijo Cristina—, pero no sé cómo podríamos hacerlo… Ya les dijimos anoche que no conocemos al chico con el que había quedado Patricia. Entiéndalo, estamos muy pendientes de nuestros hijos y de sus amistades, pero acaba de empezar la universidad, no nos ha dado tiempo a indagar, a conocer. Tenía un trabajo de clase —se justificó.

—¿Cómo era su hija? ¿Es posible que les dijera eso, pero tuviera otros planes en mente?

—Mi hija era la bondad personificada —contestó de nuevo la madre—Era cariñosa, buena, responsable, inteligente, compasiva, empática… Ayudaba a todo el mundo, no tenía enemigos… Y nunca nos mentía. Estaba mentalizada de que éramos a los que debía acudir en caso de problemas, y siempre lo hizo. La comunicación era muy buena, y muy fluida.

—¿Con qué problemas acudió a ustedes?

—¿Perdón?

—Ha dicho que acudía a ustedes en caso de problemas, ¿a qué problemas se refiere?

—Bueno, problemas, lo que se dice problemas, nunca tuvo. Dieciocho años no dieron para…

La voz de la madre se quebró y empezó a llorar emitiendo pequeños gemidos.

—Mi mujer se refiere a alguna pelea con una amiga, a quizá una nota inferior a la que esperaba… Un suspenso de algún examen… Poco hubo de eso,

pero alguno hubo. Lo que se llama problema a esa edad, lo que para la nuestra ya es una tontería.

—¿Salía su hija con algún chico?

—No, no salía con nadie. Se lo hubiera dicho a su madre, y ella a mí.

—¿Exnovios?

—Patricia era una chica guapa y extrovertida, no me cabe duda de que traería de cabeza a más de uno… Pero, formalmente, nunca nos presentó a nadie.

—Hubo un chico el año pasado, en el instituto —dijo la madre entonces—, nada serio… Era un buen chico.

—Díganos su nombre.

—Yago. Yago Piqueras.

—¿No se les ocurre nadie que pudiera tener algo contra su hija? Ya sabe, algún chico que la molestara… Alguna pelea reciente…

—No, nada. La vida de Patricia era normal. Nadie querría hacerle daño.

—Y, sin embargo —repuso el padre—, se lo han hecho.

Valeria les pidió permiso para ver la habitación de Patricia. Era una estancia grande y decorada en blanco y rosa pastel, aunque no resultaba cursi. Tenía una mesa con silla a juego de metacrilato transparente y una cama central doble. En la pared del fondo, un armario empotrado más grande que sumando todos los que Valeria tenía en su casa y, en un lateral, una estantería con muchos libros, algún juego de mesa y un peluche que constituía a todas luces un recuerdo sentimental, por ser la única nota infantil que quedaba.

Encima del escritorio había una balda con algunas carpetas y manuales de la carrera, un soporte de metal, también rosa, con cajas llenas de lápices, otros útiles de escritura y algunas fotos. Valeria le preguntó a Cristina por la identidad de los figurantes en las instantáneas. Se trataba de sus primos, en su mayoría, y de amigos del instituto.

La subinspectora le pidió a la madre si podía llevarse el ordenador y Cristina no puso objeción ofreciéndole también el iPad de su hija. Lo recogió todo tras una breve revisión de la habitación y la constatación de que no había nada destacable en ningún cajón. Una vez en comisaría, cedió todo lo incautado con el permiso de los progenitores de la víctima a la unidad de expertos informáticos y se fue a su casa, había sido un domingo largo.



El lunes a primera hora, pasaron por la universidad en la que estudiaba Patricia. Era una universidad pública, aunque gozaba de bastante prestigio. Se acercaron al campus de la facultad de derecho cuando daban las ocho de la mañana y en secretaria preguntaron por la clase de primero. Era esencial localizar a los amigos de la chica antes de que la noticia trascendiera.

Interrumpieron la clase del profesor de Teoría del Derecho y se dirigieron al alumnado.

Un chico y dos chicas levantaron la mano y salieron de la clase en silencio. Bajaron las escaleras y se sentaron en un banco del campus.

—Me llamo Toni —dijo el chico —. Patricia tenía que venir a mi casa para hacer un trabajo. Lara y Carmen también vinieron.

—¿Y a qué hora se fue de tu casa? —preguntó el inspector.

—No, señor, no se fue. No llegó a venir. La estuvimos llamando toda la tarde, pero no nos cogió el teléfono. No llegó a venir.

—¿Cómo era Patricia?

—Es una chica muy simpática —dijo una de las alumnas—, no nos conocíamos mucho porque el curso acaba de empezar… Pero nos cae muy bien… ¿Ha dicho era? ¿Qué le ha pasado?

Si, había dicho era. Valeria les explicó a los tres chicos que su amiga había muerto sin entrar en detalles, y les pidió que, si recordaban algún comportamiento extraño, un novio, un ex… cualquier cosa que les hubiera comentado, no dudaran en decírselo.

Tras despedirse de los amigos de Patricia, se subieron al coche de camino a la comisaría.

—Creo que el asesino conocía a la víctima —espetó Valeria.

—¿Por qué?

—Pues porque se dirigía a casa de ese chico… Toni. Y sin embargo dejaron el cadáver prácticamente delante de la casa de sus abuelos.

Javier lo pensó unos segundos.

—¿Quién nos dice que no la asaltaron allí? Piensa una cosa, Valeria, la chica dice que va a hacer un trabajo, la cita es real, pero, por lo que sea, decide no acudir… Igual había quedado con otra persona o recordó que tenía que hacer alguna gestión. A las ocho va a casa de la abuela, como había quedado, pero

alguien la intercepta. Es posible, desde esa hora hasta que descubren el cuerpo pasa un buen lapso de tiempo.

—Tienes razón. Todo radicará en la hora de la muerte.

—Incluso siendo así, no podemos saber si, sin avisar a nadie, decidió ir directamente a casa de los abuelos, digamos, para ayudar a Ángela, o por cualquier otro motivo.

—De nuevo te doy la razón —. Valeria estaba molesta por haber soltado aquella teoría sin filtros, Javier en dos palabras se la había destrozado. Debía acostumbrarse a pensar antes de hablar, aunque también era cierto que muchas veces le habían alabado aquella incontinencia verbal, ya que solía dar puntos de vista interesantes.



Valeria se dirigió a la sala de reuniones donde ya la esperaba Javier, el comisario Piedrahita y dos agentes de la unidad de homicidios: Fran Gómez y Blanca Cabrera.

—Tenemos informe preliminar de la autopsia —confirmó Javier—. El cadáver ha sido identificado como Patricia Álvarez, de dieciocho años. El cuerpo no presentaba heridas, escoriaciones ni hematomas y no se ha encontrado en él ningún rastro de ADN ajeno. Igualmente nos indican que no hubo agresión sexual.

Ambas mujeres respiraron aliviadas, los hombres asintieron ante la noticia.

—La causa de la muerte es una herida de bala, con orificio de entrada y de salida. Le disparó en la cabeza, a la altura de la nuca y desde atrás. Puede saberse que estaba de pie. Tiene señales de haber sido maniatada y también de que le pusieron algún tipo de esparadrapo en la boca para que no gritara. No sabemos si fue drogada, ni tampoco si consumió alguna sustancia, ya fuera de mutuo propio o suministrada por el agresor. Por ahora, poco más nos puede decir el forense, salvo que, en apariencia, no tenía ninguna enfermedad.

—¿La hora de la muerte?

—Los forenses nos dan un intervalo de doce horas, así que, por ahora, todas las hipótesis son posibles. He pedido que nos digan la ubicación del teléfono móvil, supongo que no tardarán mucho. ¿Habéis mirado en la base de datos muertes similares en los últimos meses?

—No, Javier —dijo Blanca, los demás negaron con la cabeza.

—No pasa nada, voy a llamar a alguien para que lo haga.

Javier levantó el teléfono de la sala, en la cual no había ordenadores, y llamó a la oficina, le contestó el agente Rafael Nogales, recién licenciado. Le explicó lo que quería que hiciese y le pidió que le llamase en cuanto lo hubiera hecho.

Nogales estaba saturado, tenía delante a un montón de gente que habían venido a denunciarse unos a otros por una pelea vecinal que había acabado fatal. Los gritos histéricos y las voces de los presentes le hacían imposible concentrarse, pero no podía decirle que no a Javier Martín, era toda una eminencia dentro y fuera de esa comisaría. Como pudo, puso cierto orden entre los presentes y se dispuso a hacer rápidamente lo que el inspector le había pedido. El chico, en su afán de agradar, de ser rápido y eficiente para con su superior, olvidó buscar en la base de datos específica de violencia de género.

—¿Cámaras en el lugar?

—Nada. Se trataba de un espacio residencial y justamente la dejaron en la entrada de la urbanización, en su mayoría era descampado, y alguna casa sin habitar. El hombre que la encontró era el vecino más próximo al lugar donde estaba el cadáver, sin embargo, afirma que ni vio ni oyó nada extraño.

—¿Vivía solo?

—No. Vivía con su mujer. No salió a curiosear, pero uno de los agentes se acercó a la casa a hablar con ella, está bastante sorda, cosas de la edad, así que no nos fue de ninguna ayuda.

—Chicos —intervino el comisario—, no quiero que suene a un empeño personal, aunque de algún modo lo sea. Miguel Álvarez es un buen amigo mío, nos conocemos desde hace años y es un buen tipo. No se merece, ninguno de la familia se merece, lo que les ha pasado. Sabéis que me jubilo en un año, no quisiera irme de aquí siendo el que no supo resolver el crimen de la nieta de su amigo.

—Lo entendemos, comisario, haremos todo lo que esté en nuestra mano.

—Y yo lo haré con vosotros, tenedlo por seguro. Pedidme todo lo que queráis, intentaré que tengáis todo a vuestro alcance para atrapar a ese cabrón.

—O cabrona… —musitó Blanca.

—O cabrona —admitió Javier, que, por estar a su lado, la había oído perfectamente murmurar.

—¿Qué tenemos? —preguntó el comisario.

—Poco más, comisario —dijo Fran.

—No es cierto, hay varias cosas que mirar aún. Los informáticos están con los dispositivos electrónicos. Hay que ir a ver al exnovio, habría que acercarse a la compañía de transporte público municipal para saber si llegó a coger el autobús… Juega a nuestro favor que lucía un pelo particular. La gente la recordará.

—Y después está el tema de la escenografía…

—¿Qué quiere decir, subinspectora Jara? —preguntó el comisario.

—El vestido. Creo que lo podemos rastrear. Quizá llegar a dónde lo compraron y a quién lo hizo. El arma. Identificarla y cotejarlo con aquellos que tengan licencia. E incluso habría que pedir que analizaran los cosméticos —dijo Valeria.

—¿Por qué?

—Veo clara una intención: hacerla parecer una niña pequeña… Las trenzas, el maquillaje llamativo, el vestido de colores… Parece una niña jugando a princesas.

—¿Una fijación infantil?

—Podríamos ir al psiquiátrico a ver si tratan a alguien con ese perfil… —apuntó Blanca.

—Me parece bien. Lo que se les ocurra bien estará. Hay que intentarlo todo, rastrearlo todo. Me escama el hecho de que no haya un solo rastro de ADN. Todo tan pulcro, tan limpio y aseado… Nos enfrentamos a alguien que borró sus huellas con perfeccionismo.

—Nos faltaría saber dónde la mataron.

—Cierto, pero… ¡La ciudad es tan grande! E incluso puede que sucediera en cualquier lugar de las afueras. Público o privado. Es buscar una aguja en un pajar. Para ubicarlo necesitamos un golpe de suerte, un testigo… Por ahí no hay salida, no perdáis el tiempo en eso.

—Pues parece que hay trabajo que hacer, así que vamos, a trabajar —ordenó Javier—. Blanca, al instituto de salud mental. Fran, a la empresa de autobuses.

—Jara, con el vestido. Yo voy a ver al exnovio. Mañana a las ocho, nueva reunión.

Antes de que se movieran sonó el teléfono, era el agente Rafael Nogales.

—Javier, no he encontrado nada. Muertos por herida de bala hay pocos, todos ellos hombres. La mayoría de los casos están relacionados con mafias. Uno de ellos se trata de una discusión familiar. No he visto nada que se parezca a vuestro caso.

—Perfecto. Gracias Nogales.



Valeria se fue a su mesa, recogió los papeles que tenía desplegados en aparente desorden y los fue metiendo en las carpetas correspondientes. Es cierto que se la podía tachar de desordenada, pero todo tenía sentido en su cabeza. Era su primer caso de homicidio como subinspectora y estaba concentrada en dar la talla. Nadie se lo había dicho, ni siquiera Javier, pero sabía que su empeño en que el cadáver de Patricia había sido cuidadosamente preparado, era un acierto y que, por esa vía, lograrían resultados. Lo que no sabía era lo definitivos que estos serían.

Necesitaba salir de la comisaria, aunque lo cierto era que no tenía motivos para sentirse incómoda. Javier Martín estaba en modo profesional, y, salvo el desliz en la escena del crimen, utilizando su diminutivo con esa familiaridad que guardaban para horas no laborables, su actuación para con ella había sido impecable. Ni siquiera la había mirado, solo la veía.

Blanca se le acercó antes de salir a hacer la tarea que le habían encomendado.

—¿Quieres salir a tomar algo luego? Me apetece una cerveza y una buena charla sobre el caso, ¡estoy entusiasmada! A ver, no me malinterpretes, me parece terrible lo que ha ocurrido, pero ya sabes, la investigación va a ser un gran aliciente. Uno se hace policía para cosas así…

—Sí, Blanca, te he entendido. Vale, salgamos luego. Vuelve y vamos.



Terminada la jornada laboral, ambas compañeras estaban sentadas en el bar de siempre con un botellín de cerveza en la mano. Blanca era unos cinco años más joven que Valeria, entusiasta y sincera, sin muchos filtros. No se habían hecho buenas amigas todavía porque Valeria era tímida e iba con pies de plomo, pero se veía claro el esfuerzo de la chica por hacer que encajara, porque se sintiera parte del grupo.

—¿Qué tal con los loqueros?

—Psss, poca cosa, les he contado que buscábamos un perfil obsesionado con la infancia, con las niñas pequeñas… Se han ido a los pedófilos, pero en seguida les he sacado del error.

—Puede que no sea un error. Puede que sea así, que al delincuente sea eso lo que le excite, que no le haya hecho nada a Patricia porque es su primera víctima, que con las demás se vaya soltando.

—¿Con las demás...? —Blanca abrió más los ojos, de repente, en una clara señal de agradable sorpresa —. ¡Hola jefe! ¿Vosotros por aquí?

Valeria se giró y vio que Javier, seguido por Fran y otro compañero más, se dirigían hacia ellas.

—Pero chicas... —dijo Fran—, ¡si siempre venimos a este antro! No podéis escapar de nosotros… ¿O no queréis? —se rio y le pasó la mano por encima de los hombros de Blanca. Aquellos dos estaban siempre flirteando, pero estaba claro que era un juego de amigos y que nunca pasarían de ahí.

—Valeria estaba diciéndome que no descarta un pedófilo —Blanca no se lo pensó a la hora de revelar contenido de la investigación delante del policía que acompañaba a Fran y a Javier, pues, aunque no formara parte del operativo, un compañero es un compañero, siempre.

—No descartamos nada —confirmó Javier—, apenas estamos empezando.

—Ya, pero no hay agresión sexual.

—Lo sé, pero puede que en otras futuras víctimas potenciales la haya, no sabemos en qué punto de la psicosis está —volvió a razonar Javier.

—Vosotros dos —dijo Blanca señalando a Javier y a Valeria con la mano con la que sujetaba la botella—. Tenéis una mente enferma —rio—. Habéis supuesto exactamente lo mismo con minutos de diferencia. ¿Qué próximas víctimas? Haceros un favor y no veáis tantos capítulos de Mentes Criminales. Ni esto es América ni vosotros estáis en el FBI.

—Yo he pensado, jefe, que esa gente maneja pasta —intervino Fran—, tienen conocidos, amigos influyentes… Es posible que se trate de una venganza hacia el abuelo, quizá hacia el padre, que es fiscal.

—Mierda —dijo Javier —. ¿Cómo no lo hemos pensado antes? Hay que interrogar de nuevo al padre, preguntarle por los juicios en los que haya intervenido como acusación.

—Claro, igual algún acusado tenía cierta fijación con las niñas, igual José consiguió que lo metieran en la cárcel. Puede que haya salido y lo primero que ha hecho es buscar venganza.

—Con la cantidad de años que llevará en ejercicio… No se acordará ni de la mitad, pero, cuando alguien te da de veras escalofríos… Lo recuerdas. Mañana lo llamaré temprano, iremos a verle tras la reunión.

Blanca volvió a mencionar la posibilidad de que hubiera nuevas víctimas que siguieran ese patrón.

—No es un asesino en serie —insistió Fran—. Eso aquí en España no existe, es un producto americano. Como los perritos calientes, que son un bocadillo de salchicha de toda la vida de dios. Y la salchicha es alemana.

—Pero Fran, ¿qué estás diciendo? —preguntó Blanca con una carcajada.

—Joder Blanquita, Frankfurt de toda la vida, ¿dónde está Frankfurt, en Milwaukee? —y prosiguió, también de broma—, o en Quantico, ¿cómo el FBI?

Se rieron con las ocurrencias de Fran, sin embargo, tras la risa, las cabezas de todos ellos iban a mil por hora. No debían dejar nunca aquellas reuniones informales, tras la broma más absurda, podía ocultarse una gran verdad. Javier lo sabía, por eso, al ver a las dos policías salir juntas en dirección al bar, había corrido a buscar a Fran y a Adrián para ofrecerles tomarse una cerveza juntos en el lugar de siempre. Por eso y porque volver a ver a Valeria antes de irse a casa, tras toda una tarde separados, le era necesario.

6

GERARDO

A las ocho de la mañana Valeria entraba en la sala de reuniones con un vaso de café con leche amargo y humeante.

Allí estaba ya Javier. Se saludaron secamente, los demás no tardaron en llegar. A Valeria no le dio tiempo de recrearse en el porqué de esa frialdad por su parte. Eso era lo que ella había querido, ¿no? Una mera relación profesional, pensó. No. No era eso lo que quería, eso era lo que debía ser, y así sería.

Le había gustado que entrara en el bar la noche anterior. Le sorprendió su buen humor, aunque es cierto que solo hablaron del caso. Era un buen elemento de distracción, de haber seguido con las tareas de siempre, todo habría sido mucho más difícil. Quiso entender qué pensaba su cabeza, que se escondía detrás de aquellos ojos castaños que apenas la miraban, que no cedían a un impulso que bien debieran tener; el mismo que tenía ella.

—Buenos días. Adelante, Blanca, empieza tú.

—Buenos días, chicos. Vamos a ver, en realidad no he sacado demasiado en claro. Me atendió la directora del centro y lo primero que dijo es que sin orden judicial no podía darme los datos de ningún paciente. Sería distinto si tuviéramos ya un nombre, un sospechoso. Sin tener ni una sola prueba no podemos ir a ver a la juez y decirle: "oiga, Señoría, deme usted una carta en blanco para meter las narices en todos los historiales clínicos de psiquiatría" —sonrió ante su propia ironía—. No, no es posible, claro…

—Eso lo sabemos, Blanca —repuso Javier, cortante. La chica no se lo tomó a mal, hacía ya muchos años que lo conocía. Continuó hablando.

—Le pregunté por lo que habíamos hablado antes, la posibilidad de alguien obsesionado con la infancia… Alguien que quisiera revivirla. Me dijo que, más que eso, el perfil de enfermos que tenían era gente que se había quedado estancado en la niñez, que no habían madurado psicológicamente y se seguían viendo como niños, por tanto, sintiéndose atraídos por los niños. Fue una charla muy interesante, ya sabéis cómo me gusta la psicología, pero bastante infructuosa para el caso. También me dijo que las personas que se encuentran

en esa situación se relacionan habitualmente con niños y los mayores les producen respeto. Incluso miedo.

—Una pulsión asesina de alguien que se ve como un niño y por eso las hace parecer niñas.

—Según me explicó la doctora ahí hay un inconveniente: la gente que se ve a sí misma como un niño, no tienen conciencia de adulto. Es decir, no se relacionan con adultos, sino con niños de la edad que creen tener. Por tanto, sería más factible si las asesinadas fueran niñas.

—Ya, pero también es posible que tenga fantasías sexuales y que para ello busque mujeres algo más mayores que una niña en sí, que ya tengan cuerpo de mujer… Patricia tenía dieciocho años, es una edad muy próxima a la niñez. Creo que si tiene deseos sexuales los podría tener hacia mujeres de esa edad aproximadamente —dijo Fran.

—No la tocó, Fran —dijo Javier—, os empeñáis en un móvil sexual, pero no le hizo nada.

—Puede ser que sea amor platónico… Que cuando ella le dijera que no, se pusiera agresivo y la matara.

—¿Insinúas que le conocía?

—No tiene por qué, pero me atrevería a decir que el asesino la acechaba, tenía fijación con ella.

—Es posible, sí. La doctora me dijo que, si el asesino tenía una edad similar a la de Patricia, era factible que la conociera. Puede ser que dirija su atención a chicas adolescentes o con ese aspecto. La psiquiatra no quiso descartar ninguna hipótesis, solo me dijo que no podía darme nombres debido al secreto profesional, la protección de datos y todas esas cosas, pero que, si necesitábamos un perfil, estaba dispuesta a ayudarnos.

—Hay algo más que no cuadra —repuso entonces Valeria—, el modus operandi. Por lo organizado que es no concuerda que sea un enfermo mental que se cree un niño. Es evidente que no la mató en el lugar donde la dejó. No quedaba un solo rastro. No había sangre, cuando lo normal sería que el cadáver yaciera sobre un gran charco rojo. Tenía un plan. La secuestró, aún no sabemos dónde, la llevó a un lugar seguro, que también desconocemos, y la mató. Probablemente la arregló también allí. Le quitó la ropa, le puso el vestido, la peinó, la maquilló y luego se fue al barrio donde estaba su familia para dejarla cerca de ellos. Igual sabía de la reunión familiar…

—O la secuestró en el barrio. No podemos saberlo aún. Pero tienes razón Jara, ese no es el perfil que buscamos. En realidad, no sabemos que buscamos, estamos dando palos de ciego —admitió Javier —. ¿Algo más, Cabrera? —se dirigió de nuevo a Blanca.

—Humm… No le pregunté por psicópatas, pero ella misma se refirió a ellos. Dijo que, si se trataba de alguien así, sería una persona sin empatía. Una persona inteligente, capaz, organizada… Pero completamente insertada en la sociedad. Alguien que rara vez tendría un perfil clínico.

—Vale. Abandonaremos esa línea de investigación por ahora… Si hay que volver a ella, ya se verá. Fran, ¿qué tienes?

—Nada jefe. Lo resumo rápido. El autobús que tendría que haber cogido Patricia era el sesenta. Aunque tuviera que hacer transbordo luego esa es la única línea de autobús que llega a la urbanización donde vive. Normalmente solo hacen esa ruta dos conductores, aunque a veces algún otro puede cubrirla por causa de fuerza mayor, una enfermedad, una baja, asuntos propios, vacaciones… De todos modos, ese no fue el caso. Localicé sin demasiados problemas a la persona que condujo el autobús ese día. Lo lógico sería que la conociera, que le sonara la cara, pero no. Por lo que se ve no debe frecuentar demasiado el transporte público. Me dijo que a esa hora hay mucho movimiento de gente. Muchos chicos se desplazan, sobre todo en fin de semana, para pasar la tarde en el centro con sus amigos. La urbanización es grande y está llena de gente joven. Recordaba que había recogido a bastantes chavales ese día en la parada, pero dijo que todos le parecen iguales, que no se fija en las caras. Además, casi todos tienen tarjeta de bonos de viaje, ya nadie paga con dinero en efectivo. Entran en tropel, pasan la tarjeta por el detector… Y él apenas los mira. Por ahí nada, jefe. Al salir de la empresa y antes de volver a comisaría, me pasé por la parada para comprobar si hay alguna cámara de seguridad cerca. No es así. Es una zona residencial, sin comercios. Pregunté en las casas próximas. Todas las cámaras miran hacia adentro.

—Entonces, no hemos aclarado nada… Pudo cogerlo, pudo no cogerlo, pudo encontrarse con el asesino en el puto autobús. ¡Hostias! ¿Cómo es posible que en la era del Gran Hermano no haya ni una sola grabación de Patricia? ¡Es muy fuerte!

—Podemos suponer el camino que tomó y mirar las grabaciones que subsistan a día de hoy. Lo que los comercios no hayan borrado.

—Vamos a ver qué nos dice el móvil de la chica primero.

Justo entonces sonó el teléfono de la sala. Era el comisario.

—Dígame, comisario —dijo Javier, contestando al aparato.

—Ha llegado el dato de la compañía telefónica. El rastro se pierde en su propio domicilio a eso de las cuatro de la tarde.

—¡Joder! Lo que faltaba. Pero en su casa no está, ni sus padres lo dijeron ni lo encontramos nosotros.

—Pues alguien la interceptó en su propia puerta, ¿no le parece?

Mientras Javier les explicaba a sus compañeros los resultados de la compañía telefónica se le ocurrió que muy probablemente el asesino de Patricia se había desecho del móvil en el acto. En el momento del análisis de la escena del crimen habían registrado los contenedores próximos sin éxito, sin embargo, no perdían nada por intentarlo de nuevo. Llamó por la radio para contactar con la patrulla más cercana al lugar del macabro hallazgo y les ordenó que se desplazaran allí y volvieran a peinar el lugar. Luego envió a otros dos agentes al vertedero para ver si podían localizar algo en la zona donde se depositaban los desechos de aquella urbanización. Quizá tuviesen un golpe de suerte.

Después de hacerlo le cedió el turno a Valeria.

—Pues dar con la empresa que fabrica el modelo de vestido que llevaba puesto me dio más de un quebradero de cabeza, jefe. Pero creo que ya tenemos al fabricante. Se trata de un distribuidor mayoritario que abastece a múltiples tiendas de ropa fabricada en china. Tengo una lista de las que hay aquí. Si se compró en cualquier otra ciudad de España va a ser imposible rastrearlo. Si lo hizo online…

—¿Has ido a las tiendas?

—¿Perdona? —dijo ella y en seguida se arrepintió del tono empleado—No, no he ido, me llevó toda la tarde averiguar el fabricante y hacer la lista de comercios que lo venden. Si quieres empiezo hoy a patear las calles.

—Seamos prácticos, Jara, eso nos llevaría un tiempo inasumible. Distribuye una foto del vestido entre las patrullas de vigilancia ciudadana y dales la lista de comercios. Que apunten los que digan que comerciaron con el vestido y nos ceñiremos solo a visitar esas tiendas.

—A la orden.

—Bueno, pues me voy a poner al día al comisario. Vosotros, Gómez y Cabrera, llamad a la lista de amigas que nos ha proporcionado su madre y a sus primas, Ana y Alicia, con las que al parecer se llevaba muy bien. A ver qué podéis averiguar. Y estad pendientes de los de informática, a ver si nos

desentrañan pronto el contenido del ordenador. Tú sigue con el tema del vestido, Jara.

—¿Y el exnovio, jefe? —preguntó Fran Gómez.

—No me dio tiempo a verlo ayer, tuve mucho papeleo. Pensaba acercarme después de hablar con el comisario, como sabéis es amigo del abuelo de la chica y está muy encima del caso. Quizá igual que con otros, pero este tiene, además, un componente personal que hace que me exija estar informado de cada paso que damos. De todos modos, no tardaré mucho en ponerlo al día, porque no tenemos nada… Jara, tú me acompañarás. Luego iremos a ver de nuevo a los padres.



Llegaron a casa de Yago sobre las doce de la mañana. Les abrió la puerta una mujer morena, peinada con un moño informal y vestida con ropa deportiva que se notaba a la legua que era de marca. Tenía un porte elegante y era alta y delgada. Les hizo pasar al salón.

—¿Vienen por lo de Patricia? ¡Qué desgracia! No quiero ni pensar cómo estarán sus padres. Patricia y mi hijo estuvieron saliendo hasta hace unos meses. Venía mucho por aquí. Era una niña preciosa. Muy educada y cariñosa, le teníamos mucho aprecio. Pero, ustedes saben, a esas edades no puedes tomar ninguna relación en serio. De todos modos, llegamos a conocer a los padres, una gente encantadora… Pobrecitos, no quiero ni pensarlo.

—¿Está Yago en casa? —preguntó el inspector—. ¿Podríamos hablar con él?

—No. Lo lamento. Yago se fue en septiembre a Londres y allí sigue. Les puedo facilitar un teléfono, e incluso una dirección, si quieren ustedes…

—¿Está en Londres ahora?

—Sí, quería perfeccionar su inglés. Tendría que haber empezado la universidad, pero no le dio la nota para entrar en la facultad que él quería. Ingeniería, como su padre, como yo misma. Al principio se lo tomó mal, pero en seguida se repuso del shock. Podría haber empezado en otra facultad, pero prefirió tomarse un año sabático y repetir el examen de acceso. Para no perder el tiempo, se ha ido a Inglaterra. Allí tenemos algún contacto y está trabajando

también. El año que viene empezará aquí, si todo va bien. A esas edades, ya saben, un año es poca cosa. Lo ve como una oportunidad. Así que se fue.

—¿Y ha vuelto a pasar aquí unos días con ustedes?

—¡Qué va! Si lleva un mes… Poco más de un mes. Nos dice que vendrá en Navidad, en fin, eso espero.

—¿Cómo se tomó su hijo la ruptura?

—Bueno, bien… Terminó él la relación. Patricia era una chica muy madura, según me dijo, esperaba una formalidad que él no le podía dar. Yago, en el fondo, es un niño que juega a ser mayor. A ver, no me malinterpreten, es un buen chico, es responsable e inteligente, aunque últimamente no hacía mucho caso a los estudios. Es un chico guapo, muy guapo, si no está mal que yo lo diga. Para él Patricia era una conquista más, de muchas otras, seguro. Quería explorar mundo, quería conocer gente, chicas…, y ella le pedía exclusividad. Algo para lo que él no estaba preparado. La dejó, pero, tras el disgusto inicial, volvieron a tener una relación cordial. Era difícil no hacerlo así con tantos amigos en común.

—Ya veo…

—Y además está en el extranjero… Si ustedes creyeron que mi hijo…

—No señora, no se preocupe. Se trata de una mera formalidad, hay que seguir todos los caminos, interrogar a todos sus conocidos. Pierda cuidado, dudo que la volvamos a molestar, pero, si su hijo le comenta cualquier cosa que supiera de Patricia: una relación posterior, lo que sea, ¿le pedirá que se ponga en contacto con nosotros?

—Por supuesto.

Se despidieron de la mujer y salieron de la casa. Javier hizo una llamada a comisaría para que comprobaran si Yago Piqueras había vuelto a España en algún vuelo desde Londres, aunque lo cierto era que no lo creía.

—Es la hora de comer. Hay que ir a ver a los padres de Patricia pero, si te parece, comemos algo antes de ir. Les avisaré de que estaremos en su casa a las cuatro de la tarde.

—Vale.

Eligieron un bar cuyo menú les llamó la atención. Se sentaron el uno frente al otro y pidieron agua. Valeria querría haberse bebido una cerveza, pero tendría que esperar a acabar el horario de trabajo para disfrutarla. Javier no quería que se acabara la jornada.

Iniciaron una conversación trivial y luego se sumergieron en las incógnitas del caso, lanzando hipótesis muy generales e incipientes. No tenían muchas alternativas, no sabían demasiado de nada.

¿De qué se habla cuando no puedes hablar de lo que realmente quieres? Valeria seguía con la cháchara sin prestar demasiada atención a sus palabras, concentrada en contenerse, en no iniciar una discusión que los podría llevar a sitios insospechados. Enterrar aquel momento era lo mejor. Borrarlo como si nunca hubiera existido, ser, de nuevo, solo compañeros. Como si aquello tuviera marcha atrás, como si cada vez que cerraba los ojos no sintiera, en sus labios, los labios de Javier.

Javier pensaba que ese día estaba especialmente guapa. Un mechón de su cabello rizado le caía continuamente sobre la cara y se empeñaba en volverlo a colocar tras su oreja, en un gesto mecánico, muy de ella, que le resultaba tremendamente sexy.

Sabía que la había cagado. Que se había dejado llevar por el momento, por el deseo que sentía desde que la vio por primera vez, y que eso no había sido justo para ella. Si tan solo pudiera explicarse… Pero encontrar el momento era muy difícil en aquella vorágine de acontecimientos que los tenían con la lengua fuera. Estaban librando una carrera contrarreloj para atrapar a un asesino del que aún nada sabían. Era un reto. Sin duda, el caso más difícil con el que se había topado en su carrera profesional y debía concentrarse en ello.

Era un hombre metódico, al que no le costaba demasiado evadirse de su vida personal para fijarse solo en un objetivo, el que fuera. Sin embargo, la proximidad de su compañera se lo ponía difícil. Por fuera parecía sereno, estático, concentrado, pero, por dentro, se daba golpes en la cabeza con una pared invisible. No sabía cómo había llegado a esa situación. Sabía lo que quería, pero aquel no era el camino. Debía establecer un orden de prioridades, buscar la manera de hacer las cosas bien, con todos. Sin embargo, ese impulso probablemente había dado al traste con sus posibilidades. Valeria no le tomaría en serio, le rechazaría sin dejarle dar una explicación, sin intentar siquiera estar juntos. Trazar un plan, hacerlo bien, evitar lo máximo posible los daños colaterales que habría, que siempre hay.

Y no dijo nada de lo que quería decir, nada de lo que realmente importaba. Se centró en el caso aparentando una frialdad que estaba muy lejos de sentir.



A las cuatro en punto estaban en la puerta de la bonita casa de José Álvarez y Cristina, su mujer. Era una casa de líneas rectas, diseño moderno y funcional por fuera. Por dentro Cristina se había encargado de darle un toque acogedor, sin ser recargado ni anticuado. Con muebles modernos y colores sobrios, le había dado a la casa una calidez que Valeria admiró.

—Buenas tardes, lamentamos tener que volver a molestarles…

—No es molestia, colaboraremos tanto como podamos por el bien de nuestra hija, porque el que haya hecho esto no quede impune… Y por el descanso de mi mujer, de mis hijos, de mis padres y el mío propio. —José acabó la frase con un hilo de voz.

—Verá… Hemos intentado seguir el rastro de su hija a través de la geolocalización del teléfono móvil… Sin embargo, el último punto de conexión que da es este domicilio.

Cristina ahogó un pequeño gemido.

—Yo sé por qué, inspectores… La verdad es que no lo había vuelto a pensar hasta ahora, pero el sábado Patricia salió de casa con el móvil sin batería. Ya sabe lo que pasa con los jóvenes, lo hacen todo a través del teléfono: llamadas, WhatsApps, Facebook, Instagram… Se pasan el día conectados a la red, viven en ella más que en la tierra. Por mucho que tengan un teléfono de última generación lo tienen que cargar dos veces al día. La cuestión es que, cuando se iba, cogió el teléfono y se dio cuenta de que estaba a cero, así que maldijo en voz alta y, como tenía prisa, me dijo: "No te preocupes mamá, en cuanto llegue a casa de mi compañero le pido que me deje cargarlo, ahora no me puedo parar porque no llego".

—¡Ah! —suspiró el inspector—. Entonces asunto aclarado. Es una pena, porque nos perdemos mucha información por esa causa, pero, en fin…, de nada sirve ya lamentarse.

Cristina rompió a llorar musitando que no entendía quien querría hacerle daño a su hija. El padre intentó mantener la compostura, lográndolo a duras penas…

—En fin…, si eso era todo…, nos han dicho que mañana podremos enterrarla… Y tenemos cosas que preparar…

—En realidad, José, hay otra cosa que nos gustaría hablar con usted… Si es tan amable. Si quiere, lo hablamos en privado.

—¿En privado? No, no, no tengo secretos para mi mujer. Puede usted preguntar con total libertad.

—Hemos pensado que su profesión le puede haber granjeado algunos enemigos. Estoy seguro de que usted ha metido en la cárcel a más de una persona peligrosa… Y, aunque no suele ser lo habitual, quizá haya dado con alguien que le guarde rencor y que haya querido vengarse.

José se quedó quieto y cabizbajo, parecía que su cabeza iba a mil por hora. La mujer los miró con cara de horror y estupefacción.

Pasaron un par de minutos sin que nadie abriera la boca.

—Si necesita usted pensarlo… Lleva muchos años en la profesión, sin duda tiene un millón de casos a sus espaldas y mucho que recordar, pero, si se le ocurre algo no deje de avisarnos, puede llamar al móvil a cualquier hora, cualquier día.

—No será necesario. Cómo usted dice llevo muchos años en la profesión y he contribuido a meter en prisión a muchos indeseables, pero nunca me he sentido amenazado por ninguno de ellos. La mayoría son profesionales, saben que, de vez en cuando, les tocará estar una temporada en la sombra, lo tienen previsto. Algunos siguen con sus chanchullos desde dentro. Otros son simplemente unos desgraciados que no saben cómo vivir, con dependencias y falta de educación y de cariño…, carne de cañón, como suele decirse. Sin embargo, uno de ellos hace ya años… No se me olvida. Gerardo. Gerardo Fernández. Tenía una pequeña red de narcotráfico y blanqueaba su dinero regentando un bar nocturno, que era, a todas luces, también un prostíbulo. Lo cogieron tras una complicada investigación policial con una agente infiltrada. Y lo metimos en prisión. Pero yo diría que debe andar allí aún.

Con una llamada efectuada por el comisario, supieron que Gerardo Fernández había salido de la cárcel hacía algo más de una semana.

7

ENTIERRO

Javier llamó a Valeria desde su despacho.

—Hemos localizado a Gerardo Fernández y ha accedido a venir voluntariamente. Estará aquí a las doce.

—De acuerdo, jefe.

Valeria colgó y siguió con el trabajo que se le había asignado hasta que llegó la hora de la entrevista. Fueron puntuales, pero esperaron en la puerta de la sala de detenidos unos minutos antes de entrar, con la finalidad de que el delincuente se pusiera nervioso. Por fin, Javier abrió la puerta y la hizo pasar con un gesto.

Ambos se sentaron frente a él.

—Gerardo, somos el inspector Javier Martín y la subinspectora Valeria Jara. Si es tan amable nos gustaría que nos contestara a unas preguntas.

—Ustedes dirán, estoy limpio.

—Gerardo, necesitamos que nos explique qué hizo usted el sábado trece de noviembre.

—¿De qué se me acusa?

—De nada todavía. Mire, no le hemos detenido, está usted aquí voluntariamente. Tan solo le pedimos que nos cuente qué hizo y que nos dé un par de testigos para demostrar que no nos miente. Vamos, no nos lo ponga difícil y se complique usted las cosas, ¿qué necesidad hay? Díganos qué hizo el sábado por la tarde. Si no hizo nada malo, no tiene por qué temer nada.

—Por supuesto que no tengo nada que temer, lo que ocurre es que no hice nada. Estuve en casa…, durmiendo la siesta y luego bebiendo y jugando a la Play. No tengo testigos, ¿es que acaso tienen ustedes testigos de todo lo que hacen cada maldita hora de su vida?

Javier y Valeria salieron de la sala de interrogatorios y mantuvieron una breve conversación mientras el hombre sudaba y perdía un poco más los nervios a cada minuto que pasaba.

—No podemos detenerlo, no hay nada que lo relacione con el crimen.

—Lo sé. Si quieres le podemos apretar las cuerdas, preguntarle por José Álvarez…

—No es buena idea, si le alertamos puede que destruya las pruebas que le incriminen… Tengo una idea.

Acto seguido entraron en la sala de nuevo y le dijeron a Gerardo que podía marcharse pero que no se fuera de la ciudad.

—Como si pudiera hacerlo —contestó con una sonrisa sardónica. Acto seguido salió de la sala caminando deprisa.

Javier se dirigió al despacho del comisario y llamó a la puerta.

—Acabamos de entrevistarnos con Gerardo Fernández.

—¿Y bien?

—No nos ha dado ninguna coartada, dice que estuvo solo en casa y que no salió, aunque no tiene forma de demostrarlo. Pero claro, como usted sabe nuestras sospechas se basan en nada, no podemos detenerlo.

—¿Qué quiere, Martín? —preguntó el comisario, que conocía al inspector demasiado bien.

—Solo le pido una unidad de vigilancia…, unos días…, y a ver qué pasa…

El comisario suspiró sonoramente. Javier sabía que no le iba a negar nada; no en ese caso. Al final, aunque quizá la petición era desproporcionada, accedió.

—Está bien, un par de días… Solo eso.

—Gracias, señor.

Salió del despacho e inició la estrategia del operativo, si todo iba bien, encontrarían algo que imputarle, cualquier cosa que forzara una detención. Una vez apresado, todo sería mucho más fácil.



El miércoles a las ocho de la tarde se celebró la misa por el alma de Patricia. La iglesia estaba abarrotada de gente, todos de un negro riguroso. Hombres y mujeres se agolpaban en los bancos. Los niños, vestidos de colores sobrios, aunque no de luto, estaban callados y cabizbajos, raramente quietos y serios para su edad. Algunos lloraban, quizá porque entendían el alcance de lo que estaba ocurriendo. Otros, sin duda, por contagio o por ver a sus madres hacerlo.

El inspector Javier Martín y la subinspectora Valeria Jara aparcaron el coche en un aparcamiento aledaño y se dirigieron a la iglesia junto con la marea de gente que aún no había llegado y que, después, intentaría colocarse en un banco de la iglesia. Se trataba de un edificio viejo y majestuoso situado en el centro de la ciudad.

Carlos, el marido de Julia, la tía de Patricia, había sido designado por la familia para recibir a los policías y ayudarles a identificar a las personas que fueran al sepelio a presentar sus condolencias a la familia. Los padres, en su dolor, habían querido evitar el acto final en el que cada uno de los presentes se acercara a ellos para darles el pésame, pero los inspectores se lo habían desaconsejado y les habían solicitado que soportaran el suplicio puesto que iba a ser cuando más fácilmente pudieran distinguir a los que allí acudieran. Dos policías de la comisaría, de paisano, se quedaron en la puerta de la iglesia, para fotografiar a los que se fueran sin despedirse. Posteriormente investigarían de quienes se trataba.

Carlos les recibió con cara de circunstancias y les condujo a una especie de capilla lateral desde donde se veía la mitad del púlpito y los primeros bancos. Una vez allí situados, se despidió de ellos para acompañar a su mujer, sus hijas y su familia política durante la ceremonia. Volvería durante el pase de condolencias, tal como habían quedado.

La ceremonia duró unos cuarenta minutos. No salió a hablar ningún familiar ni amigo, era de suponer que nadie tenía el cuerpo para aquellas lides.

Fue un momento muy triste. Se escuchaban los sollozos y lamentos de la mayoría de los que allí estaban. Valeria no pudo evitar que se le cayera alguna lágrima. Javier, discretamente, le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacía sí en un claro gesto de consuelo. Ambos se estremecieron por aquel contacto físico, el primero desde aquello que callaban.

Terminada la ceremonia Carlos acudió rápidamente a su lado y empezó a identificar a todos los que pasaban ante la familia.

—Estos son primos de mi mujer…, estos son amigos de toda la vida…, estos amigos también. Familia lejana. Gente del club de tenis… Esas jóvenes son amigas de toda la vida de mi sobrina. Los chicos que las acompañan, supongo que también. Esos no sé quiénes son…, esos tampoco.

Fuera del templo, los policías infiltrados iban fotografiando a todos con disimulo.

—Esos son los compañeros de la universidad —dijo Valeria cuando vieron a Toni, a las otras chicas y algunos jóvenes más que se alejaban sin saludar a los familiares. Carlos lo agradeció, porque tampoco los conocía.

—Amigos de mis suegros…, gente del club de tenis…, compañeros de trabajo de José. Esos creo que son compañeros de trabajo de Cristina, porque se han dirigido a ella primero y una de ellas, me quiere sonar… Más familia, lejana. Vecinos de la urbanización en la que vivimos… Los conozco porque también vivimos allí.

Con lentitud, los asistentes fueron saliendo del recinto y se quedó la familia cercana a solas con el cuerpo de Patricia y su dolor. A continuación, tendrían que ir al cementerio de las afueras de la ciudad y vigilar por si veían a alguien diferente o que les resultara extraño. Carlos se despidió de ellos preguntándoles si en el camposanto también le iban a necesitar.

—No, vaya tranquilo y acompañe a su esposa. Le agradecemos mucho el esfuerzo y le acompañamos en el sentimiento —le dijo Javier. Valeria asintió.

Después de que Patricia quedara para siempre descansando en el panteón familiar, los asistentes se dispersaron. Javier y Valeria decidieron irse, pues ni habían visto nada extraño ni creían que su presencia allí fuera ya necesaria.

Una vez en su hogar, un piso pequeño, compuesto por dos habitaciones, un salón, una cocina, un baño y un balcón nada desdeñable, Valeria se acomodó con ropa ligera y se sentó a ver la televisión. No fue capaz de concentrarse en ninguna serie de Netflix. Le encantaban las series policiacas, deformación profesional, pero estando en plena investigación de un caso tan grave, no le apetecía ver escenas similares.

Cogió un libro y estuvo leyendo un rato hasta que decidió irse a dormir.

Antes de acostarse miró el teléfono móvil y vio que tenía un WhatsApp.

"¿Estás mejor? Entiendo que el caso te afecte, nos afecta a todos. Ya sabes que me tienes aquí".

Era Javier. Pensó en la ambigüedad de la frase. ¿Lo tenía? ¿Para qué? ¿Un hombro en el que llorar o un felices para siempre? Por ahora lo primero lo iba a evitar; lo segundo no creía ni que tuviera que esforzarse en hacerlo. Simplemente no iba a ocurrir. Tenía que aceptarlo.

Se acostó y lloró, quedándose dormida sobre la humedad de la almohada causada por sus lágrimas.

8

DETENCIÓN

Javier dejó el teléfono que llevaba en la mano desde hacía diez minutos esperando una respuesta de Valeria y decidió acostarse. Pensó en cómo había discurrido su vida. Había conocido a Arantxa a los veinte años. Tras un noviazgo de tres, se habían casado. El embarazo los había cogido desprevenidos cuando la pareja no atravesaba por su mejor momento. Intentaron, por la vida que venía y que ambos deseaban alumbrar, que aquello funcionara, pero no lo habían conseguido. Sobre los sentimientos no se manda.

Cuando el pequeño nació fingieron ser una pareja avenida, como tantas otras, durante muchos meses. Después, al crecer el niño, se dieron cuenta de que aquellos pequeños retrasos en el crecimiento tenían una explicación, el pequeño tenía un síndrome, una de esas enfermedades raras por las que no valía la pena investigar ya que había pocos casos en el mundo. En España menos aún, pero les había tocado a ellos.

Tácitamente la pareja siguió, funcional, volcados en Daniel. El niño copaba todo su universo y solo se alejaban de él para ir a trabajar. Arantxa pidió una excedencia durante años, hacía un par que había solicitado volver al banco.

Sin darse cuenta se habían distanciado, casi de forma natural, superados por las circunstancias. Javier había permanecido aletargado, sin sentimientos, sin pensar que pudieran volverse a despertar durante todo aquel tiempo. Volcado en su profesión, logrando triunfos, haciéndose un nombre en el cuerpo. Tenía dotes de mando, frialdad cuando se requería, empatía para lidiar con los compañeros, capacidad para liderar un equipo. Todo aquello le había parecido suficiente en su vida y se consideraba un tipo medianamente feliz, hasta que apareció Valeria por la puerta de la comisaría y todo cambió. Su orden de prioridades también, aunque Daniel seguía siendo lo primero. Se preguntó por qué no podía la vida de su hijo ser compatible con su felicidad en pareja.

El móvil se iluminó y apareció el ansiado mensaje de Valeria. La imaginó en su casa, que no conocía, mirando la pantalla y valorando que poner. El resultado habían sido tres palabras.

“Estoy bien, gracias”

Ni siquiera buenas noches. Un beso habría estado fuera de lugar, aunque, hasta hacía no mucho, acababan así todas sus conversaciones. ¿Qué había cambiado? Lo sabía, su precipitación lo había tirado todo por la borda. Ella había reculado, sin saber, sin entender… Pero a Javier no se le daba bien hablar de su vida, ni de sus sentimientos y se sentía envarado en aquel lugar de nadie, en el que ninguno tenía lo que quería.

No pensó en contestar, no habría sabido qué poner.



Al día siguiente, muy temprano, Javier recibió por mail el informe de seguimiento de Gerardo.

Había estado en el entierro.

La patrulla lo había seguido sin interponerse en su camino y se había acercado a la iglesia.

A pesar de no haberse percatado de que estaba siendo vigilado, fue lo suficientemente perspicaz para darse cuenta de que los dos hombres apostados en la puerta eran policías, así que se metió en el bar de enfrente y lo vio todo desde allí.

Después se había ido a casa, pero, por la noche, había estado conduciendo aparentemente errático para acabar fumándose un cigarro justo en frente del domicilio del fiscal.

No podía ser una casualidad, ya que la vivienda de José Álvarez se situaba en una urbanización a las afueras, alejada de cualquier comercio y, sin duda, en un barrio fuera del alcance de cualquiera de la calaña del investigado. Javier llamó a la patrulla que seguía apostada en la puerta de Gerardo y ordenó la detención. Sabía que la causa era endeble, pero ya lo pelearía ante el comisario o ante el juez.

Al cabo de una hora ya estaba en comisaría, llevando una difícil conversación con su jefe.

—No hay orden de alejamiento. Podía ir donde le diera la gana.

—Necesitamos una denuncia por acoso.

—Estamos lindando el límite de la legalidad.

—Es lo mejor que tenemos por ahora.

—Creo que te has precipitado con la detención, Martín.

—Hablaré con José, desde su experiencia nos podrá ayudar seguro. A él le conviene más que a nadie.

—¿Qué pretende inspector?

—Tenemos que entrar en esa casa, es necesario.



Javier llamó a José Álvarez y le explicó la situación.

—Precisamente íbamos a acercarnos a la comisaría hoy, inspector.

—¿Por qué?

—Hemos recibido algunas llamadas un tanto extrañas.

—Explíquese.

—Verá, al principio, a las dos primeras, no les dimos ninguna importancia. Ya sabe cómo son las compañías de telefonías móviles, etcétera. Te llama un robot, y si en ese momento todos los operadores están ocupados, te dejan en espera, cómo si hubieras llamado tú. Pero en estos últimos dos días se han repetido varias veces. Cristina afirma que ha oído una respiración, así que habíamos pensado ponerlo en su conocimiento.

—Eso nos va a ser de gran ayuda.

—¿Qué quiere decir?

—Hemos detenido a Gerardo Fernández por merodear alrededor de su casa. Además, intentó ir al entierro de su hija.

Desde el otro lado de la línea el silencio se hizo más pronunciado, más tenso.

—Hijo de puta.

—Necesito que venga y curse esa denuncia.



Al cabo de una hora y media, José y su mujer, Cristina, atravesaron las puertas de la comisaría.

Javier les tomó la denuncia personalmente. Tras comer, fue a informarse de si el abogado de Gerardo había llegado ya.

Sobre las cinco de la tarde iniciaron el interrogatorio del detenido. Fue una declaración larga y frustrante en la que formularon preguntas e hipótesis varias, pero Fernández, asesorado por el abogado, que previamente, se había estudiado la denuncia y el informe de la detención para después entrevistarse con su cliente, se negó a responder.

Era ya de madrugada cuando Javier acabó el atestado para poder poner a Gerardo Fernández a disposición judicial al día siguiente.



El viernes Javier Martín acudió al juzgado y solicitó entrevistarse con el juez de guardia, que, muy a su pesar, no era la misma que llevaba el caso de Patricia.

Tardó bastante en explicarle la situación al magistrado e intentar pelear la entrada y registro que solicitaba, pero el hombre se lo puso difícil, haciéndole una disertación sobre la proporcionalidad de derechos fundamentales y patrañas similares. Javier lo entendía, claro, pero siempre le parecían un obstáculo para sus fines: atrapar al malo.

—En cualquier caso, lo elevaré al Ministerio Fiscal para informe, y ya veremos, pero olvídese de hacerlo hoy, mañana a lo sumo.

—Espero que al menos quede en prisión provisional.

—Pues lo no sé, a ver qué me traen.

—Necesitamos que oficie a la compañía telefónica para saber de dónde proceden las llamadas.

—Claro, eso sí.



Al llegar a comisaría, rozando las dos del mediodía, Javier le propuso a Valeria ir a comer.

—No, gracias jefe, le he dicho a Blanca que comería con ella. Si no tienes inconveniente me va a acompañar esta tarde a todos los comercios donde se vendía la marca de ropa del vestido que llevaba Patricia… A ver si tenemos un golpe de suerte.

Como no era el momento, el lugar, ni la situación para hacer ninguna broma al respecto, Javier asintió y la vio alejarse en busca de Blanca algo dolido por la

negativa de ella.

Valeria escapó de Javier. No se veía capaz de sostener una conversación con su jefe y menos una mirada suya. La pena por la muerte de una chica tan joven y con tanto futuro, se hubiera mezclado con sus propios sentimientos de dolor por un fracaso amoroso que no había llegado a ser ni fracaso, pues se había consumido antes de empezar.

—Blanca, ¿te vienes a comer conmigo?

—¿No vas con Javier?

—No. Le he dicho que me ibas a acompañar después a las tiendas de ropa…, no querrás que vaya sola —le dijo con una mueca de súplica medio en broma.

—No, no, claro, vamos a comer.

Blanca quiso entrar en el bar de siempre, a unos escasos metros de la comisaría, pero Valeria le sugirió que fueran a un establecimiento de comida rápida ya en el centro, donde se reunían la mayoría de los comercios a los que tenían que acudir. Blanca aceptó porque le encantaba esa cadena de bocadillos. Valeria lo había dicho porque no quería que acabaran coincidiendo con los chicos de la comisaría. Con Javier.

Tras la comida y el café se hicieron las cinco de la tarde, la hora en la que abrían la mayoría de los locales. Valeria y Blanca fueron tachando algunos de la lista con mecánicas similares. Se presentaban, les enseñaban una foto del vestido, y tras mirarlo todas las dependientas y, especialmente la dueña del local si se hallaba en aquel momento en el lugar, negaban haber tenido aquella ropa a la venta.

Por fin entraron en uno que, estando surtido por la misma marca, vendían ropa más elegante o de fiesta.

La dependienta se acercó a ellas mostrando su sorpresa cuando se identificaron como policías.

—¿Ha ocurrido algo? —les preguntó.

—No, solo queremos que mire este vestido y nos diga si lo han vendido aquí.

La dependienta miró la foto unos segundos apenas.

—Sí, claro, tuvo bastante éxito, salió bastante… ¿Quieren uno igual?

—¿Lo tienen?

—Uy, ¡qué va! Ese modelo hace un año que se fabricó. El fabricante cambia constantemente de patrón, y nunca repite de una temporada a otra. Como

mucho podría probar si lo tenemos en alguna de las otras tiendas.

—¿Tienen más tiendas?

—Sí, la dueña tiene otras dos.

—¿Podría usted llamar ahora y preguntar?

—Claro.

Tras esperar una media hora a que realizara ambas llamadas, conjugando la pregunta sobre el vestido con conversaciones ajenas al caso que mantuvo sin ningún pudor con cada una de sus interlocutoras, la dependienta les dijo que el año anterior habían tenido ese vestido en ambos comercios, pero que ya no quedaban existencias en ninguna de las tiendas.

—¿Dónde está ahora la dueña?

—Pues… Creo que estará al llegar, siempre empieza su ronda por aquí.

Justo tras decirlo apareció la mujer. Era bajita, morena y rechoncha. Valeria se dirigió a ella.

—Estamos en una investigación criminal y necesitamos saber a quienes vendieron este modelo de vestido, en este color. Ya nos ha explicado su empleada que se puso a la venta el año pasado. Necesitamos esa información tanto en este establecimiento, como en cualquiera de los otros dos que usted regenta. Envíenos los datos lo antes posible, por favor.

—Ya tendrá que ser el lunes…

—Si puede ser mañana, aún mejor.

—Pero señora, mañana es sábado...

—¿Y no trabaja usted?

—Sí, sí…

—Pues nosotras también.

Tras aquella frase se despidieron con sequedad y abandonaron el lugar. Se habían ahorrado dos viajes, pero aún les quedaban unas cuantas tiendas por visitar. Al final de la jornada resultó que el vestido se había vendido, además de en las tres tiendas de la misma dueña, en tres tiendas de diferentes propietarios más. Todos ellos de origen chino. Sin embargo, Valeria no hizo ningún tipo de conexión con aquello, puesto que, de un tiempo a esa parte, los comerciantes de tal origen se habían apropiado prácticamente por entero de aquella cuota de mercado.

Las dos mujeres decidieron no volver a la comisaría ya que habían superado la hora de fin de turno con creces. Así que se fueron a sus casas hasta el día

siguiente. Blanca hizo un vago intento por tomar algo en algún bar, pero, tras la suave negativa de Valeria no insistió más.

Mientras se despedían recibieron un mensaje del jefe que les decía: "Tenemos orden de entrada. Mañana a las nueve nos espera el letrado de la administración de justicia en la sede del juzgado. Iremos desde allí a la casa de Gerardo y veremos qué sorpresas nos esconde. Os quiero a todos en la entrada. Sed puntuales por favor, desde la comisaría al juzgado hay una media hora y antes hay que prepararlo todo para la diligencia". Ambas confirmaron la recepción.



A la mañana siguiente estaban desde muy temprano a pleno rendimiento. Recopilaron cajas, cartones para señalar pruebas, bolsas, cámara de fotos y todo lo necesario para la entrada y registro de la casa de Gerardo. Salieron hacia el juzgado en dos coches. En el primero iban Javier y Valeria, en el segundo Fran, Blanca y Adrián.

Se pararon apenas diez minutos en los juzgados, para recoger al letrado de la administración de justicia de guardia, que subió al coche que conducía Javier y se dirigieron a la casa que tenía alquilada el investigado.

Tardaron unas tres horas en hacer un registro bastante exhaustivo del domicilio. Buscaron con ahínco cuerdas, cinta americana y especialmente, una pistola. Sin embargo, esos esfuerzos fueron en vano.

Tenían autorización judicial para llevarse los dispositivos electrónicos, así que recogieron el ordenador para derivarlo a la unidad informática.

Después de registrar el salón y el dormitorio de Gerardo, entraron en una segunda habitación que hacía las veces de despacho, amueblada con una mesa de escritorio, una silla giratoria, una estantería, un armario y una cama plegable. De repente Fran silbó, Javier se apresuró a aproximarse.

—Mira aquí, jefe, en el cajón del escritorio. Hay fotos impresas, este es José Álvarez…, Cristina… Y varias con los niños, tanto los dos pequeños como Patricia.

—¡Esto es bueno! Por fin damos con algo. No es mucho, pero confirma que los acechaba. Muy bien, nos lo llevamos.

Pasados algunos minutos más, lo recogieron todo y salieron del domicilio con un sabor agridulce en los labios. Las fotografías no probaban por sí mismas

nada más que unas labores de vigilancia que no se ceñían a la joven, sino que parecían centrarse en el cabeza de familia. No en valde José Álvarez era con el que Gerardo Fernández creía tener una deuda pendiente.

Tras la redacción del informe de rigor, lo remitieron al juzgado. Ya tenían la información de la compañía telefónica que confirmaba que las llamadas recibidas en casa de los Álvarez habían sido efectuadas desde un teléfono móvil a nombre de Gerardo.

Aquel mismo sábado, el juez dictó un auto de prisión provisional para el detenido, pues, aunque en un inicio era reticente, la actuación de la fiscal acabó por convencerlo de la necesidad de mantener a aquel individuo un tiempo a la sombra.

El equipo de Javier disfrutó de un merecido descanso el resto del fin de semana, no así la prensa que empezó a emitir sin descanso noticias sobre el asesinato de Patricia y la detención del criminal. Era demasiado jugoso como para que no se tirasen encima.

9

AVANCES

El lunes Javier fue el primero en llegar al trabajo. Lo hizo con un café en las manos. Entró a su despacho y reunió todo el material. Quería echar un vistazo, repasarlo todo antes de empezar la reunión matinal.

Poco a poco fueron llegando sus compañeros. Los veía pasar y dirigirse a sus mesas; hasta las nueve no debían reunirse. Cuando faltaban diez minutos para que llegara la hora, el comisario llamó a su despacho.

—Tenemos informe definitivo de autopsia.

—Ahora iba a la sala de reuniones… Si quiere acérquese y lo vemos juntos.

—Ok.

Tras los saludos de rigor, empezaron a desgranar el informe que leyó el comisario.

—Es decir —resumió Javier cuando acabó su jefe de leer—, nada significativo, nada nuevo. No utilizó ningún tipo de droga, se confirma la ausencia de agresión sexual. Ni un solo rastro de ADN de otra persona que no fuera ella… La hora de la muerte tampoco nos dice nada, puesto que no podemos situar a Patricia en el mapa…

—Al menos ya tenemos al culpable entre rejas —afirmó Fran animado.

—Bueno, no es tan sencillo, por ahora está en prisión. Lo pillamos merodeando el día del entierro de Patricia, también los alrededores de la casa de los Álvarez… Por último, José Álvarez y Cristina pusieron una denuncia por acoso, porque les llamaba por teléfono un desconocido que resultó ser Gerardo. Pero no hay que olvidar que no tiene ningún vínculo con el asesinato de Patricia.

El comisario se había sentado junto a Blanca decidido a quedarse a la reunión. Tomó la palabra.

—Es prioritario encontrar un vínculo con Gerardo, aunque no debemos de descartar ninguna de las otras vías.

—Interrogaremos a los amigos, a ver qué encontramos… Puede que alguno lo reconozca, lo haya visto por la universidad siguiéndola o algo así, incluso

puede que hablara con ella.

A continuación, tomó la palabra Valeria.

—Ya he rastreado todos los vestidos… Se vendieron veinte en total, siete se compraron en efectivo, para saber quiénes compraron los otros hay que pedir una orden judicial.

—Ok, ponte con eso. Y de los amigos, ¿qué habéis sacado en claro?

—Nada sustancioso, jefe, era una buena chica. Las amigas son buenas chicas, hacían cosas normales de buenas chicas. No había novios, ni conocidos ni desconocidos. Varias han afirmado con seguridad que, si Patricia hubiera estado viéndose con alguien, ellas lo sabrían.

—¿Os han dado buena espina?

Todos los que habían hecho alguna entrevista asintieron.

—Pues parece que hay que seguir por ahí. Volved a llamar a los amigos y preguntarles por Gerardo. Y poco más por ahora. Esperaremos a los informáticos, a ver si encontramos algo extraño en el ordenador, o el iPad. Las redes sociales siempre suelen ser el vehículo por el que más se comunican los jóvenes, ¡qué mierda no tener el teléfono móvil!

Los presentes asintieron y dieron por finalizada la reunión, todos tenían trabajo que hacer, números a los que llamar, entrevistas que llevar a cabo.

—A las siete nos volvemos a encontrar aquí y vemos qué hemos sacado en claro del día.

Las horas pasaron rápidas porque todos estaban atareados, volvieron a pedirle ayuda a Adrián, que les solía prestar apoyo cuando lo necesitaban y que, de manera oficiosa, se había convertido en parte de la unidad liderada por Javier.

Valeria temió que su jefe se acercara a ella, que le preguntara sobre su estado emocional, que le pidiera que comieran juntos, pero no sucedió. La dejaron con el tema de los vestidos mientras los otros compañeros hacían entrevistas a los amigos recibiéndolos en la propia comisaría.

A las siete de la tarde se reunieron de nuevo, sin embargo, no tenían mucho sobre lo que discutir. Repasaron de nuevo el modus operandi, el informe forense y las diversas teorías que habían surgido, intentando acomodar una eventual venganza de Gerardo en ellas. Sabían que con teorías no se encarcelaba a los culpables, necesitaban bases sólidas a las que agarrarse y no tenían ninguna.

—Nuestra mejor pista es Gerardo, hay que encontrar la conexión… Valeria, a ver si hay suerte con los vestidos. Por ahora hay que seguir esperando.

Justo cuando iban a dar la reunión por finalizada, apareció Adrián, que, tras llamar a la puerta con los nudillos, abrió y se coló en el interior de la sala sin esperar a que le dieran permiso para entrar.

—Disculpe jefe, tenemos el informe de los dispositivos electrónicos de Patricia.

—Pues parece que no nos vamos… —dijo Javier, justo para rectificar después—. Bueno, iros vosotros, yo me quedo un rato más a revisarlo. Si hay algo significativo, os lo cuento mañana. De todos modos, a estas horas, salvo que encontrara algo muy, muy sustancioso, tampoco se podría hacer nada.



Una media hora después llamaron a la puerta del despacho del inspector.

—Javier, estoy aquí…, puedo ayudarte, si quieres.

El inspector abrió la boca en una clara manifestación de sorpresa que corrigió rápidamente.

—No es necesario que te quedes Valeria, vete a casa y descansa, no te preocupes.

Valeria entró en el despacho y se sentó en la silla que había frente a su jefe, con la mesa de por medio.

—Anda, trae…

—Nos han enviado transcritas las conversaciones por personas, la mayoría son con amigas… Las estoy leyendo rápido, pero no veo nada de interés… Está bien, coge estas, anda…

Valeria se centró únicamente en conversaciones con chicos.

Al cabo de una hora Javier le dijo que deberían cenar algo, Valeria negó argumentando que perderían el tiempo y saldrían mucho más tarde.

Entonces el inspector salió del despacho sin decir nada. Al cabo de unos quince minutos volvió con dos bocadillos y dos coca-colas.

Comieron en silencio mientras seguían revisando las conversaciones.

—Voy a centrarme en esta, hablan mucho y hay largas conversaciones por las noches.

—¿Con quién?

—Se identifica como A♥.

—¿Y cómo sabes que es un chico?

—No lo sé, pero las conversaciones son románticas y por las palabras que usa para referirse a sí mismo y las que usa Patricia, parece claro. Y hay muchos iconos de besos, por todos lados.

Se miraron por un segundo, la intensidad podía palparse en los ojos de ambos, se desnudaron por dentro sin palabras, solo con esa energía que producían cuando estaban juntos. Valeria tuvo que romper el hechizo apartando la mirada. Javier deshizo el silencio.

—Con las amigas también usa mucho ese icono.

—Bueno…

Siguieron leyendo. Las conversaciones cada vez eran más íntimas e iban subiendo de tono. Valeria cogió un subrayador amarillo y empezó a destacar algunas frases. No volvieron a mirarse hasta que Javier alzó la vista hacia el reloj de pared.

—Mira qué hora es, Valeria. Es tardísimo, recoge, va, ¿te llevo a casa?

—Tengo el coche, no te preocupes. Espera un poco más… Tengo una intuición, voy a ir al último día.

El último día era el doce de noviembre, el viernes anterior a la desaparición y posterior asesinato de Patricia Álvarez. Empezó a leer lo que aparecía transcrito a partir de las once de la noche.

A♥: "Tengo muchas ganas de volver a verte"

Patricia: "Yo también, ya lo sabes"

A♥: "Tris, te echo de menos, quiero estar contigo, quiero acariciarte, besarte, cogerte de la mano"

Patricia: "Ya sé lo que quieres tú" escribía Patricia, y le seguía un icono que sacaba la lengua.

A♥: "Eso también, jajaja"

Patricia: "Ayyyy"

A♥: "Anda, porfa, Tris… No me hagas rogar"

Patricia: "Por una vez que ruegues tú… Tampoco va a pasarte nada"

A♥: "Sabes que te quiero"

Patricia: "Lo sé"

A♥: "Pues veámonos mañana, anda…, salgamos por la noche, diles a tus padres que vas con unas amigas"

Patricia: "Imposible. Tengo que hacer un trabajo por la tarde, con unos de la uni y por la noche es el cumpleaños de mi abuela, no puedo faltar"

A♥: “Después”

Patricia: “Después será tarde, no colará, no me van a dejar salir.”

A♥: “Pero Tris, eres mayor de edad”

Patricia: “Eso se lo dices a mis padres”

A♥: “Ya hablaré yo con ellos”

Patricia: “Jajaja ni se te ocurra”

A♥: “Pues antes del cumpleaños del demonio”

Patricia: “No creo que me dé tiempo. Nos veremos pronto, lo sabes, pero este finde tengo mucho lío, el domingo tengo que estudiar para un examen”

A♥: “He dicho que te quiero ver mañana, y te veré mañana, así que es inútil que pongas excusas. Te llamo”

Patricia: “Esperaaaa”

La conversación acababa así. El tal A♥ no volvía a responder. Patricia repetía un par de veces su reclamo: “¿Oye?” Y luego claudicaba. “En fin, un beso, buenas noches. Te quiero”.

Los inspectores se volvieron a mirar, esta vez como pescadores que sentían que había algo al otro lado del hilo y sabían que debían recoger el carrete.

—Aquí hay algo —dijo él.

—Ya se conocen.

—¿Crees que la frase “quiero verte y lo haré” es una amenaza?

—Es difícil saberlo, Javier, en una conversación por escrito no se aprecia el tono, eso es algo que únicamente perciben los protagonistas, puede ser cualquier cosa.

—¿Crees que llegaron a verse?

—Tenemos que conseguir la relación de llamadas. Es necesario, si la llamó el sábado, habrá quedado un registro.

—Espera, llegó hoy la respuesta al oficio a la compañía telefónica, está por aquí.

Javier empezó a revolver papeles.

—Mirémoslo mañana, ahora tampoco vamos a hacer nada.

Valeria alargó la mano en un acto reflejo para detener la acción de búsqueda de Javier. Quería tocarle el antebrazo, pero sus manos acabaron encontrándose. Entrelazaron los dedos y permanecieron así unos segundos. No se miraron, no dijeron nada. Después ella hizo un vago gesto de retirarla y él aflojó los dedos.

—Mañana será otro día. Hasta mañana Javier.

—Hasta mañana Valeria.

Y vio como salía precipitadamente por la puerta. Pensó en seguirla, en confesarle lo que sentía. No lo hizo.

Valeria huyó del despacho de su jefe porque había sentido un impulso demasiado acuciante y no quería dar pasos en falso. Sabía que, de quedarse allí, no habría marcha atrás. Sin embargo, deseó que él la siguiera, que la parara, que la convenciera, pero no lo hizo.

Cuando uno no hace nada por conseguir algo, es un signo claro de que no lo quiere. Y lloró, otra vez.

10

CASTAÑO

Era lunes. Mónica Castaño se acababa de incorporar a su comisaría tras una baja de maternidad. Lo primero que hizo fue reunirse con su comisario para que le asignara un caso.

El comisario Candanedo la recibió con una sonrisa y la felicitó de nuevo.

—Hace cosa de un mes, más o menos, mataron a una mujer de treinta años. Lo llevó Parra y obtuvo resultados inmediatos: detuvo a un exnovio. En su declaración el hombre se exculpaba. Incluso la madre de ella comentó que no lo veía capaz de hacer tal cosa, pero la cuestión es que lo interrogamos y lo llegamos a poner a disposición judicial. En su contra había pocas pruebas y muy circunstanciales… Básicamente que no había parado de llamarla ese día, ni los anteriores. El chico, al parecer, no daba la relación por terminada e insistía en verse con ella para arreglarlo. Una de sus compañeras de trabajo comentó que esa misma tarde había aparecido en la peluquería donde trabajaba y habían tenido una conversación muy desagradable, e incluso profirió alguna amenaza. Pero el caso es que el asunto, judicialmente ha dado al traste con nuestra acusación, pues él ha logrado demostrar que no pudo ser el autor material del crimen con pruebas fehacientes que lo sitúan en otro lugar en el momento en el que su exnovia, según el informe forense, perdía la vida. Hay que reabrir el caso. Es tuyo.

Mónica salió del despacho de su jefe y se dirigió a su mesa de trabajo, cogió el expediente y empezó a leer los diversos informes de los que constaba. Cuando llegó la hora de comer se dio cuenta de que no había preparado nada, la logística con el niño no le dejaba tiempo para ella, así que salió a un bar próximo y pidió un menú, mientras barruntaba cómo organizarse mejor para el día siguiente.

Distraída, fijo su atención en la televisión que tenían encendida con un canal de noticias y vio imágenes del asesinato de una chica joven que habían matado hacía una semana. Lo cierto es que no estaba muy al caso de la noticia, pues el

pequeño no le dejaba tiempo para el ocio. Sin embargo, mientras veía las imágenes y los titulares algo hizo click en su cabeza.

Volvió a su mesa y entró en la aplicación interna del cuerpo de policía, modificó los datos de su propio caso, que volvía a reabrirse y acto seguido le saltó la alarma. Las muertes de Patricia Álvarez y de su víctima eran tan iguales que no podía ser casualidad. Recuperó todo lo que habían introducido los inspectores que llevaban el caso de la otra chica y fue haciéndose una idea de las circunstancias del mismo. Cada nuevo descubrimiento la sorprendía más. Supo entonces que el suyo nunca se había tratado de un caso de violencia de género, sino que formaba parte de algo mucho más grande y más complejo.

Se levantó, recopiló todos los folios que había impreso en dos carpetillas distintas y se dirigió al despacho del comisario Candanedo por segunda vez aquel día. Tenía que informarle.

11

ALBERTO

A la mañana siguiente comprobaron que la última llamada recibida era de alguien llamado Alberto García. Fran creía haber escuchado el nombre, pero no sabía de dónde. Entró a su despacho para hacer unas comprobaciones. Al cabo de unos minutos salió con unos folios en la mano.

—Es uno de los profesores de tenis, Javier.

—¡Coño! Por fin un golpe de suerte. Esto tiene buena pinta. Vamos Fran, al club.

El club de tenis estaba a las afueras de la ciudad. Cerca de la urbanización donde vivían los abuelos de Patricia. Cerca del lugar donde habían recogido su cadáver.

Se trataba de un recinto compuesto por un edificio blanco y cuadrado que albergaba un gran hall con una recepción. A la derecha estaba el bar con una sala anexa que era restaurante. A la izquierda, cuando acababa el mostrador de la recepción, había unos aseos, y después unas escaleras que conducían a los despachos de la dirección del club. Frente a la entrada, en el otro lado del hall, unas grandes puertas de cristal daban a las pistas y junto a ellas, flanqueando la derecha y la izquierda, había taquillas. El suelo y las escaleras eran de mármol. Todo en aquel lugar destilaba clase y elegancia.

Javier Martín se acercó a la chica de recepción, una mujer de unos treinta años en muy buena forma física.

—Inspector Martín.

—¡Ay! ¿Son ustedes los que investigan la muerte de Patricia? Pobre niña… —le interrumpió la mujer.

—Si, somos nosotros.

—Estuve en su entierro, ¡cómo no! Su abuelo es un hombre muy querido aquí… Bueno, toda la familia, todos son miembros del club y todos juegan. Además, Patricia era un encanto de niña. ¿Quién puede haberle hecho algo así?

—Eso es lo que tratamos de averiguar, señora—dijo Fran un poco harto de tanta cháchara intrascendente o de curiosidad mal disimulada.

—Claro, claro, ¿qué necesitan?

—¿Ha venido hoy Alberto García?

La recepcionista suspiró asintiendo.

—Lo encontrarán en las pistas… ¿Los acompaño?

—Por favor.

Salieron por las puertas de cristal y se dirigieron a una pista que había a la derecha, pasaron por una zona lounge y se adentraron en el campo de césped artificial donde, unos hombres en edad de jubilarse, pero todos en buena forma, peloteaban con raquetas. La mujer les señaló a un chico que destacaba entre los otros por ser claramente más joven. Era alto, rubio y guapo.

—Alberto —llamó ella alzando la voz—. Estos señores quieren hablar contigo.

El chico se giró hacia ellos y los miró, se desvaneció la sonrisa que lucía en cuanto los policías se identificaron. El muchacho les dijo a los hombres que continuaran un rato solos y se dirigió a ellos indicando que le siguieran. Se metió en un edificio aledaño en el que, además de vestuarios, había un angosto despacho en el que se adentró.

—Ustedes dirán.

—Alberto, ¿conocía usted a Patricia Álvarez?

—Claro, claro, como todos aquí.

—¿Qué relación les unía?

—Era mi alumna. Doy clases a grupos de diversas edades. Era una buena tenista, destacaba bastante respecto a las demás.

—¿Y nada más?

El chico se ruborizó, sin poder evitarlo, pero no dijo nada.

—Alberto, hemos accedido al iPad de Patricia, a sus conversaciones.

—Está bien —suspiró—. Ahora ya no importa demasiado.

—Al contrario, ahora importa más que nunca.

El chico empezó a hablar, aunque apenas le salía la voz.

—Patricia y yo nos conocemos hace años, siempre hemos jugado en este club. Nos conocíamos de vista, quiero decir, yo al menos la conocía a ella. No era cualquiera, ¿entiende? Era una Álvarez…, en cambio yo… Yo solo era un jugador, fichado por el club por sus resultados, pero sin solera…

Se calló unos segundos, a Javier le pareció que intentaba evitar el llanto tragando saliva.

—Total, hace un par de años me contrataron para dar clases a grupos muy amateurs. A nadie le viene mal un dinero extra, así que acepté. Al final dejé mi antiguo empleo en una tienda de deporte por este, el tenis es mi vida. Aspiro a ser profesional, pero, mientras, de algo hay que vivir. Esto se me da bien y me gusta.

—¿Y cuándo trabó amistad con Patricia?

—Pues cuando la incluyeron en mi grupo de alumnos. Tenía 16 años y, bueno, no nos llevamos demasiada edad, unos cinco años, en seguida me gustó. Quiero decir, que era guapa era evidente, pero al trabajar con ella vi sus valores, su carácter, su gran corazón. Y también su empeño, su esfuerzo, su espíritu competitivo… Se las arregló para que sus padres me contrataran para darle clases particulares, me convertí en su entrenador personal. No solo de ella, pero, en fin, eso hizo que pasáramos mucho tiempo juntos.

—¿Iniciaron una relación?

—Con el tiempo. En realidad, empezamos a salir hace pocos meses, muy pocos.

Alberto no pudo reprimirse más y se puso a llorar, su llanto era callado y sereno. Tras unos minutos siguió hablando, mientras las lágrimas le caían por las mejillas sin que hiciera nada por evitarlo, ni por limpiarlas.

—Empezamos a hablar a todas horas, por teléfono, por las redes… Cogimos mucha confianza. Una cosa llevó a la otra y un día… Pues sucedió. Decidimos llevarlo con discreción. Yo se lo pedí, por quien era, por sus padres, porque no quería que pensaran que era un trepa. No estamos al mismo nivel social… Quizá ustedes crean que sí, pero no.

—No creemos nada. Nos limitamos a los hechos. ¿Dónde estuvo usted el sábado por la tarde?

—Aunque nos veíamos mucho aquí, disimulábamos, no podíamos tener intimidad. Solo fuera de estas pistas éramos nosotros, una pareja. Ella tenía muchas obligaciones, la universidad, las clases de música, su familia…

—¿Su familia era una obligación?

—Quiero decir que la llevaban entre algodones, no aceptaban que ya no era una niña.

—Eran un obstáculo para su relación.

—¡No! —exclamó—. Humm… Es decir, no lo sé, prefería que fuéramos despacio. Si la cosa seguía yendo bien, pues ya habría tiempo de decirlo públicamente. No era que nos escondiéramos, es que preferíamos ser discretos.

—¿Qué hizo el sábado por la tarde, Alberto? El sábado de su desaparición.

—Han detenido a un hombre, ¿no? Lo he visto en la televisión.

—Si, si, hemos detenido a un hombre. Limítese a contestar la pregunta.

—Nada —dijo en un hilo de voz.

—Tenemos una conversación en la que usted le insiste en verse ese día. No creo que se diera por vencido. Sabemos que la llamó a medio día.

—Sí, la llamé. Ella tenía esa tarde ocupada, pero yo quería verla.

—¿Habían discutido? —preguntó Fran.

—¿Nosotros? ¡No!

—¿Y por qué tanta insistencia?

—¿Está usted enamorado, inspector?

—Aquí las preguntas las hago yo —espetó el policía con mala leche. Javier decidió retomar el rumbo de la conversación antes de que el joven se pusiera a la defensiva.

—Siga, por favor, ¿quedaron el sábado?

—Ella no podía. Tenía un trabajo de clase y después tenía que ir a una fiesta de cumpleaños, la de Ángela, su abuela. En principio me dijo que no, pero el sábado la llamé con una propuesta: la recogería en la casa donde habían quedado y la llevaría a casa de sus abuelos, estaríamos poco tiempo juntos, pero era mejor que nada.

—Entonces estuvieron juntos.

—No, no. A las siete y cuarto, como ella me dijo, fui a donde habíamos quedado, pero no apareció. La llamé varias veces y le envié WhatsApps y todo lo que se me ocurrió, pero no contestó. A las ocho me fui a casa, muy cabreado la verdad. Si hubiera sabido que…

—Ella no llegó a acudir a la reunión con sus compañeros de clase.

—Sí, lo sé. Ahora lo sé.

Se despidieron de Alberto y salieron del recinto en dirección al coche. De camino a la comisaría, intercambiaron impresiones.

—Ese chico oculta algo.

—¿Tú crees?

—Eso me ha parecido.

—¿No será por las estadísticas?

Fran rio.

—Mire jefe, es un hecho. Siempre es la pareja. Podemos dar más vueltas o menos, pero los crímenes aislados suelen tener motivos económicos o

pasionales. Este es pasional, por lo tanto, es ese chico.

—¿No decías que era Gerardo?

—He cambiado de opinión. Creo que Gerardo preparaba algo, pero no le dio tiempo a ejecutarlo. Llevaba solo una semana fuera del trullo, estaría preparando la jugada. Este chico ha admitido que Patricia estaba fuera de su alcance. Creo que ella se había cansado de él, intentaría dejarlo aquella tarde en vez de ir con sus amigos a hacer el trabajo. Por eso mintió a sus padres, porque era una relación secreta. Pero discutieron y a él se le fue la mano.

—Fran, ¿tú te escuchas? La mató con una pistola, la dejó en un sitio diferente de donde realizó el crimen, todo estaba impecable y el cadáver tenía una escenografía muy pensada. ¿Cómo se le va a haber ido la mano?

—Humm… Visto así suena a que he dicho una tontería… Pero fue él. La llevaría a algún sitio, discutirían, seguramente ella querría dejarle, y entonces la mató. Luego pensó en cubrir sus rastros haciéndolo parecer un asesinato ritual.

—¿Y el vestido? Fran, dejas demasiados cabos sueltos. Piensa un poco antes de hablar, anda.

El policía se molestó tras la frase de su jefe y calló el resto del camino.

Ya en comisaría, Javier empezó a elaborar el informe respecto a la declaración de Alberto García mientras los demás seguían enfrascados en el seguimiento del resto de pistas que tenían. Entonces recibió una llamada de su jefe que le apremiaba a acudir al despacho.

12

UNA LLAMADA

—¿Dónde se había metido Martín?

—Estaba interrogando a un posible sospechoso. Ayer nos dieron acceso a las conversaciones que Patricia había mantenido a través de sus dispositivos electrónicos. Resulta que tenía una relación amorosa con un entrenador del club de tenis.

—Entiendo. Pero escuche. Ayer recibí una llamada del comisario Candanedo. Siéntese, Javier.

Martín se sentó frente al hombre sin decir nada, esperando que éste arrancara a hablar.

—A primeros de octubre mataron a una chica en un barrio de trabajadores que queda al norte, ¿lo recuerda?

—Claro que lo recuerdo, jefe, un caso de violencia de género. Lo leí en prensa, no tuvo mucha cobertura.

—Se trataba de Fátima, una chica de treinta años. Su cadáver fue hallado en la calle. Era peluquera y vivía, con su madre, muy cerca del lugar donde la encontraron.

Javier Martín asintió, invitándole con el gesto a continuar.

—El caso lo llevó un tal Parra, ¿lo conoce?

—Lo conozco, comisario.

—Entonces sabrá como trabaja. Detuvo al exnovio y lo entregó al juez. Caso cerrado, según él y a otra cosa. Ha cambiado de unidad. Yo creo que sabía que se iba a producir el cambio de forma inminente y quiso zanjar el tema cuanto antes.

—Entonces, ¿lo han reabierto?

—No se adelante Javier, no se adelante… A nivel judicial se ha sobreseído por falta de autor conocido. Pero a nivel policial se ha reabierto el caso. Se lo han asignado a Mónica Castaño, que, tras estudiar el caso, lo asoció rápidamente al de Patricia Álvarez. Y aquí estamos.

—¿Por qué lo asoció? El caso no tenía nada que ver con el nuestro. Lo comprobamos.

—¿Lo comprobaron? Vamos, Javier, no me haga reír. Si fue así lo hicieron realmente mal. A la chica, Fátima Ortiz, la mataron de un disparo en la nuca, desde atrás. El asesinato se cometió en un lugar desconocido y dejaron su cuerpo en medio de la calle, limpio de huellas o cualquier rastro. Llevaba puesto un vestido verde con mucha pedrería, mala, claro. La habían peinado con dos trenzas, una a cada lado, como una colegiala, y la habían pintado como a una mona.

Javier se quedó paralizado. Intentaba asimilar la información que acababa de revelarle el comisario.

—¡Me cago en la leche! Estábamos en una reunión en la sala, no hay ordenadores. Pregunté al equipo y aún no habían buscado en la base de datos. Llamé fuera para que alguien lo mirara y me cogió el teléfono Rafael. Al cabo de un rato llamó diciendo que no había crímenes parecidos en la base. ¡Me va a oír ese inútil!

—Tranquilícese Javier. Es un crío. De todos modos, hablaré con él. Veámoslo por el lado bueno, solo ha pasado una semana desde que mataron a Patricia Álvarez y, todo lo que han investigado hasta ahora, lo habrían tenido que comprobar igual. Sabe igual que yo lo que esto significa. No nos enfrentamos a un caso aislado. Ambos casos son tan similares que, sin duda, tienen que estar relacionados.

—Nos van a quitar el caso, ¿verdad? Se lo quedan ellos porque su víctima es anterior.

—Ese es mi trabajo, Javier. Castaño es una buena inspectora, no lo dudo, pero usted y su equipo tienen más experiencia.

No dijo que Miguel Álvarez, el abuelo de la víctima, se había empeñado también en que él, su amigo, no soltara el caso.

—¿Entonces?

—Ha sido una ardua negociación con el comisario Candanedo, pero al final ha sido razonable. Tienen la comisaría en cuadro, muchas bajas. Castaño se acaba de incorporar de un permiso de maternidad. Sabe que no pueden hacerse cargo de algo con la dimensión de esto. Y sabe que tú eres el mejor de todos ellos. Así que el asunto es nuestro. Léete el expediente de Fátima Ortiz. Me ha dicho que llames a Castaño en cuanto lo hayas leído para que te complete la información. Y, por supuesto, contaremos con ella como apoyo del grupo cada

vez que la necesitemos. Quieren que les tengamos informados de los avances y, obviamente, si atrapamos al asesino, su parte en el pastel.

—Eso descarta a Gerardo Fernández… —murmuró Javier para sí mismo.

—No descartamos nada aquí. Todas las líneas de investigación son válidas. Y se ha confirmado que Gerardo realizó las llamadas a los padres de la chica. Será cierto que no podamos relacionarlo con la muerte de Patricia, por ahora, pero, sin duda, está bien donde está y con motivos. En cualquier caso, esa investigación se la voy a asignar a Pérez. Y solo si vuelve a salir a colación tu víctima te involucrarás. Ahora debes empaparte del otro caso y decidir con tu equipo cómo actuar.

Javier Martín asintió.

—Javier, no hace falta que te diga que el asunto se pone realmente serio. Si nos enfrentamos a un asesino en serie… No nos hemos enfrentado nunca a nada semejante.

Esa noche Javier se fue a casa insatisfecho, lejos de conseguir inculpar al hombre encarcelado, habían interrogado a otro posible sospechoso. Pero lo peor, sin duda, había sido la aparición de otro cadáver relacionado con el de Patricia. Aquello requería una nueva perspectiva, una revisión de todo lo actuado. Se sintió más perdido que nunca desde que habían iniciado la investigación. Intentó encajar todo aquello en el caso de Patricia… Pero no había nada que encajara. Al menos no bien, al menos no como él pensaba que debían haberse dado los hechos. Tenían que volver a empezar. De cero.



Valeria estaba sobre el sofá con las piernas cruzadas y un montón de papeles esparcidos a su alrededor. Comprobaba los datos que habían recopilado una y otra vez, intentando encontrar algo que llamara su atención. Alargó la mano y cogió el botellín de cerveza para dar un largo trago. Le daba pena la chica, también que una familia tan unida hubiera sufrido ese percance. Sentía rabia porque todo lo que investigaban no obtuviera resultados concluyentes… Sin embargo, no veía nada. Le costaba atender a los papeles, que, lejos de ser una prioridad, había tomado como una distracción a lo que verdaderamente le quitaba el sueño. Notaba que el cabreo le subía hasta la cabeza y la ira la enrojecía. Todo aquello era demasiado para ella.

Cuando tenía preocupaciones personales, algo de ella se quedaba allí, estancado, dándole vueltas a la cuestión. No era capaz de poner los cinco sentidos en el caso que llevara por mucho que este lo mereciera o lo necesitara. Formaba parte de su carácter, siempre había sido así. Cuando estudiaba, cualquier preocupación, por nimia que fuera, la desconcentraba. Cuando investigaba, una vez empezó su andadura profesional, los acontecimientos externos la bloqueaban. A veces, se sentía incapaz de continuar. Nunca se había resentido por ello, pero ahora, que se había colado en una investigación que prometía ser la más importante de su vida, que tenían que darle caza al asesino de una pobre chica, notaba que no estaba al cien por cien y eso la entristecía sin saber cómo remediarlo. Le hubiera gustado tener entonces la mente fría y analítica de Javier, poder anteponer la profesión a los problemas personales, a los afectos, a las decepciones, pero ella no era así. Y estaba decepcionada.

Era cierto que había huido. Gran parte de la responsabilidad de su malestar debía atribuírselo a sí misma, pero igual era cierto que él no había insistido.

A veces, en la vida para saber que valemos algo necesitamos que nos lo diga alguien. Valeria estaba harta de acumular fracasos y antes de empezar con algo así, quería saber que merecía la pena, que igual que ella, Javier estaba dispuesto a luchar por aquello. Sus actos habían reflejado que no lo estaba, no lo bastante. No valía lo suficiente como para apostar por ella. ¿Cómo iba a decirle que ella sí apostaba por él? Que cambiaría todo su mundo por él…

No podía decírselo y después de aquello, menos todavía. Debía olvidar, debía aparcar aquellos sentimientos que la estaban absorbiendo e impidiéndole hacer su trabajo. Pero no iba a dejar el caso, toda su vida se había estado preparando para ello. Era un perro de presa y la tenía en la boca, no la soltaría, no ahora, no aún. Y, sin embargo, tomó una decisión.

Al principio fue solo una idea vaga que no terminaba de asentarse, después se dio cuenta de que no era una idea sino una solución. Aceptó aquello y por fin, concilió el sueño, triste, pero segura de que era la mejor opción. Pensó que, tras esa determinación, podría seguir con el caso, porque todo lo demás, acabaría por desaparecer, tarde o temprano.

13

FLORA

El miércoles todos acudieron temprano al trabajo, expectantes por un escueto mensaje de Javier en el grupo de WhatsApp que habían creado: "Sed puntuales. Novedades". Fran con cara soñolienta, Blanca ilusionada porque tenía fiesta todo el puente y pensaba hacer un pequeño viaje con amigos.

Valeria entró cuando rayaban las nueve, con un café en una mano y en la otra un donut de chocolate. No solía comer dulce por la mañana, pero aquella no era cualquier mañana. Le daba miedo enfrentarse a la mirada de Javier, escrutadora, que traspasaba su cuerpo transparente. Sentía que no iba a poder disimular su enfado y, especialmente, sentía que no tenía derecho a ese enfado.

El último en cruzar aquella puerta fue el propio Javier. Adrián se había colado en la reunión. A nadie le extrañó porque estaba más tiempo con las narices metidas en el caso, que fuera de él.

—Buenos días, compañeros, necesito que hoy me prestéis especial atención. Hay mucho que contar y mucho trabajo que hacer.

Los asistentes le miraron ansiosos, no podía haber un segundo cadáver, se habrían enterado. Les habrían llamado, a la hora que fuera, para estar presentes los primeros en la escena del crimen. Así las cosas, no tenían ni idea de la bomba que se preparaba a lanzar el inspector Martín.

—Como todos sabéis, se ha filtrado en prensa que Patricia, cuando fue encontrada, presentaba un aspecto particular que no era el mismo con el que había salido aquel día. Debo reconocer que, a la primera que le llamó la atención su aspecto fue a la subinspectora Jara, que insistió en investigar ese vestido y en no perder esa perspectiva. Yo pensé que, tratándose de un crimen aislado, como era, podía ser simplemente una maniobra de distracción o deberse a cualquier otra causa que desconocemos de la vida de la chica. Esas eran las premisas con las que trabajábamos, pero ayer —Javier paró a tomar aire y suspiró—, todo cambió. Piedrahita recibió una llamada del comisario Candanedo, que le reveló que, a principios del mes de octubre, habían encontrado a una chica muerta en su zona de actuación. Se tomó como un caso

de violencia de género y se culpó a un exnovio. El imputado logró demostrar que él no había sido cuando el caso ya se había judicializado, así que, tras el auto de sobreseimiento del juez, Candanedo se dispuso a ordenar la reapertura del homicidio. El problema era que el inspector Parra, que había llevado el caso, ya se había trasladado. Decidió esperar unos días hasta la reincorporación, después de una baja, de Mónica Castaño. Ésta al estudiar el caso que le acababan de asignar y mirar las alertas, hizo pronto la conexión. Candanedo llamó a nuestro comisario.

—Sigo yo, Javier —dijo Piedrahita, que había entrado, con sigilo, en la sala de reuniones unos minutos antes—. El ocho de octubre apareció el cuerpo de Fátima Ortiz, de 30 años de edad, peluquera de profesión. Sin hermanos, sin otra familia que su madre. La encontraron en medio de una calle muy próxima a su domicilio. El cadáver fue descubierto por un vecino que paseaba a su perro. Eran aproximadamente las once de la noche cuando el animal se le escapó. Al ir a buscarlo encontró a la chica. El hombre dudó del estado de la víctima, que al principio creyó una prostituta. Cuando se dio cuenta de que estaba muerta llamó a la policía. Fátima iba vestida con un vestido verde de lentejuelas y llevaba la cara pintada de forma llamativa, su pelo se recogía en dos trenzas que le rodeaban la cara. La causa de la muerte fue un disparo en la nuca a bocajarro, con orificio de entrada y de salida. Como veis, presenta muchas semejanzas con el nuestro.

—¡La virgen! —gritó Blanca, y en seguida pidió perdón por la interrupción. Los demás dieron visibles muestras de asombro, pero prosiguieron callados en espera de que el comisario acabara el relato.

—El caso fue a parar a Parra, que ya estaba más fuera que dentro de la unidad de homicidios. La autopsia la realizó el forense de guardia, que no era el que la hizo en el caso de Patricia. Se entrevistaron con la madre, unas vecinas y algunos amigos de Fátima. También entrevistaron a los compañeros de la peluquería en la que trabajaba desde hacía poco tiempo. De todo ello sacó que el exnovio la acosaba y directamente fue a por él. El cuerpo no presentaba huellas, ni tejidos ajenos, ni nada significativo que pudieran rastrear. No había cámaras cerca del lugar donde apareció. Hablaron con los vecinos de la zona y tampoco nadie dijo haber visto nada. Le colgaron el muerto al ex y se quitaron un problema. Tras varias semanas en la cuerda floja el hombre ha podido demostrar que él no tuvo nada que ver. Castaño, recién incorporada al trabajo,

tenía un buen marrón. Solo le quedaba esperar un golpe de suerte. Parece que lo ha tenido.

—Nos quitan el caso —afirmó Valeria.

—No, Jara. El Comisario Candanedo y yo hemos hablado mucho estos días, está de acuerdo en que vosotros debéis seguir con la investigación, por eso nos han pasado el caso de Fátima Ortiz. La verdad es que la comisaría no pasa por su mejor momento en cuanto a efectivos se refiere y saben que nosotros llevamos el caso más avanzado, así que nos lo ceden. Hoy nos han llegado las fotografías en papel, luego se las daré a Javier.

—Genial —se le escapó a Fran.

—Podríamos hablar ahora —retomó Javier—, pero no creo que tenga sentido comentar algo que desconocemos, así que coged los dosieres. Las fotografías y todo el material están también a vuestra disposición. Quedamos aquí a las seis de la tarde, creo que es tiempo suficiente para haberos empapado del caso, al menos una visión global y que se os haya ocurrido algo. ¡Vamos! Todos a trabajar.

Cada uno se dirigió a su mesa de trabajo entre murmullos de sorpresa y no volvieron a dirigirse la palabra hasta las siete de la tarde.

Unos minutos después de la reunión Javier se acercó a Valeria.

—Voy a ver a la madre de Fátima, está en casa esperándome. No creo que quieras perdértelo.

Valeria estuvo tentada de decirle que no iba, pero no lo hizo. Se dijo a sí misma que era porque no quería perderse nada de aquella investigación, pero en el fondo sabía que en realidad no quería estar lejos de Javier. Claudicando a la posición que le daba en su vida.

La madre de Fátima Ortiz, Flora Ortiz, vivía en una calle estrecha y con el pavimento en mal estado. Era un barrio obrero, con edificios de seis plantas de ladrillo sin ningún atractivo físico exterior. Un barrio funcional, un barrio dormitorio. Había pequeños comercios, fruterías, supermercados y algunos colegios públicos diseminados por el distrito. Muy probablemente alguno de ellos acogió a Fátima en su niñez.

Flora les abrió la puerta y les hizo pasar a un piso pequeño, situado en la tercera planta del edificio sin ascensor. Adolecía de poca iluminación, dada su orientación y estaba amueblado con menaje de mala calidad y sin demasiado gusto.

—Lo primero que queremos decirle es que sentimos mucho la muerte de su hija.

—Gracias, agentes.

No se molestaron en corregirla. Se habían sentado alrededor de una mesa de madera, en unas sillas de respaldo alto del mismo material algo desvencijadas.

—¿Quieren tomar un café?

—Gracias Flora, pero no le robaremos más tiempo del imprescindible.

—Vienen por esa chica que murió hace una semana, ¿no?

—¿Ha hablado alguien con usted ya, Flora?

—No señor…

—Javier, Javier Martin. No me llame señor, por favor.

—Martín —repitió Flora—, pero veo la televisión, veo las noticias e hice la conexión. Tal vez la gente no sepa cómo encontraron a mi hija, pero yo sí lo sé. Esas cosas hay que saberlas, una madre no se queda tranquila si no sabe, si no ve. Ver a mi hija muerta, el último deseo que tuve.

Se echó a llorar. Valeria alargó la mano y le agarró el brazo en señal de consuelo, poco más podía hacer. La mujer se sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz. Cuando vieron que se había serenado un poco, prosiguieron con la conversación.

—El inspector que llevaba el caso, ese inútil arrogante… Perdón —dijo—. Compréndanme —Los policías hicieron un gesto de asentimiento.

—Se empeñó en que había sido Óscar. Mi hija y él habían salido durante tres años y ella había cortado la relación hacia pocos meses. Era un muchacho bastante celoso y posesivo, pero demasiado inseguro como para matar así a mi hija con esa sangre fría. Si la hubiera matado él habría sido de otro modo, estoy segura. La cuestión es que cuando me dijeron que quedaba exculpado de todos los cargos no tuve duda de que era lo correcto, y pocos días después apareció el cadáver de esa niña, exactamente igual que el de mi hija. Fui a la comisaría al día siguiente de verlo en prensa y exigí hablar con el tal Parra, pero resulta que ya no trabaja en esa comisaría. Yo le había comentado desde el principio que el vestido que llevaba no era suyo, que esa forma de vestir no iba con ella, pero me había ventilado con viento fresco. Le expliqué al agente del mostrador el motivo de mi visita y me dijo que el caso de mi hija aún aparecía cerrado por detención del autor de los hechos. Me reí. Hoy en día cualquiera cree que un ordenador sabe más que una persona. Le saqué de su error y le expliqué la situación. Entonces me dijo que en caso de que se reabriera y se lo asignaran a

otro inspector, ya me llamarían. Llevo una semana esperándoles, inspectores. ¿Les han asignado el caso de mi hija?

—Sí señora —admitió Valeria. Sin duda en la investigación de Fátima se habían cometido algunos errores, pero ellos tratarían de enmendarlos y hacer justicia por ella.

—Díganos, Flora —repuso Javier—, ¿tenía su hija algún enemigo o enemiga?

—No señor Martín, Fátima era una buena chica, trabajadora, callada, siempre pendiente de mí. Hemos tenido una vida dura, las dos solas contra el mundo, solía decir. El padre de Fátima nunca se ha hecho cargo de ella, ni siquiera le dio el apellido. Cuando me quedé embarazada simuló quedarse, pero apenas esperó a que la niña tuviera unos días para largarse. Que eso no iba con él, me dijo, que no estaba preparado para una responsabilidad cómo esa. Ni que fuera un crío, que no lo era… O sí, no sé, ahora se es crío con veinte años, pero en aquel entonces, un chico de veinticinco ya era un hombre hecho y derecho. La mayor parte de las veces, padre de familia. Se vivía de otro modo. Pero, en fin, eso me tocó a mí. Y salimos adelante, mal que bien.

—¿Sus padres no la ayudaron?

—Mis padres eran mayores ya cuando me tuvieron. Nunca nos llevamos demasiado bien. Eran gente estricta y no casaban mucho con mi forma de ser y mis pensamientos. Me enamoré del padre de Fátima que no les gustaba en absoluto. Me fui de casa. Lamentablemente el tiempo les dio la razón a ellos—. La mujer se quedó callada unos segundos, sopesando la certeza de aquellas palabras—. No digo que no me ayudaran. Se quedaron con Fátima en alguna ocasión: cuando estaba enferma, cuando no había escuela pero yo tenía que trabajar… También a veces le hacían algún regalo, o me daban dinero cuando no llegaba a fin de mes. Pero la distancia que se había creado era irremediable. En cualquier caso, no importa ya, ahora están muertos. Y mi hija también. Todos muertos menos yo.

—Lo siento mucho —susurró Valeria, que nunca se acostumbraría a las duras historias que escuchaba a causa de su trabajo.

—¿Novios?

—Fátima había salido con pocos chicos, agente. Era una chica discreta, que se preocupaba más por sobrevivir que por esas cosas. Algunos hubo, claro. Nunca nadie trascendente y solo me presentó a uno de ellos. Estuvo con ese chico… Óscar, unos tres años. Cortaron hace pocos meses.

El móvil de Fátima había desaparecido la noche que la encontraron muerta. Su agenda de contactos, sincronizada con la cuenta de Google, había podido ser recuperada, tendrían que buscar entre los contactos.

—¿Y sus amigas? Había alguien que pudiera tener celos…

—¿Celos de mi hija? No me haga reír —Flora sonrió amargamente—. No éramos nadie. Al menos esa chica, Patricia, tenía dinero, clase, un futuro. Pero nosotras, nosotras no teníamos importancia. Miren, si no fuera por esa chica rica, mi hija habría sido reducida al olvido.

—No diga eso, Flora —la voz de Valeria sonó más dura de lo que habría deseado. Sabía que las palabras de la madre de Fátima procedían del dolor y del rencor—. Las dos tenían la misma importancia para el mundo y, desde luego, las dos la tienen para nosotros. Las investigaciones han discurrido paralelas hasta ahora porque no sabíamos de la conexión y las dos habían llegado a puntos similares. Ahora, sin embargo, se han unido y eso nos da nuevas perspectivas para encontrar al asesino. No solo de Patricia, sino de su hija también. Para nosotros son iguales y vamos a luchar con el mismo ahínco por las dos.

Flora se echó a llorar de nuevo, esta vez tardó algo más en serenarse, al cabo de unos minutos, con lágrimas en los ojos aún, volvió a hablar.

—Fátima y yo hemos luchado solas toda la vida. De niña a veces yo no podía pagar la luz y nos la cortaban, pero ella nunca se quejó. Siempre llevaba ropa de segunda mano y me consta que los niños del colegio la señalaban. Por eso creció con pocos amigos, por eso odiaba un poquito al mundo, pero nunca me recriminó nada, al contrario. Era callada y seria, pero muy cariñosa, y se esforzaba en animarme cuando veía que me faltaban las fuerzas. Una niña no tendría que vivir algo así, pero así era nuestra vida. Con catorce años acabó el colegio y ni se planteó estudiar nada. Se puso a trabajar conmigo. La verdad es que eso nos dio algo de resuello. Nos mudamos a este piso y dejamos la habitación donde vivíamos. Fátima conoció a Estíbaliz, nuestra vecina, una chica de su edad. Se hicieron amigas, probablemente su única amiga de verdad. La madre de Estíbaliz tiene una peluquería de barrio. Se dio cuenta de que mi hija tenía dotes para esa profesión y la contrató como ayudante. Le pagó los estudios y no le puso trabas cuando le salieron ofertas mejores. Se alegró por ella.

—¿Es posible que tuviera celos profesionales de su hija?

—Rotundamente no. Nos han ayudado mucho, todavía nos ayudan. Es decir, me ayudan —corrigió con un dolor palpable en el rostro.

Cómo si las hubieran invocado, las vecinas llamaron a la puerta, aparecieron en el piso acto seguido. Era el día que la peluquería cerraba.

Javier y Valeria aprovecharon para hacerles algunas preguntas, sin que tampoco los llevaran a mucho.

—Ya que están todas aquí, necesito que me digan si Fátima pudo conocer a Patricia.

—No —dijo la madre—, no que yo sepa.

—No —dijo Estíbaliz—. Nunca la habíamos visto ni coincidido con ella.

—¿La acechaba alguien?

Las tres negaron con la cabeza.

—Me lo habría dicho —dijo Flora.

—O a mí —intervino Estíbaliz—, pero sí había quedado con un chico, un cliente… Un chico al que había cortado el pelo en diversas ocasiones. Estaba ilusionada. Ya se lo conté a los agentes que vinieron cuando murió.

Javier asintió. Había leído la declaración del chico. No habían llegado a verse fuera de la peluquería, la muerte de la chica había cortado de forma abrupta aquella relación incipiente. La declaración no le había parecido significativa, sin embargo, se dijo, tenían que volver a hablar con el tal Rubén.

—¿Qué aficiones tenía Fátima?

—¿Aficiones? La peluquería, escuchar música, ir al cine. Cosas normales.

Los inspectores dieron la conversación por terminada y se despidieron de las tres mujeres. Flora los acompañó a la puerta.

—Flora —dijo Javier justo antes de irse—, ¿jugaba su hija al tenis?

—¿Al tenis? Por supuesto que no. Fátima no iba a un gimnasio, ni daba clases de nada, eso es para la gente con dinero. Fátima trabajaba. Su tiempo libre lo pasaba en casa o con Estíbaliz y sus amigas, que eran las suyas. Desde que cortó con Óscar no había salido con ningún otro chico.

Ya de camino al coche Valeria dijo:

—Hay que averiguar si Patricia era clienta de la peluquería donde trabajaba ahora Fátima, era una buena peluquería y está en el centro.

—Vamos a acercarnos a hablar con ellos.

—De acuerdo.

Les atendió la encargada, pues el dueño no se encontraba en el establecimiento. Era una mujer alta y con el pelo largo, lucía llamativas mechas

rubias.

—Fátima era muy buena chica, callada, agradable y trabajadora. No hacía ni un año que trabajaba con nosotros, pero ya era una más. Somos una pequeña familia, nos llevamos todos muy bien.

—¿Tuvo algún problema con alguien?

—Qué va. Era una buena profesional. Muy discreta y eficiente. Se había hecho con una cartera de clientes que siempre la solicitaban. Entre ellos un chico llamado Rubén con el que parecía congeniar. La oí quedar con él, justo el día que la encontraron. Ya se lo dije a los inspectores que vinieron cuando apareció.

—¿Y la discusión con el exnovio?

—Sí, eso fue lo único discordante, pero todas las personas cometemos errores. No tenía aspecto de mal chico, sin embargo, la conversación fue subiendo de tono, la insultó y también le dijo que se arrepentiría de aquello. Supongo que se refería a haberlo dejado, la cuestión es que aquellas palabras me alarmaron, me sonaron a amenaza. Se lo comenté a los agentes que me interrogaron y sé que lo detuvieron, ¿ha pasado algo que yo desconozca?

—¿Recuerda usted que hace unos días apareció el cadáver de una chica llamada Patricia Álvarez?

—Sí, claro, está en todas las televisiones. ¿Hay relación entre ambos casos? —preguntó la mujer asombrada.

—Eso es algo que no sabemos aún —mintió el inspector Martín—. Solo queríamos saber si la chica era cliente.

—No me suena, pero si vino alguna vez estará en el archivo. Tenemos una ficha de todos los clientes, déjeme ver.

La mujer se sentó frente al ordenador del mostrador y tecleó durante unos minutos. Luego negó con la cabeza.

—No, nunca vino a esta peluquería. Tenemos fichas de unas cuantas mujeres con ese apellido. pero ninguna se llamaba Patricia.

—¿Julia Álvarez? ¿Cristina Solís?

—Tenemos a una Julia Álvarez en la base de datos. Vino en alguna ocasión, pero ya hace más de dos años que no viene. No coincidió con Fátima —tecleó un par de minutos más—. Cristina Solís, no. No consta.

—Está bien, muchas gracias, Esther. Si recuerda algo más, no dude en llamarnos, por nimio que le parezca —le tendió una tarjeta.

—Así lo haré.

Salieron del local y se dirigieron a comisaría. Eran las dos pasadas cuando aparcaron.

—Comamos algo —sugirió Javier.

Valeria asintió y se dejó conducir por él a un bar habitual cercano a las dependencias policiales. Pidieron ambos platos del menú diario.

La conversación fue escasa, y siempre referente al caso que tenían entre manos. El silencio revoloteaba entre ellos como un ave escurridiza que alzaba el vuelo y no se dejaba atrapar. Ni acariciar siquiera.

14

EN SERIE

A última hora de la tarde volvieron a confluir en la sala de reuniones, cansados pero excitados.

—Y bien, ¿qué sensaciones tenéis?

—Me da hasta miedo decirlo, Javier, pero esto pinta mal —se adelantó Blanca—. Pinta a que hay un loco suelto que mata a chicas.

—Ya lo estuvimos comentando cuando murió Patricia y lo descartamos porque no había nada que apuntara en esa dirección, excepto la escena que el asesino dibujó que me escamó desde el primer momento —dijo Valeria—. Sin embargo, ahora parece evidente que nos enfrentamos a un asesino en serie, a alguien que se ha desatado y que no tiene pinta de que vaya a parar… Además, está el asunto del tiempo que ha trascurrido entre las dos muertes, ¡es poquísimo! Igual es un loco en plena psicosis.

—Eso lo debería confirmar un experto, sin duda. Pero coincido contigo. La forma de morir es idéntica, la forma en la que son halladas también. No es casual, no es puro azar, están conectadas. Lo malo es que no sabemos qué las conecta. En principio podemos afirmar que no se conocían. No pertenecían al mismo mundo, no se movían en los mismos círculos. Hay una significativa diferencia de edad. Patricia era apenas una niña y Fátima, una mujer. Y después está el asunto del parecido físico: no se parecen. ¿Tienen rasgos comunes? Bueno sí, supongo que si nos ponemos a buscar los encontraríamos, es como si digo que tienen los ojos marrones, ¡nos han fastidiado! Y seguramente el 80% de la población mundial…

—Es prioritario saber si tienen algo en común, alguna afición, hay que volver a hablar con las familias.

—Esta misma tarde he obtenido los resultados de los titulares de las cuentas con las que se han pagado los vestidos iguales al que Patricia llevaba. Ninguna de ellas pertenece a Gerardo Fernández. Si ha comprado el vestido debió pagarlo en efectivo.

—Pero Gerardo estaba en la cárcel cuando se compraron —objetó Blanca.

—Bueno, pudo hacerlo durante algún permiso.

—No perdemos nada por ver si alguna de las mujeres tiene relación con él —dijo Javier—. Pero lo dudo, estoy convencido de que no es nuestro hombre. Tenemos que cambiar de punto de vista. Puedes seguir con ello, pero no tienes que priorizar conectarlo con Gerardo, sino buscar algo que te huela mal.

—La chica, igual que Patricia, no había sido agredida sexualmente… Creo que hay que buscar un móvil. Si no es sexual, ¿qué le lleva a hacer lo que hace? ¿Cuál es su pulsión? —preguntó Valeria.

—Ok, pues volved a revisar el entorno de las víctimas, pensad en la posible motivación… Para ello podríamos volver a contactar con la psiquiatra que visitaste, Blanca.

—De acuerdo.

—Tengo varias cuestiones —dijo Adrián entonces—. Gerardo no encaja si buscamos a un asesino en serie, en principio su móvil era vengarse del padre de Patricia, pero eso no casa con haber matado a otra chica. Luego está el profesor de tenis…, esto…

—Alberto.

—Sí, un móvil pasional tampoco nos encaja. Ya creo que no es necesario buscar en el entorno de las víctimas.

—Bueno, no estés tan seguro —repuso Javier—. Nos falta una conexión entre ellas, solo si no la encontramos, si creemos que las victimas únicamente tienen en común la oportunidad del asesino, será cuando se descarte eso.

—Gerardo quería vengarse del padre de Patricia, probablemente estuviera planeando algo, pero no llegó a ejecutarlo. Me parece claro que los crímenes son tan semejantes que los ha debido cometer una misma persona, todo coincide. Y no creo, a estas alturas, que haya sido él. No era su perfil cómo delincuente, me parce raro que se le haya desatado ahora esa necesidad… Me alegro de que atrapáramos a Gerardo y me alegro de que lo hiciéramos antes de que le hiciera más daño a esa familia, pero no es nuestro hombre. Hay que seguir buscando —contestó Valeria.

—En cuanto a Alberto, la verdad es que no me dio la espina de un asesino, me pareció un buen chico. Modesto, humilde, que únicamente buscaba encajar en un mundo que no era el suyo. Parecía evidente que se sentía admirado por la gente del club por sus buenos resultados deportivos, pero también notaba la soberbia, la grandilocuencia y cómo le miraban por encima del hombro por ser

un chico trabajador. Proveniente de una familia de clase media. Tenía que ocultar su relación con Patricia, eso es triste.

—Igual era ella la que no quería que se supiera.

—Probablemente no. Patricia era hija de gente con bastante dinero, posición y contactos. Era una chica sobreprotegida que obedecía siempre. Creo que fue un acto de rebeldía adolescente liarse con Alberto. En cualquier caso, dudo que sea nuestro hombre, pero, nunca se sabe. Habrá que ver si Fátima jugaba o había jugado a tenis alguna vez.

—Lo apunto.

—Igualmente deberíamos bucear más en las redes… A ver si encontramos páginas de contactos o algo similar.

—Lo hicieron los chicos de Parra. Fátima no tenía ni Facebook. No era muy sociable, o al menos, no por esas vías. No encontraron nada.

—Sé que lo hicieron, he leído el expediente —contestó Javier, cortante—. Hagámoslo otra vez. Hagámoslo mejor. Encárgate, Adrián.

—Veamos, el testigo que encontró a Fátima al principio la confundió con una puta —dijo Fran—. Hasta ahora hemos querido ver en el cadáver de Patricia un retrato angelical, de niña serena, pero la verdad es que bien podría ser otra cosa. ¿Y si el asesino es alguien a quien prostituyeran? Quizá esté reflejando algo que sufrió en su juventud. Puede que alguien de su entorno sufriera abusos, y que esté imitando esa conducta. También es posible que al asesino le gusten las putas, que pille a cualquier mujer que se encuentre en su camino y la disfrace de esa manera antes de matarla. El síndrome de Lolita, o como sea que se llame.

—Es un punto de vista a tener en cuenta, sin duda —admitió Javier—. A ver cuándo la doctora puede atendernos y le plantearemos todas estas cuestiones.

—Me da miedo una cosa —dijo entonces Blanca, que aún no se había pronunciado—. Si se trata de una persona ajena a las víctimas, si únicamente las ha escogido por azar… Estaremos perdidos y tendremos que esperar más muertes, una tras otra… Hasta que cometa un error. Pero es tan organizado, tan perfecto, ¿y si ese error no se comete nunca?

Todos se quedaron en silencio, asimilando las palabras de su compañera, que aún resonaban en el aire, apuntando a una verdad que ninguno de ellos quería reconocer.

—Bueno, no nos adelantemos a los acontecimientos, por ahora hay trabajo que hacer. A dónde nos lleve ya se verá. Tampoco sabemos si habrá más

víctimas o no. Esperemos que no, que esta sea la última y que nuestro trabajo nos lleve al culpable. Siempre hay una pista, un rastro. Lo que distingue a un asesino no es la falta de ello, sino la incapacidad de los investigadores para encontrarlo.

Esas palabras de Javier los señalaban, a todos ellos. De ellos dependía dar con el culpable, conseguir que el sistema judicial tuviera a alguien a quien juzgar. Eran la primera pieza de un engranaje complejo. No podían fallar.

15

PERFIL

Los días siguientes continuaron entrevistándose con los conocidos de Fátima y repasando los informes del caso elaborados por los primeros inspectores que lo investigaron. Volvieron a hablar con el único testigo, a repasar las fotografías del levantamiento del cadáver y del entierro. Se estrujaron los cerebros para ver algo, para hallar algo, pero todo transcurría previsible. No obstante, su ánimo no decaía porque las pesquisas sobre la nueva víctima estaban empezando y, de alguna manera, le había dado un soplo de aire fresco a la anterior investigación. Todos sabían que, si bien habían investigado a algunos sospechosos, no habían encontrado nada concluyente con lo que acudir al juez.

El último lunes de noviembre, a las cuatro y media de la tarde, quedaron con la doctora Vargas, jefa de la única institución psiquiátrica de la ciudad y mujer de reconocido prestigio en el gremio. El inspector Javier Martín había preferido que Blanca la citara conminándola a ir a dependencias policiales porque quería que todos estuvieran presentes y escucharan de primera mano las disquisiciones de la mujer.

Con puntualidad alemana, llegó a la puerta de comisaría. Allí fue conducida, por el policía que solía estar en la recepción, a la sala de reuniones del equipo de homicidios, lugar en el que ya se encontraban todos los componentes de la unidad. Se trataba de una mujer que no llegaba al metro sesenta, de porte recio y melena teñida de un color naranja que lucía hasta los hombros, liso y bien peinado. Iba vestida con un traje de chaqueta de color gris y una blusa blanca, sus zapatos eran unos cómodos mocasines sin tacón.

—Muchas gracias por venir, doctora Vargas, le presento a mi equipo. Ellos son la subinspectora Valeria Jara y los oficiales Blanca Cabrera, a quien usted ya conoce, Fran Gómez y Adrián Vidal. Yo soy el inspector Javier Martín.

—Me encantaría serles útil, inspector Martín, especialmente si es para atrapar a un asesino que se ha cobrado la vida de una niña de dieciocho años. Imagino que está al corriente de lo que le dije hace unas semanas a la oficial Cabrera, pero si tienen nuevos datos pondré todo mi esfuerzo en ayudarles.

—Así es, doctora Vargas, tenemos nuevos datos. Pero antes de empezar, quiero que entienda que todo lo que se diga aquí esta tarde es confidencial.

—Lo entiendo. Me ampara el secreto profesional. Díganme… Aunque creo que será mejor que nos tuteemos, si me lo permiten, ¿no creen? —dijo, mirándolos.

Todos asintieron. Las mujeres incluso le devolvieron la sonrisa.

—Cuando Blanca fue a verla…

—A verme —corrigió.

—Sí, disculpa. Cuando Blanca fue a verte, no teníamos más que una vaga idea, o más bien, ciertas especulaciones acerca de a quién teníamos que buscar. Se nos ocurrió indagar sobre enfermos mentales o gente con trastornos que pudiesen haber desarrollado ese tipo de conductas. Más bien queríamos saber si Patricia tuvo contacto con alguien que pudieras haber tratado. También pensamos que, a lo mejor, tenía algún vínculo con ustedes, como participar de voluntaria en la institución que regentas, ¿sigue existiendo el voluntariado?

La doctora sonrió.

—Sí, inspector, sigue existiendo gente de buen corazón —. Fran y Adrián sonrieron también con ironía por el golpe bajo asestado al jefe —. Pero lo buscamos en los registros y nunca había trabajado con nosotros.

—También nos centramos en el entorno de la víctima, que es donde, de ordinario, suele ocultarse el asesino. Sin embargo, ahora las tornas han cambiado.

—¿A qué te refieres?

—Ha aparecido un segundo cadáver.

La mujer pareció alarmada, pero no lo manifestó más que por un sutil gesto de la cara, volviendo a los pocos segundos a mostrarse impasible, aunque solícita.

—O más bien debería decir, un primer cadáver. Se trata de una mujer de treinta años a la que mataron semanas antes que a Patricia. Ha resultado que las características que presentaban los cadáveres son las mismas. Ambas estaban vestidas de fiesta, maquilladas y peinadas con dos trenzas. Las mataron con un disparo en la nuca con el mismo tipo de arma.

—Entonces ya no buscan a una persona, un hombre seguramente, anclada en su infancia o tierna juventud. A alguien que busque recrear su niñez asesinando a jóvenes, puesto que la primera víctima estaba lejos de ser una adolescente.

—Eso parece. El rango de edad nos ha despistado.

—¿Se parecían las víctimas físicamente?

—Lo cierto es que no.

—Pues por ahí no vamos bien. O hay una conexión que aún no conocen, o simplemente las elige al azar porque tiene la oportunidad. Ya saben, estar en el lugar adecuado en el momento oportuno.

—Más bien en el sitio inadecuado en el momento inoportuno.

La doctora miró a Adrián, que era el que había hablado, pero, sin contestarle, volvió a dirigirse a todo el auditorio, que la miraba expectante.

—Por ahora tenemos a un asesino que solo mata a mujeres. Que las disfraza de niñas y por eso parece que pudiera tener cierta obsesión con la niñez o con revivir la niñez. Todo ello son conclusiones extraídas de los hechos que hasta ahora sabemos, pero mañana podría matar a un hombre y todo lo dicho ya no valdría para nada.

—Bueno, no nos podemos preocupar de lo que va a pasar mañana —apuntó Javier.

—En eso te doy toda la razón —sonrió la doctora—. ¿Qué más?

—Los lugares donde las encuentran están limpios porque no es el lugar donde las mata. Los cadáveres no presentan restos de ADN, ni huellas, ni absolutamente nada con lo que podamos trabajar.

—Eso indica que es organizado. Frío y metódico. Que se sabe controlar, que es cuidadoso y limpio. El hecho de que las traslade a otro lugar para cometer el crimen indicaría que quiere pasar tiempo con ellas, que tiene algún otro objetivo además del asesinato y el ritual en sí. ¿Las agrede?

—No, a ninguna de las dos.

—Sí… Recuerdo que hablamos sobre que a lo mejor estaba empezando con su delirio y aún no se había atrevido a franquear según qué puentes. Sin embargo, no sé, quizá lo que quiere es mostrarlas así… Sería posible que estuviera reproduciendo un hecho de su infancia. Tal vez vio morir a una niña de un disparo cuando era pequeño, una hermana, un primer amor… Y eso le traumatizó. Quizá algo haya desencadenado el recuerdo… Podría ser un nacimiento familiar…, no sé. Así, a bote pronto, es lo que se me ocurre.

—Las mata de un disparo, podría ser…

—El disparo me parece significativo. Usa una pistola. Eso es raro porque en España no están al alcance de la gente corriente. Por eso me inclino a pensar que esté reproduciendo un crimen anterior que vio cometer. Quiero decir, que

hay otros métodos que podrían resultar más fáciles para matar, más caseros, por decirlo de algún modo, pero usa un arma de fuego.

—Se sorprendería, doctora —dijo Blanca.

—Bueno, en cualquier caso, no es muy común entre la gente normal, digamos. Así que quizás estemos ante una persona que, por su profesión, disponga de armas.

—¿Un policía?

—Un policía, un militar, guardaespaldas, seguridad privada… Ese tipo de cosas.

—Es una posibilidad.

—Poco más que añadir con lo que sabemos. El vestido me sorprende un poco más, ¿podría ser que el hecho traumático se hubiera dado en una fiesta tipo boda o algo así? Es una de las pocas ocasiones en la que la mayoría de la gente se arregla.

—Nos ha dado una nueva vía de investigación que no habíamos previsto. Gracias, doctora.

—¿Es un psicópata? —preguntó Fran.

—¿Y quién no lo es hoy en día? —la doctora rio, haciendo que todos la imitaran por contagio—. Se habla con mucha ligereza de los psicópatas, parece que si alguien hace algo malo tiene que ser un psicópata. Nadie sabe lo que son exactamente, pero quien más, quien menos, ha leído u oído a algún tertuliano de un programa de televisión decir que son tipos carentes de emoción. Nadie quiere pensar que una persona con sentimientos sea capaz de asesinar, pero lo somos. Todos lo seríamos en un momento dado, con las circunstancias oportunas. ¿Puede ser un psicópata? Sí. Pero también podría no serlo. Hay muchos trastornos que pueden desencadenar una pulsión homicida. Al igual que un psicópata podría no tenerla y no matar en toda su vida. También podría ser alguien que no encaje en estas denominaciones que están tan de moda: psicópata, sociópata, narcisista… Quizá sea una persona que, simplemente, ha querido matar. Sé que suena poco profesional, pero el perfil psicológico no está para diagnosticar sino para aproximarse a la mente de las personas. Buscáis a un asesino muy inteligente y frío. Metódico, pulcro, sistemático, con una plan previo y bien organizado. Alguien que antes de actuar estudia bien los accesos y las zonas por las que pasará para hacerse invisible. Que sabe que las víctimas estarán tan a su merced que no le es necesario drogarlas. E igualmente un tipo

que no busca una relación sexual… Lo cual no quiere decir que el asesinato no tenga un componente de estas características.

—¿Qué quiere decir?

—Puede que lo que le excite sea la muerte en sí. Puede que sí tenga un orgasmo, aunque no sienta la necesidad de tocarlas. Puede que le resulte repulsivo tocarlas porque esté reprimido sexualmente fruto de su educación, por ejemplo, y que únicamente sea capaz de excitarse así.

Javier suspiró, todo lo que estaba diciendo aquella mujer era más que interesante y les estaba dando unas líneas de investigación y haciendo unas conexiones o interpretaciones a las que seguramente ellos no habrían llegado por sí mismos.

—También habíamos pensado que podría estar recreando prostitución infantil.

—Sí, puede ser. De nuevo parece que un hecho, el que sea de los dos que hemos barajado hoy, le causó un trauma y lo está reproduciendo. En cualquier caso, tengo claro que el primer perfil que trazasteis, una persona infantil, no encaja para nada con lo que está pasando. Es una persona muy racional y cuidadosa, no sucumbe a sus instintos, es capaz de contenerse. Eso es importante. Hay, en toda la acción, más frialdad que pasión.

—Muchas gracias, doctora Vargas, nos has dado muchas ideas que desarrollar. Tenemos por delante una ardua labor de investigación de hechos pasados, esperemos dar con algo que nos llame la atención.

—Como te he dicho, para mí es un placer ayudaros, no dudéis en llamarme si volvéis a necesitarme o si queréis que comentemos cualquier otra cosa que suceda. Muchísima suerte a todos. Espero que lo atrapéis pronto.

La doctora Vargas se fue de la sala dejando un rastro de perfume y muchas preguntas en el aire.

—Parece que tenemos trabajo. Hay que meter la nariz en los archivos. Bajar al barro, pringarse… A ver qué encontramos. Espero un reporte diario de lo que os encaje. Dividiros por años… Y seguid con las entrevistas que os falten —ordenó Javier, y dio la reunión por concluida—. Yo voy a hablar con Piedrahita porque necesito a más gente para investigar antecedentes de hombres con permiso de armas. También que averigüen, entre ellos, si alguno pudo conocer a las dos víctimas. Va a ser difícil, pero hay que intentarlo.



Los días siguientes pasaron rápido, aunque el trabajo que hacían era tedioso. Volaban las horas mientras estaban enfrascados en la lectura de antiguos casos, intentando encontrar alguna muerte violenta de una niña de edad indeterminada que tuviera características similares. Los días pasaban y nada les convencía.

Tampoco dieron fruto los nuevos interrogatorios de los amigos, compañeros y testigos de la muerte de Fátima. El viernes después de los primeros días festivos de diciembre, se volvieron a reunir. Ya no hacían reuniones diarias, pero aquel día, Javier los había convocado de forma extraordinaria.

—He pensado que podríamos ampliar el espectro de búsqueda —dijo—. Tener también en cuenta las muertes accidentales. Nunca se sabe, una mente perturbada puede atribuir culpabilidad a un simple accidente.

—Lo había pensado, Javier. No he desechado los casos que me he ido encontrando, sin embargo… No acabo de verlo… Es complicado, no sabemos bien qué buscar.

—Lo sé, hay que confiar en nuestra intuición. Sigamos adelante con lo que estamos haciendo. Una primera lectura de aquellos que más nos llaman la atención. Si creemos que es digno de investigar, ahondamos. Parece que lo único que nos sobra ahora, es tiempo.

La conversación languideció tras reportar todos los casos que cada uno de ellos había destacado y porqué motivos habían descartado que tuviera relación con los asesinatos actuales. En algunos de ellos, todas las personas relacionadas con el hecho luctuoso habían muerto; en otros, se habían mudado. En casi ninguno pudieron dar con un hermano o familiar cuya edad coincidiera con la que creían que debía tener el asesino. Les obstaculizaba el hecho de que la edad real de éste era algo que se les escapaba, aunque habían determinado que estaría entre los veinticinco y los cuarenta años.

Ante tanta falta de información e inconcreción, era muy complicado llegar a conclusiones definitivas. Decidieron seguir aferrándose a una posibilidad remota, que un caso antiguo los llevara a un rastro de guijarros ocultados por el tiempo. No tenían, en realidad, ninguna otra pista que seguir.

16

HELENA

La había seguido durante algún tiempo. Era complicado encontrarla a solas por la calle, mucho más por la noche, momento en que la oscuridad se alía con las personas que quieren hacer daño. Helena tenía solo doce años y sus padres extremaban las precauciones. Durante días había sido imposible encontrarla a solas y era una condición necesaria para su plan. Sin embargo, dentro de sus rutinas pronto encontró un agujero, un momento en el que secuestrarla sin testigos.

Esperó un par de semanas para hacerlo, asegurando el perímetro, asimilando todo lo que la rodeaba, elucubrando un plan sin puntos débiles.

La niña, porque reconocía que, a pesar de que su cuerpo ya había madurado, su edad todavía era muy temprana, solía salir los viernes por la tarde con las amigas del instituto. Pronto vio un patrón en la conducta, un resquicio que, sin duda, debían desconocer sus padres, y es que, aunque iban a recogerla cuando el cine acababa, o cuando el encuentro, donde quiera que este fuera, terminase, al inicio de la cita la chica solía caminar tres calles sola, siempre las mismas. Andaba desde donde la dejaba el autobús hasta la casa de una de sus amigas, allí la recogía y juntas, recorrían el trecho que las distanciaba del lugar en el que hubieran quedado con las demás.

Lo bueno que tiene diciembre es que a las seis de la tarde ya está oscuro. Es cierto que hay gente por la calle, pero tenía que ser en ese momento, no habría otra oportunidad.

Estaba intranquilo porque era la vez que más iba a arriesgarse, pero también notaba la adrenalina que le producía aquel nuevo reto.

Condujo hacia la parada de autobús y se quedó esperando unos diez minutos hasta que el transporte urbano en el que viajaba Helena llegó al lugar. La vio bajarse, risueña, con su melena castaña suelta, vestida con una falda corta y un jersey que apenas le tapaba la cintura. Era nueve de diciembre y llovía. La tarde era perfecta ya que las personas que se encontrara paseando estarían amparados

en sus paraguas. Con la escasa luz de las farolas nadie se fijaría en una chica que, en brazos de un hombre, sube a un coche.

Se acercó a ella por la espalda y la agarró desde atrás, clavándole, sin llegar a pincharla, una navaja en el costado y le susurró al oído:

—No grites. No grites o te mato. Sigue andando y dirígete a esa furgoneta negra.

Una vez a la altura de la furgoneta le pidió a Helena que abriera la puerta trasera. La chica, llorando sin hacer ruido, obedeció y ambos entraron. Una vez dentro, ya a salvo de miradas indiscretas, le tapó los ojos con un pañuelo, la boca con cinta americana y le ató los pies y las manos. Sorprendentemente fue sencillo, Helena no opuso resistencia. El miedo la había paralizado, la había dejado sin capacidad de reacción. Solo era una niña. Mientras abandonaba, desde dentro del habitáculo, la parte trasera para ocupar el asiento del conductor, sonrió. No daba crédito. El asalto que más quebraderos de cabeza le había dado, había resultado el más sencillo.

Llegó al campo y paró la furgoneta de cara al árbol. Dejó las potentes luces encendidas para poder preparar la escena. Completó el ritual más o menos en el mismo tiempo de siempre, no temía que nadie le interrumpiera. Una vez colocados todos los plásticos ató a la chica al árbol y, como las otras veces, la mató por la espalda de un disparo en la nuca. Esperó lo necesario hasta que se desangró y con cuidado la depositó encima de otro plástico. Sacó del coche un vestido de color azul y se lo puso. Le iba algo grande, pero eso no era importante. La maquilló con cuidado, le hizo las trenzas y la llevó de nuevo a la parte trasera de la furgoneta. Recogió todo en grandes bolsas negras satisfecho de que, de nuevo, el ritual hubiera transcurrido sin sobresaltos.

Eran más o menos las once de la noche cuando la dejó en una calle solitaria cualquiera seguro de que, tarde o temprano, la encontrarían.



A las once y media de la noche el teléfono del inspector Martín sonó. Estaba en casa y, a decir verdad, a punto de irse a dormir. Quizá en otra ocasión habría ignorado el móvil, que era el personal y no el de trabajo, sin embargo, enfrascado en un caso como aquel, no pudo dejar que sonara sin mirar de donde

provenía la llamada. Le sorprendió que fuera Valeria, también desde su teléfono particular, la que llamara.

Las cosas se habían enfriado mucho entre ellos. Ella le evitaba en la medida de lo posible, él procuraba mostrarse contenido cada vez que tenían que interactuar. Lo había pensado bien y era mejor así, a fuerza de ignorar sus sentimientos estos acabarían por desaparecer. También desaparecerían los de ella. Podrían volver a trabajar en paz, como meros compañeros. Si lo pensaba bien, tenía poco que ofrecerle excepto problemas y Valeria se merecía mucho más. Alguien mejor que él. En ocasiones uno se empeña en arreglarle la vida a los demás sin tener en cuenta que ellos no están buscando otra cosa sino que se la compliquen.

—Javier, hay otro cadáver.

Javier recordó entonces que ella estaba de guardia ese fin de semana.

—Has hecho bien en llamarme. ¿Dónde? Voy para allá.

Tardó aproximadamente una hora en vestirse y llegar al lugar donde habían encontrado a la chica. El forense y Valeria le esperaban. El juez y el letrado de la administración de justicia de guardia no habían llegado aún.

El médico forense le puso en antecedentes.

—Es una chica significativamente más joven que las anteriores. De hecho, es una niña. Respecto a lo demás, es todo igual, sin perjuicio de un examen más exhaustivo posterior. La muerte se ha producido por un disparo desde atrás, en la nuca. Hay orificio de entrada y de salida. El cuerpo no presenta otras marcas que la de pegamento en la boca y cuerdas en manos y pies. Las uñas están limpias. Vuestros compañeros de criminalística están peinando huellas; el cadáver parece que está limpio. Por mi parte poco más puedo hacer ya, salvo esperar que venga el juez. Mañana por la mañana, a primera hora, realizaré la autopsia.

—¿Sabemos quién es?

—No tiene nada que la identifique. De hecho, no lleva ni un solo objeto personal.

—También como las anteriores. ¿Quién la ha encontrado?

—Una mujer que volvía del trabajo. Es dependienta en una tienda de ropa —contestó Valeria—. Ya la he entrevistado. No puede decirnos mucho, iba hacia su casa y prácticamente se tropezó con el cadáver. Como ya es un suceso mediático no tuvo dudas de con qué se había topado. Cogió su teléfono móvil y llamó en seguida a la policía. La patrulla que se acercó en primer lugar me

llamó enseguida. Yo te he llamado justo después, antes de salir de comisaría. No podías no estar presente.

—Ya van tres —se lamentó Martín—. No sé qué vamos a hacer con esto, Val.

Valeria dejó pasar el apelativo. Vio que los ojos de Javier acusaban el cansancio y la impotencia.

—Pues por lo pronto identificar a la chica. Luego, lo de siempre, atrapar al malo —le replicó arrugando la nariz en aquel gesto tan suyo cuando quería quitar hierro a un asunto.

Javier sonrió ante la forma coloquial y burlona en la que Valeria se había referido a su profesión. De alguna manera esa mujer lograba sacarle siempre una sonrisa. Le agradeció, en silencio, su proximidad y su ánimo. En seguida olvidó ese momento de flaqueza para ponerse manos a la obra, especialmente por las mujeres asesinadas, pero también por Valeria, para ser el hombre que ella querría que fuera.

Reconocieron las proximidades del lugar del hallazgo del cadáver sin dar con nada relevante. Llamaron desde los telefonillos a todos los vecinos de los edificios aledaños sin que ninguno dijera haber visto nada. Javier y Valeria, cada uno en su coche, se dirigieron a comisaría un par de horas después, cuando ya habían levantado el cadáver, dejando a sus compañeros terminar el trabajo en la escena del crimen. Antes de partir, Valeria había tratado de disuadirle argumentando que ella era válida para redactar el atestado y que él únicamente tendría que supervisarlo. Le parecía bien que fuera a trabajar a la mañana siguiente, aunque tuviera fiesta, pero era innecesario que pasara la noche en vela. Por supuesto el inspector hizo oídos sordos a aquella sugerencia y se encaminó hacia las dependencias policiales.

Una vez allí empezó a redactar el atestado mientras la subinspectora Jara buscaba denuncias de desaparición efectuadas en aquella u otra comisaría, encontró una que le llamó poderosamente la atención.

Se levantó del asiento y se dirigió al despacho de Javier. Tocó dos veces la puerta con los nudillos y se adentró en la habitación. Él levantó la vista y al ver su gesto alargó la mano para coger el folio impreso que ella le ofrecía.

—Mira esto.

Javier lo leyó en menos de un minuto y la volvió a mirar con una mueca de asombro en los labios.

Levantó el teléfono y llamó a la comisaría en la que se había producido la denuncia, preguntando si los padres denunciantes aún se encontraban en las dependencias. Siendo la respuesta negativa, Javier colgó el teléfono y llamó a uno de los números ofrecidos por los mismos y recogidos por la policía. Tras una breve conversación, quedó con el matrimonio en que se acercarían a su domicilio de inmediato.

—Sé que no es lo usual —le dijo a su compañera—, pero dadas las circunstancias me ha parecido lo más razonable. ¿Has avisado al comisario?

—No, lo primero que he hecho es venir a verte.

—Pues le llamo yo, dame cinco minutos y nos vamos.



Tardaron unos cuarenta minutos en llegar al hogar de los nerviosos padres que les esperaban en la puerta sin saber a lo que atenerse. Javier les pidió que entraran y que se sentaran en el sofá. Allí les explicó la situación y el hallazgo de un cadáver. Les advirtió de que había llevado unas fotografías y les preguntó quién de ellos estaba dispuesto a verlas para intentar reconocer a su hija. Las quisieron ver ambos. Ninguno de los dos dijo nada durante los primeros minutos, el llanto común no les dejaba hablar. Asintieron.

Poco después llegó la hermana mayor de la chica que, por iniciativa propia y ante el desasosiego de sus padres, estaba en la calle buscando a su hermana en cualquier lugar que se le ocurriera. Al llegar a su domicilio entendió que no era necesario seguir buscándola.

A continuación, siguieron el protocolo de reconocimiento *in situ*. Se trataba de una formalidad, los inspectores tenían claro que tenían una tercera víctima del mismo asesino y que, en un tiempo muy breve, habían logrado identificarla.

17

TRES VÍCTIMAS

El sábado Javier había convocado a todo el equipo. Le era indiferente si estaban o no de permiso o si tenían planes, era imprescindible que se reunieran y que, a la luz de los nuevos acontecimientos, lo volvieran a analizar todo otra vez.

Tres es el número preciso para considerar un asesino serial y acababan de llegar a ese número. El inspector Martín temía que un equipo especializado en ese tipo de crímenes les quitara el caso, tenían que actuar rápido e intentar dar con algo que les condujera a la resolución. Si lo apartaban de la investigación lo vería como un fracaso. Y no quería más fracasos en su vida, con los personales ya había tenido bastantes.

Fueron entrando en la sala uno por uno. Blanca, Adrián, Fran y Valeria, la única que estaba al corriente de lo sucedido.

—Buenos días, chicos.

Le contestaron lánguidamente, en algunos se veía a la legua el cabreo por haberlos hecho ir a trabajar un día festivo. Una vez todos se hubieron acomodado en sus asientos Javier empezó su exposición.

—Ayer por la noche, sobre las once encontraron un cadáver en una calle fuera de nuestro distrito. Como todas las comisarías están alertadas del caso, se pusieron en contacto con Valeria primero, que estaba de guardia y conmigo después. La chica fue encontrada en la acera, boca arriba. Vestía un vestido azul con pedrería mala e iba pintada, demasiado para su edad, si no puedo decir que para cualquier edad. Le habían hecho dos trenzas y se las colocaron alrededor de la cara. La muerte se produjo de un disparo, por la espalda y a bocajarro, a la altura de la nuca. El forense no pudo decirnos demasiado, únicamente que el deceso se había producido a lo largo de la tarde y que la etiología de la muerte estaba clara: el disparo. Le volvió a sorprender la pulcritud que presentaba el cadáver, de nuevo ni una sola mota de piel bajo las uñas, ni un pelo ajeno… Nada. Es evidente que queda aún por realizar la autopsia, pero tengo poca fe en que nos revele algo que no sepamos. La ropa y algunas muestras tomadas en los alrededores están siendo analizados también por nuestros compañeros de la

científica. Sigo sin tener muchas esperanzas en los resultados de su trabajo, aunque lo den todo. El cabrón es sorprendentemente listo y cuidadoso…

—¿Otra víctima? Madre mía, la tercera —el rostro de Fran reflejaba la sorpresa y el desasosiego—. No te tortures, Javier, quizá este sea su primer descuido.

—Lo veremos. Estaremos muy pendientes de todo lo que nos puedan decir.

—Es increíble… Ha sido ese cabrón, el mismo que se ha cargado a las otras dos chicas… Tenemos que cogerlo antes de que siga, estamos ante algo muy gordo —repuso Adrián.

—Es terrible… Terrible para la víctima, para sus familiares… Y también para nosotros. Nunca creí que me vería envuelta en un caso con tantos cadáveres, me pesan en la espalda, me siento mal, impotente—dijo Blanca con pesadumbre, todos asintieron, la entendían bien—. Jefe… Has dicho que iba demasiado pintada para su edad, ¿qué edad tenía?

—Doce años.

Todos los presentes, excepto Valeria, se sorprendieron por el dato.

—¡Pero esto baja muchísimo el rango de edad! ¿Volvemos a pensar en un asesino que busca a niñas? Parece que cada vez se acerca más a su objetivo…

—Podríamos volver a hablar con la doctora Vargas—contestó Javier—, sin embargo, de sus palabras extraigo que esa teoría tiene demasiadas lagunas… De todos modos, no quiero cerrarme a nada en banda, tenemos que recorrer todos los caminos que se nos ocurran porque esto no puede quedar impune, hay que atraparlo. Quizá en su momento me cegué con Gerardo, creí tener a un culpable… Y trabajé sin descanso para encontrar las pruebas que le incriminaran, pero no solo no las hallé, sino que he dejado que se acumule un tercer cadáver por el camino.

—Javier, no te eches la culpa. No es tu responsabilidad, lo hiciste lo mejor que pudiste con los datos que tenías.

—Gracias, pero hoy sabemos que Gerardo nunca estuvo detrás de nada, porque ahora mismo está en prisión y han matado a esa pobre niña.

—Bueno, como acabas de decir, había que agotar todas las vías y eso fue lo que hicimos. Creo que hemos trabajado mucho y bien. A veces, no tener resultados no es fruto de un mal trabajo, sino de las circunstancias, la suerte del asesino…

—Su astucia e inteligencia. Más que la nuestra. Somos cinco mentes contra una, ¡me cago en todo! ¡No nos puede ganar siempre!

Se quedaron callados unos segundos, largos e hirientes, hasta que Fran se atrevió a preguntar quién era la víctima.

—Pues la víctima es Helena. Helena Moreno Álvarez. La prima de Patricia.

Un grito generalizado asoló la habitación, sin embargo, no lo secundaron ni Valeria, que ya conocía el dato, ni Adrián y a Javier no le pasó desapercibido.

—¡Madre mía! Pobre familia… No puedo ni imaginar por lo que estarán pasando.

—Además son una piña, una familia muy unida.

—Los padres están desolados —aseguró el inspector Martín. En aquel momento el comisario abrió la puerta y, saludando únicamente con un movimiento de cabeza, se sentó en un asiento vacío al lado de Valeria. Una vez acomodado, invitó al inspector a seguir con un gesto.

—Han sido dos golpes durísimos y muy seguidos. Julia, la madre de Helena se culpabiliza, asegura que nunca iba sola por la calle, no entiende cómo ha podido suceder algo así y, sin embargo, ha ocurrido. No pueden creerlo. Están destrozados. Es cierto que tienen otra hija, Ana, pero eso nunca es un consuelo, no podría serlo. Los hijos son únicos e irremplazables.

Javier esbozó una sonrisa triste. De allí el único que tenía hijos, además de él, era el comisario. Los otros eran quizá demasiado jóvenes aún, o demasiado intermitentes en sus relaciones personales o, simplemente, quizá la vida había decidido por ellos esa cuestión.

—¿Os habéis entrevistado con los padres?

—No. Era muy tarde ya cuando fuimos a verlos. Además, al poco rato llegaron el hermano de Julia, José, y su mujer. Supongo que nadie mejor que ellos, que han sido asolados por la misma tragedia hace tan poco, para consolarlos. Después los llevamos a reconocer el cadáver de su hija menor, así que les citamos para hoy a las doce. La hermana vendrá con ellos. La niña tenía un teléfono móvil, pero también ha desaparecido y no se encuentra operativo. Tenía iPad aunque, sorprendentemente, no tenía redes sociales, salvo WhatsApp en el teléfono.

—Bueno, era pequeña…

—Y rica, no nos olvidemos. Los niños con dinero lo tienen todo a su alcance. Quizá no maduren antes que los pobres, pero disponen de todo lo que nos ofrece la vida desde su más tierna infancia.

—¿Qué hacemos, jefe?

—Repasar los tres casos. Hasta la última hoja escrita, hasta la última fotografía. No quiero que nada nos pase desapercibido, quiero que lo memoricéis todo, que os lo grabéis a fuego. Que os mimeticéis con el caso. Sois el caso. Poneros en la piel del asesino, en la piel de las víctimas, en el plano que os de la gana, pero ¡por Dios! ved algo. Necesitamos que algo nos abra los ojos.

—Un golpe de suerte.

—No, una recompensa al esfuerzo —sentenció Javier y con eso dio por concluida la reunión para enfrascarse en sus respectivas tareas. Antes de salir de la habitación, el comisario les volvió a interpelar.

—Equipo, estoy aquí una vez más con vosotros, para prestaros mi apoyo, para que sepáis que todo lo que necesitéis lo tendréis. Todos los efectivos están a vuestra disposición, todos los recursos de los que disponemos. Este caso es nuestra prioridad absoluta —les aseguró, tuteándolos—. ¡Ánimo! confío en vosotros. Pongo el descanso de mi amigo por saber qué les ha pasado a dos de sus nietas, en vuestras manos. No me falléis, ni que decir tiene.

A las doce, Javier Martín y Valeria Jara se entrevistaron con los padres de Helena, Julia y Carlos. Habían interactuado bastante con ellos cuando mataron a su sobrina. Julia se había erigido la portavoz de la familia y Carlos les había ayudado en el entierro de Patricia. Ahora se mostraban ante ellos con ojeras moradas y rostros circunspectos. Julia no podía contener las lágrimas y lloraba todo el tiempo, taciturna, silenciosa, medio ida, sedada.

—Nuestra hija había quedado con unas amigas. Nunca salía sola de casa. No iba a ningún sitio sin vigilancia, sin embargo, solía salir los viernes por la tarde con sus amigas. Cuando Patricia murió estuvo un tiempo sin salir, pero hacía poco había vuelto a reanudarlo, le hacía bien. El viernes no es el mejor día de la semana para nosotros, no solemos estar en casa a la hora que ella quiere irse, pero, no vimos nunca ningún peligro en que cogiera el autobús, siempre está lleno de gente. A esa hora las calles están llenas. Muy cerca de la parada, cuando llega al centro, vive una amiga suya. La recoge y van juntas a buscar a las demás. Cuando terminan, nos llama por teléfono y vamos a buscarla. Suelen ser las ocho y media de la tarde, como mucho, si se entretienen, las nueve. A veces vamos los dos y cenamos algo por ahí, con ella. Ana no suele estar en casa los viernes, tiene veintidós años, es normal. Pero Helena era nuestra niña… La niña de todos, de los tres…

Julia se echó a llorar con más fuerza. Javier cambió de tercio y le preguntó a Carlos por Fátima.

—Qué va, no la conocemos. Helena tampoco, estoy seguro. ¿En qué peluquería dice que trabajaba? No, Helena no había ido nunca…

Julia negó con la cabeza. Luego afirmó que ella sí había ido alguna vez, pero ya hacía mucho tiempo. Los inspectores ya conocían el dato.

—La vida de mi hija era una vida normal. Se llevaba bien con su hermana y con sus primas a pesar de ser la benjamina de todas las niñas. Era lista y cariñosa… Reconozco que estaba un poco mimada, pero tenía muy buen fondo y un gran corazón. No soportaba que la gente estuviera triste. Era muy risueña y contagiaba su buen humor. Iba al instituto y nunca tuvo ningún problema con ningún compañero ni profesor. En el colegio tampoco lo había tenido nunca. Iba al conservatorio, igual que Patricia. Tocaba el violín. Lo hacía muy bien. Y jugaba a tenis en el club, como toda la familia. El deporte no era algo que la entusiasmara, tengo que reconocerlo, pero aquello es, además de un club de deporte, un club social y esa parte sí la disfrutaba mucho.

—¿Quién era su profesor?

—Humm —pensó el padre—. Ha tenido varios. Creo que ahora estaba con Alberto.

Los policías se miraron.

—¿Se les ocurre algo más?

—Ahora mismo no, inspector. Estamos muy conmocionados todavía.

—Lo entiendo. Sentimos mucho su pérdida. De verdad que haremos todo lo que esté en nuestra mano para encontrar al que ha hecho esto…

—Eso espero, inspector Martín —dijo Carlos que, tomando a su mujer por la cintura, salió de la sala de interrogatorios.

Valeria y Javier se quedaron a solas.

—Las víctimas tienen dos puntos en común: el conservatorio y el dichoso club de tenis para pijos.

Javier sonrió.

—Te veo con ganas de apuntarte, Val.

Valeria se rio.

—Sí, lo estuve considerando hasta que me di cuenta de que no podía pagar la matrícula —ambos rieron por la exageración de la subinspectora.

—Ahora en serio, me parece un buen plan, tiraremos por ahí de nuevo. Lo que ocurre es que nos falta por encajar a Fátima. Ni asistía al conservatorio, ni jugaba al tenis, ni tenía, que sepamos, vinculación con ninguna de las dos

instituciones. Creo que nos falta esa pieza y entonces veremos el dibujo del puzle.

—Hay que pensar, Javier.

—No hay nada que se te de mejor, compañera.

—Ni a ti, jefe.

Pasaron el resto del sábado y el domingo hablando con la gente que rodeaba a Helena. La amiga con la que había quedado en primer lugar confirmó que no había llegado a ir a su casa. Intentó llamarla, pero no le cogió el teléfono ni le respondió a ningún mensaje. Al final, fue sola al encuentro del resto de las chicas con las que habían quedado pensando que algún inconveniente de última hora le había impedido acudir esa tarde. No sabía hasta qué punto estaba en lo cierto.

En la entrevista al conductor de autobuses urbanos hubo más suerte, pues recordaba perfectamente que Helena había subido a eso de las cinco. El equipo se felicitó por haber circunscrito con tanta exactitud la hora del secuestro, pues, por primera vez el lugar estaba en una calle céntrica, concurrida, llena de comercios y, con seguridad, de cámaras que grabaran el momento.

Concluyeron que era muy probable que alguien lo hubiera visto, así que urdieron un plan: harían un comunicado público para que cualquier posible testigo acudiera a ellos. De su redacción y difusión se encargó Blanca Cabrera.

En cuanto a las cámaras de seguridad tendrían que esperar al lunes para recopilar las imágenes. Sobre las ocho de la tarde el equipo se despidió y se citaron para el día siguiente. Empezaba una contrarreloj en la que no habrían días de descanso. Si era posible, y tenía que serlo, debían evitar una cuarta muerte.



Ya en su casa, en la comodidad de su sofá, Valeria pensaba en que, por primera vez desde aquel beso, había mantenido una conversación con su jefe sin tensiones, con risas y agradable. Echaba de menos aquellos momentos con su compañero, con la persona que, aunque no quisiera reconocérselo a sí misma, más le importaba en la vida, exceptuando a su familia. Había hecho bien en dejar pasar su enfado y en aproximarse de nuevo a Martín, con la tranquilidad que da saber que está todo decidido. Sin embargo, ese caso lo iban a resolver juntos, cómplices, siendo uno.



Javier recordaba las palabras de Valeria, sus halagos y sus sonrisas. Le había dado la impresión de que el muro que se había construido entre ambos había sido derribado, quizá solo por unos instantes. No quiso confiarse, quién sabe qué ocurriría mañana. En cualquier caso, se alegraba de contarla en sus filas, era una gran policía, con un gran olfato y un instinto a tener en cuenta. Tenía suerte con su equipo, suerte de que el comisario le hubiera dado carta blanca para componerlo.



El hombre se acercó por la espalda, sigilosamente, y la cogió por la cintura, la chica se resistió con fuerza, girándose hacia él, muy asustada. Sin embargo, cuando le vio la cara, sonrió y le dio un beso en los labios, pinchándose levemente con esa barba de varios días que el chico lucía.

—¿Cómo se te ocurre darme este susto con lo que ha pasado? —preguntó con voz triste.

—Perdona, cariño… —dijo abrazándola y volviendo a besarla suavemente —, te he visto en dirección a mi casa y no me he podido resistir, he bajado un momento a por tabaco. Subamos.

Agarrándola de la cintura, Adrián condujo a Ana a su casa.

Se habían conocido un mes antes, con ocasión del asesinato de su prima Patricia. Seguramente no era la mejor forma de iniciar una relación, pero se habían gustado a primera vista, había sido magnético. Adrián le dio su teléfono con la excusa de la investigación y, para su sorpresa, la chica le había mandado algunos mensajes por WhatsApp. Al principio las conversaciones habían versado únicamente sobre el caso, Ana le estaba muy agradecida por las atenciones para con ella.

Un día él le había sugerido quedar para tomar un café, pensando que la chica lo rechazaría, pero no había sido así. Poco a poco habían empezado una relación que se iba consolidando día a día. Ahora la hermana de Ana había muerto y Adrián no sabía cómo ayudarla. Conocía los entresijos de la

investigación y sabía que, a pesar de todos los esfuerzos que estaba realizando el equipo de Javier, en el que él se había colado disimuladamente, las pesquisas no estaban dando demasiados frutos.

Se sentaron en el sofá y la abrazó. Ella se sentía reconfortada por él y, sin que se lo pidiera, empezó a contarle cosas de su hermana. Cómo era, cómo se querían, cuánto la echaba de menos. Adrián asentía, sintiéndose culpable y un poco decepcionado. Culpable porque cuando ella le miraba, con sus grandes ojos azules, él lo único que pensaba era en hacer el amor, aún en esas circunstancias. Decepcionado porque aquel revés sufrido por la chica iba a suponer un estancamiento de la relación y Adrián no solía tener, con las mujeres, mucha paciencia.

Se recriminó aquellos pensamientos y se dispuso a escucharla con la mejor de las intenciones mientras ella le contaba lo mucho que estaban sufriendo y que padecía por su abuela, a la que veía realmente mal. Le gustaba mucho Ana y deseaba hallar a alguien a quien imputarle haber acabado con la vida de dos de sus familiares a tan temprana edad. Intentó no escuchar la voz en su fuero interno que le decía que aquella no era forma de empezar y que, cuando debía haber solo risas y sexo, lo único que estaba habiendo eran lágrimas. No era un desalmado, se dijo, intentaría tener paciencia, seguramente la chica mereciera la pena. O quizá no, el tiempo lo diría.



En cuanto salió el comunicado, tanto en prensa como en la televisión, las centralitas de la comisaría se colapsaron. Llamaba mucha gente, algunos con mucha imaginación, otros con buenas intenciones y los menos, por mera curiosidad. Estaba siendo difícil cribar toda aquella paja para extraer el grano, hasta que, por pura casualidad, Fran cogió una llamada de un tipo que le pareció creíble.

—Soy Eduardo, Eduardo Alcántara. Verá, vivo en la calle donde secuestraron a esa chiquilla que sale por la televisión… Hay que ver qué mala suerte, pobre familia, dos muertes tan cercanas… Parece cosa del diablo. La cuestión es, señor, que yo fumo, pero mi mujer no me deja fumar en casa. Se le ha metido en la cabeza que huele mal el piso y esas historias, así que me hace salir a la terraza a fumar. Tampoco está mal, porque uno ve pasar a la gente y se distrae. En fin, en invierno hace frío y como que no apetece, pero… Bueno, ese

día, el viernes, salí a la terraza a fumar a eso de las cinco y media… Y creo… Casi estoy seguro de que vi el secuestro. En su momento no le di importancia, porque andaban los dos juntitos hacia la furgoneta, que estaba aparcada en el otro lado de la calle, lo que sí me extrañó es que entraran por la puerta trasera, pero bueno, ¿quién soy yo para meterme en lo que hace la gente? Cada uno tiene sus manías. Yo me acabé el cigarro, me metí en casa y ya no vi nada más. No sé si lo que he dicho servirá de algo, pero, desde que se lo dije a mi mujer está pesada, todo el día: llama, llama, llama. ¡Joder! Pues ya he llamado, ¡ea!

—¿Vio usted al hombre?

—Pues verá, muy bien no lo vi, porque mi vista ya no es lo que era y me había dejado las gafas dentro. Pensé en ir a buscarlas pero luego me dije que, total, para fumar no necesito ver.

—¿Cómo era?

—Pues… Normal, de altura normal, de cuerpo normal… Llevaba una gorra que le tapaba bastante la cara y llovía, ¿sabe?... ¡Ah, sí! Tenía como barba. Más no pude ver.

—¿Y la furgoneta?

—Pues era cuadrada, de esas grandes y negra. La parte trasera no tenía ventanas, o si las tenía, los cristales estaban tintados, no puedo acordarme mucho, ¿entiende?

—Señor Alcántara, tengo que pedirle, si es usted tan amable, que se acerque a la comisaría a hacer una declaración. Nos sería de una gran utilidad… Y así también ver algunas fotos de furgonetas, a ver si le parece reconocer el modelo…

—Claro, claro… Pero ya mañana lunes, ¿no? Digo yo…

—Sí, venga usted a primera hora por favor y pregunte por Fran Gómez.

Colgó el auricular y se dirigió al despacho de Javier a contarle la conversación. A su jefe le sorprendió la rapidez con la que había aparecido el testigo, pero quizá, el hecho de ser fin de semana ayudaba, ya que la gente está en casa y ven más televisión. Al día siguiente sería lunes, quizá resultara que una cámara lo había grabado todo y cambiara su suerte.

18

SANGRE

Les pareció que empezaban a tener algo de fortuna cuando el lunes dieron con la cámara de un banco que apuntaba esa altura de la calle. Quizá el asesino se había vuelto más confiado, quizá se creía a salvo después de haber cometido dos crímenes sin que le hubieran cercado. Era posible que ya le hubieran entrevistado, pero sabían bien que no tenían pruebas y de eso se valía. Por fin había cometido el error de secuestrar a su tercera víctima en plena tarde en el centro, a pesar de la concurrencia de gente y de la cantidad de ojos que les observaban. Además, tenían localizado un testigo de los hechos y ahora una cámara.

Se reunieron en la misma sala de siempre y empezaron a visionar el video que les habían mandado desde la empresa de seguridad del banco en cuestión. Una gran decepción les inundó a todos cuando resultó que la furgoneta tapaba toda la acción y que la parte trasera, por la que habían entrado la víctima y el agresor, quedaba fuera de la imagen.

—¡Mierda! —gritó Javier.

Sí se veía la parte trasera cuando, con Helena, el hombre abandonaba el lugar, pero de nuevo la suerte no estuvo de su lado y fue imposible ver con nitidez los números de la matrícula. Se dieron por vencidos. Al menos habían visto la furgoneta y eso ya era un paso importante para la investigación. Javier le ordenó a Fran que se pusiera con ella y remitió el video a los informáticos para ver si, quitándole el ruido, se apreciaba algo mejor.

Así pasaron el lunes, y al día siguiente, desde las nueve de la mañana ya estaban todos volcados en los asesinatos. Seguían con los interrogatorios a los conocidos de la tercera víctima, pero nadie sabía nada. Todos confirmaron que era una niña encantadora y que no tenía enemigos. ¿Qué enemigos va a tener una cría de doce años?

La conversación con Alberto, el profesor de tenis, de nuevo no les reportó nada sustancial. Era su alumna, sí, como tantas otras. No tenía una relación especial con ella salvo el saber que era prima de su novia. Como la relación no

era pública la niña no lo sabía y por lo tanto le trataba como las demás, como a un profesor.

El miércoles los inspectores Martín y Jara se acercaron al conservatorio. Hablaron con todos los empleados, recepcionistas y profesores. Todos conocían a Patricia y a Helena, pero ninguno identificó a Fátima, ni como alumna, ni como empleada. Preguntaron por la empresa de limpieza, pero no era aquella en la que trabajaba la madre de Fátima y en la que ella misma había trabajado también durante un tiempo.

Sobre las nueve de la noche, Javier salió de su despacho dispuesto a irse a su casa dando la jornada por acabada, cuando vio a Valeria. Se acercó a ella.

—¿Todavía aquí?

—Sí.

—Vete a casa Val, necesitamos descansar, no hemos parado en todo el fin de semana.

—Ya lo sé… Estoy cansada pero no puedo dejarlo… Tiene que haber algo que las una, ¿no crees?

—Sí, lo creo. Lo que pasa es que no lo vemos.

—Pues hay que dar con ello, es lo único que nos acercará al culpable.

—También es posible que nos estemos empeñando en encontrar algo que no existe y que haya sido fruto de una terrible casualidad.

—No creo mucho en las casualidades.

—Pero se dan.

—Se dan. Lo que pasa es que no perdemos nada por intentarlo y no tenemos otra cosa que hacer… Quiero decir, no veo por donde tirar.

Javier se sentó a su lado, reflexionando. Valeria tenía razón, estaban en un punto muerto. Una situación complicada ya que acumulaban tres cadáveres a sus espaldas. Se levantó como tirado por un resorte.

—Vamos Val, a cenar. Tenemos que despejarnos.

Valeria se levantó sin decir nada, cogió el abrigo y lo siguió. Se excusó a sí misma diciéndose que tenía hambre. Lo cierto era que no quería desaprovechar la oportunidad de estar con él.

Se acercaron a un bar de tapas a pie, durante el camino no habían hablado nada. Se sentaron en una mesa y el camarero se les aproximó. Se pusieron en seguida de acuerdo con el pedido y esperaron que les sirvieran mientras comentaban cosas intrascendentes, cuchicheos de los compañeros. Después de cenar, con los cafés, abordaron de nuevo el caso. Había sido un momento muy

agradable para ambos, distendido y necesario. Sabían que tenían que dejar atrás las posibles implicaciones emocionales y seguir como un equipo. El caso necesitaba lo mejor de ellos y debían dárselo.

—Javier… —dijo Valeria arrastrando las letras, como cuando se va a hacer una confesión y, hasta el último momento, se duda si hacerlo o no—. Hay una cosa que no hemos valorado, pero que yo pensé ya con la primera víctima. Sí, es verdad que no dije nada entonces y ahora es fácil decir: "*yo lo pensé*", pero creo que hay algo que no hemos apreciado en cuanto al modus operandi. Y ahora, que ya van tres, lo veo más claro que nunca.

Javier se acercó más, tanto con la silla como con el cuerpo. Se inclinó hacia ella y puso el rostro al límite de la zona de confort, solo que, a ellos, nada les habría incomodado. Lo hizo por interés en lo que le contaba su compañera, pero también por preservar una conversación tan comprometida en un sitio público.

—Te refieres a cómo las prepara… Toda esa parafernalia: el vestido, el peinado, el maquillaje… Es siniestro, lo sé. Pero hemos hecho todo lo que se nos ha ocurrido hasta ahora. Hemos seguido los materiales, hemos hablado con una psiquiatra sobre las filias de un posible agresor… Están boca arriba, como queriendo enseñarnos su aspecto, y las deja en sitios públicos, para que las encuentren pronto. No nos tiene miedo, es osado y, además, ese aspecto debe querer decir algo para él. Buscamos crímenes violentos de niñas que se le asemejaran. No encontramos nada, Val… ¿O tú sí?

—No, Javi —Valeria uso ese apelativo más íntimo sin pudor, aunque hacía tiempo que no lo hacía, todos los siglos que habían pasado desde aquel beso; donde ella se había quedado, como en bucle, anclada. Sin embargo, él parecía haber salido de ese instante y por eso ella debía salir también—. No encontré nada tampoco. Hubo dos casos que llamaron algo mi atención, pero pronto deseché ambas opciones porque ninguna de las personas que se investigaron entonces me pareció susceptible de ser nuestro actual asesino. Aquello fue otro callejón sin salida.

—Otro de tantos. Pero no debemos desfallecer, aunque a veces sienta lo contrario. Como sucede con los objetos perdidos, que siempre están en el último lugar en que los buscas, la que te lleva al culpable siempre es la última pista o corazonada.

—Javi, siempre están en el último sitio donde buscaste porque inmediatamente después de encontrarlo, dejas de buscar.

Ambos rieron.

—¿Quieres una copa?

—Sí. Sí, por favor.

—¿Aquí?

—Sí, ¿por qué no?

Martín llamó al camarero y le pidieron las bebidas, esperando que volviera para reanudar la conversación. Cuando depositó los vasos en la mesa, Javier pidió la cuenta acto seguido, para no tener que perder el tiempo después, lo cual demoró algo más lo que Valeria le tenía que decir. Una vez realizada la transacción, se volvió a girar hacia ella, que estaba bebiendo un gran sorbo de su copa.

—Perdona, así ya no nos tenemos que preocupar y nos vamos cuando queramos. Sigue, por favor, me tienes en ascuas.

—No lo parece.

Él rio ante el reproche. Ella lo acompañó con una sonrisa irónica.

—Está bien. No me refiero a eso, Javi, creo que, a lo mejor, incluso hemos estado perdiendo el tiempo… No sé, quizá todo ello haya sido una magnifica jugarreta de despiste.

—De despiste —repitió—. ¿En serio? Le recuerdo, subinspectora Jara que fue usted la primera en percatarse de la escenografía de la primera víctima y que se ha puesto muy pesada con el seguimiento de todo ello, vestidos incluidos —la voz de Javier era de sorna—. Es más, diría que lo que quería usted era aprovechar para hacer unas compras… No en vano se llevó de paseo a la única otra mujer del equipo.

Valeria se rio.

—Anda ya… Verás, no estoy completamente segura de ello. Sigo pensando que también es significativo, pero que quizá sea un árbol que nos impide ver el bosque. El árbol es importante, forma parte del bosque, incluso puede que sea el que tengamos que talar, pero el bosque es fundamental para entender el árbol.

—No me jodas, Val. No te pongas filosófica ahora.

Volvieron a reír.

—Es cierto que cuando vimos a Patricia no me di cuenta de que llevaba un vestido algo grotesco, que no caí en cuenta de que el peinado era infantil, en que la pintura era exagerada… También sé, igual que tú, que al final lo habríamos visto.

—Sí, no me cabe duda de que os habríais fijado, tarde o temprano. Aunque fuera cuando la madre no reconociera la ropa… —de nuevo la sonrisa irónica. Esos eran ellos, sin ambages. Ocultando verdades detrás de la ironía, ironizando cuando sobre un tema costaba demasiado hablar en serio. Valeria no era una mujer directa, daba muchos rodeos a las cosas antes de abordarlas. A Javier aquella característica, que de cualquier otro le habría irritado, le gustaba en Valeria. Se embobaba escuchándola y reconocía que, en ocasiones, por interesante que fuera lo que explicaba, dejaba sin querer de prestarle atención para mirarla.

—Sin embargo, estoy convencido que es un mensaje del asesino. Que es importante la puesta en escena, que cuando entendamos a qué se refiere, qué intenta reproducir, lo tendremos.

—Estoy de acuerdo contigo, jefe, de verdad —y el jefe fue un apelativo cariñoso en sus labios—. Me he expresado mal. El vestido y el peinado son importantes, pero hay algo más, algo que no hemos explorado y que puede ser fundamental.

—¿Y es…? —preguntó él, algo impaciente ya.

—El disparo, Javi.

—El disparo. No hemos encontrado el arma, no podemos rastrear mucho más. No hemos encontrado tampoco ni una sola bala. Todas salieron de los cuerpos y cómo no sabemos dónde las mataba… No tenemos nada que hacer.

—Javier, pero no has pensado que… Un disparo, a bocajarro, por la espalda, en la nuca.

Javier la miró y pensó exactamente lo que ella estaba a punto de decir justo mientras lo decía, acompañándola al unísono.

—Las ejecuta.

Valeria asintió.

—Se trata de una ejecución, Javier, las está ejecutando.

—Lo cual nos lleva a que no es una coincidencia. No son muertes casuales, sino intencionadas.

—Lo que significa que hay algo que las une.

—¡Una ejecución, hostias! ¿Pero cómo no lo hemos visto hasta ahora? —Javier se daba golpes en la cabeza con la mano.

—Eso creo.

—Eso le da al caso un nuevo ángulo… Quizá había que buscar crímenes con ese sello.

—Seguro. Eso creo. Pero ¿por qué a ellas? Creo que la respuesta a esa pregunta es crucial, Javi.

—No lo sé. No es un tipo de crimen muy usual aquí en España. Quizá sea extranjero. Quizá tenga un delirio por el que haya que cargarse a todas las mujeres. Lo que es seguro es que él ve una pauta que nosotros no vemos, no todavía. Pero la veremos, de eso estoy convencido. Una ejecución…

—Solo es una idea.

—Es la mejor que hemos tenido en días…

—Déjame seguir esa línea, Javier, creo que se me ocurrirá alguna cosa.

—¿Cuándo te he negado algo yo?

Ambos rieron. Tras las risas les quedó un rictus amargo en los labios.

—Se te ha ocurrido algo ya, ¿verdad?

A Valeria le seguía sorprendiendo cómo Javier podía leerla, lo transparente que era para él y, sin embargo, no entendía lo que debía entender. Pero ya daba igual. Estaba decidida.

—Si… He pensado que… Pero es solo una intuición, no lo sé. Déjame investigarlo y en cuanto sepa algo, si es que hay algo que saber, te lo cuento.

—De acuerdo, ya sabes que confío en ti.

Salieron del bar y volvieron a la comisaría, donde habían estacionado sus respectivos vehículos, subieron cada uno al suyo tras despedirse. Valeria estaba contenta. Feliz por aquella noche, por aquellos momentos y animada porque, efectivamente, se le había ocurrido algo y estaba deseando ponerse a ello para ver si podía estar en lo cierto.

Estuvo varios días detrás de la idea que se había forjado en la cabeza. Apenas habló con nadie de la comisaría, pues todos tenían mucho trabajo que hacer y, dado que no se producían avances significativos desde el fiasco del video, no habían vuelto a reunirse para debatir o intercambiar opiniones. Tras los días de navidad obtuvo los resultados que esperaba. Cuando lo tuvo todo atado, fue a ver a su jefe. Eran alrededor de las siete de la tarde cuando llamó a su puerta.

—Adelante —dijo Javier, aunque, de hecho, ella ya estaba entrando al despacho. Se sentó en la silla frente a él y sonrió. Martín comprendió al instante que era una sonrisa de triunfo y se acomodó en el asiento, expectante por lo que Valeria tenía que decirle.

—Llevo varios días dándole vueltas a una cuestión. Tres mujeres, tres víctimas que no pueden ser más diferentes entre sí. La diferencia de edad es

significativa, tenían, respectivamente treinta, dieciocho y doce años. Sus características físicas también eran diferentes. Fátima era una chica de clase trabajadora que había pasado por serias dificultades económicas, las otras dos procedían de buenas familias. Ninguna de las tres estudió en el mismo colegio y no frecuentaban los mismos ambientes, ni siquiera las primas, por la diferencia de edad.

—Sé todo eso Val, me sé la vida de las víctimas de memoria, igual que tú. ¿Dónde quieres ir a parar?

—Buscamos a un hombre que las acechó a las tres y decidió matarlas. Lo lógico hubiera sido que tuvieran cosas en común.

—Sí, claro. Dime algo que no sepa, por favor.

—Pues lo que te digo es que he encontrado el nexo. Y ahora lo vas a ver tan claro como lo veo yo.

Le tendió a su superior unos papeles que llevaba en la mano. Javier empezó a leerlos mientras el semblante le demudaba en pura sorpresa.

—Como bien sabes había algo aquí que me escamaba. ¿Qué probabilidades hay de que dos chicas de la misma familia mueran en una ciudad tan grande como esta? O no era casualidad o era la gente menos afortunada del mundo. Entonces lo pensé, en realidad tuve la idea viendo una película de esas malísimas típicas de un sábado o domingo por la tarde. Tuve como una especie de revelación. Cuando todo lo demás había fallado, solo quedaba eso. Cuando lo que entendemos por normal no cuadra, hay que tirar un poco de fantasía, ¿no? Historias familiares truculentas… Si la ficción bebe tanto de ello, si ya desde la mitología todo lo que ocurre siempre son líos familiares… Pues va a ser que esas cosas suceden en la vida real. Y aquí ha sucedido. Júzgalo tú mismo.

—¡Eres la hostia! ¿Lo sabes no? Vales más que toda la comisaría junta, yo incluido.

—No diga tonterías, inspector Martin. Me alegro de que esté contento, yo también lo estoy, pero no nos pasemos de rosca. He tenido suerte, una corazonada que ha salido bien.

—Al saber le llaman suerte —repuso Javier—. Eres la mejor del equipo. Te necesito a mi lado, siempre.

Se refería al trabajo, Valeria no tuvo duda ninguna y sonrió cortés, pero le salió una mueca extraña, así que repuso:

—Ha llegado el momento de hablar con Ángela, ¿no crees, jefe?

El hombre asintió mientras seguía leyendo.

—Resulta que al final, aunque no se conocieran estaban muy unidas, las tres. Unidas por la misma sangre.

—Y puede que ni siquiera lo supieran.

—Eso o la familia miente muy bien.

—Pero Ángela debe saberlo. Ella sí lo sabe.

—Lo veremos. Mañana la llamaré a primera hora y la citaré aquí, sin demoras.

—¿A qué hora quedamos, jefe?

—Anda, vete a casa, te lo has ganado.

—No, no, hay que preparar lo de mañana. Nos quedamos.

—Nos quedamos —dijo Martín sonriendo ante la perspectiva—. No se hable más.

19

UNA HISTORIA

Ángela acababa de desayunar. Solía levantarse temprano todos los días porque a su edad, decían, se pierde el sueño. En su caso así era y pasaba horas despierta dando vueltas en la cama hasta que, a las siete, ya no aguantaba más.

Lo primero que hacía era asearse y vestirse. Si no tenía previsto salir se enfundaba ropa cómoda, pero presentable. En caso contrario, se arreglaba y bajaba a desayunar.

El desayuno era todo un ritual para ella, el momento del día en el que tenía más apetito. En los meses cálidos, salía al jardín y disfrutaba del sol y la brisa mañanera. Diciembre se despedía con días helados. El frío le atenazaba los huesos y no le apetecía otra cosa más que quedarse en casa al calor postizo de la calefacción.

No iba a salir aquel día, así que se demoró algo más en degustar las tostadas y el café descafeinado de sobre. Después, como aún era temprano para poner cualquier programa de sucesos en la televisión, cogió un libro y empezó a leer. Le gustaban las novelas románticas, sobre todo las que acababan bien.

A eso de las nueve de la mañana llamaron por teléfono. No se levantó, ya que tenían un aparato inalámbrico que solía llevar encima. Colgó inquieta tras una breve conversación con el inspector Martín, que la citaba lo más pronto posible en comisaría para mantener una conversación informal, según sus propias palabras. Ángela se olió que había gato encerrado y estuvo sopesando si llamar a su abogado, a aquel que estaba llevando la acusación particular en los asesinatos de Patricia y ahora, también de Helena, su pequeña.

Finalmente declinó llamarlo y subió las escaleras para volverse a vestir, la ropa que había elegido esa mañana no le valía. Después llamó a un taxi y se dirigió al encuentro con la policía.



Cuando llegó a la comisaría, el agente que estaba en la recepción, al oír su nombre se levantó y la hizo pasar, acompañándola a una sala pintada de blanco y con un mobiliario muy austero consistente en una mesa y cuatro sillas alrededor. La invitó a tomar asiento y le dijo que iba a avisar al inspector Martín de su llegada. Aún tuvo que esperar unos diez minutos antes de que esas dos personas que le resultaban ya tan familiares, Martín y Jara, se dignaran a atenderla.

Los policías se sentaron frente a ella con rostros serios. La mujer llevaba una carpeta de cartón en la mano que dejó, cerrada, sobre la mesa. Fue el hombre el que inició la conversación.

—Buenos días, Ángela, le hemos pedido que venga porque, tras la muerte de su nieta Helena, hemos tenido que cambiar la perspectiva de la investigación. Me explico, ¿qué posibilidades hay de que una misma familia se vea azotada por una tragedia como esta? A la subinspectora Jara no le pareció un hecho casual y, debo decir que, en una ciudad con más de un millón de habitantes, a mí tampoco. Sin embargo, estábamos muy perdidos.

Ángela se limitaba a mirarlos sin abrir la boca. Tras una pausa, el inspector Martín continuó su explicación.

—Nos empezamos a preguntar si el hecho de ser familia no tendría nada que ver en el asunto. Pero nos rompía los esquemas la existencia una tercera víctima que nada tenía que ver con ustedes.

—Así es, inspector.

Javier Martín la miro como escrutándola, parecía querer leer en su rostro algo que Ángela no alcanzaba a comprender. Realmente no sabía qué estaba buscando el inspector de ella, salvo que se tratará de… Desechó la idea de su cabeza y siguió en silencio, a la espera.

—¿Usted cree? Nosotros no, Ángela. Así que nos empeñamos en descubrir qué podía haber detrás de aquello. Volvimos a repasar la vida de las tres chicas escudriñando hasta el último rincón. Amistades, lugares frecuentes, sitios donde estudiaron, todo lo que se nos ocurrió. No dejamos ni una posibilidad sin explorar, pero nada.

Ángela seguía callada, sin ninguna expresión en su rostro. A Valeria le sorprendía la sangre fría que tenía aquella mujer. Lo normal habría sido que llorara, al menos al oír de nuevo mencionar a sus nietas, tan recientemente fallecidas, en tan horribles circunstancias, sin embargo, allí estaba ella, con la cabeza alta y ni asomo de pena en el rostro, fría, alerta.

—Resultó ser que el vínculo era usted —intervino Jara, sin poder callarse.

—¿Yo?

—Sí, usted, no se haga la sueca.

—Yo no me hago nada, inspector. No sé de qué me están hablando, eso es todo.

—¿No conocía usted a Fátima, de nada? —preguntó Javier enfatizando las dos últimas palabras.

—De nada —aseguró.

—¿Ni a su madre, Flora? Piénselo.

Ángela pareció hacerlo durante unos segundos, luego negó con la cabeza. Aquella mujer iba a resultar más dura de lo que habían previsto.

—Mire esto —dijo Valeria Jara abriendo la carpeta que había depositado sobre la mesa y enseñándole un folio.

—La inspectora Jara ha trabajado mucho estos últimos días, ha indagado en los registros de nacimiento de esta ciudad y se ha desplazado al convento donde tuvo a su hija para mantener una larga charla con la madre superiora. ¿Le va sonando? Ha sido una tarea ardua, pero ha dado sus frutos.

Ángela leía el folio con atención, su cara ya denotaba una emoción equidistante entre la sorpresa y la pena. Al cabo de unos minutos suspiró, dejando el papel encima de la mesa, todavía a su alcance.

—Cuéntenoslo, Ángela, lo sabemos todo ya.

Levantó la cara y, mirando a la subinspectora a los ojos, le contó su historia.

—El padre de Flora y yo nos conocíamos de siempre, teníamos la misma edad, los mismos amigos, las mismas vivencias, el mismo pueblo... Todo en nosotros era común, ideas, gustos, hábitos, querencias… Hasta las animadversiones eran conjuntas. No sé decir desde cuando estuve enamorada de él. Es imposible saberlo porque el amor era instinto en nosotros, venía de cuna. Siempre juntos, confidentes y cómplices. Secretos y travesuras de niños, después el descubrimiento del sexo, las hormonas que llamaban a nuestra puerta, que nos urgían a buscarnos, a rozarnos, a compartirlo todo. ¿Recuerdan ustedes ese primer amor? Yo lo recuerdo como si fuera ahora, como si no hubiera pasado ni uno de los casi sesenta años que hace ya que no nos vemos. Cuando uno es adolescente, todo es absoluto, sin fisuras. Todo es urgente, sin términos medios. No se sabe lo que es la templanza, ni se quiere. Romeo y Julieta tenían que ser adolescentes para acabar así. Esa pasión animal solo se conoce de niño, cuando no hay límites de tiempo ni convenciones. Cuando no

importa el dinero, ni la posición, ni la educación dispar. Cuando todo queda reducido al amor puro y ciego. Así era nuestra relación. Y lamento confesar que nunca volví a vivir una igual, porque esa forma de amar es única, se da una vez. Luego aprendes a poner barreras y a buscar conveniencias. Te enamoras sí, incluso sientes amor o cariño, pero no es lo mismo, la piel no llama de la misma forma. No ardes como un tronco joven, hay partes de ti, de hecho, que no volverán a arder nunca más.

Los policías la escuchaban con atención, sumidos en la candidez de sus palabras, absortos por aquella sorprendente forma de contar las cosas. La mujer que hacía unos segundos les parecía un témpano de hielo, se había derretido ante ellos, mostrando una cara adulta y desencantada con la vida mucho más acorde con las circunstancias que la rodeaban. No dijeron nada temiendo que, si la interrumpían, se rompiera el hechizo y ya se negara a contarles más.

—Era otra época, no sabíamos nada. Cogernos las manos nos parecía pecado. Besarnos en la boca, toda una transgresión. Sin embargo, una tarde, me llevó al campo, lejos de todos y me confesó su amor de una forma tierna y apasionada. Infantil, ahora que lo pienso. Me prometió que estaríamos siempre juntos, que él construiría un futuro para los dos. Que conseguiría un buen oficio y un buen trabajo, que le pediría mi mano a mi padre y, ante su prosperidad, éste no se negaría. Yo estaba, como él, embriagada de amor y empezamos a acariciaros y a besarnos… Teníamos quince años y muchas ganas de experimentar con nuestros cuerpos. Ni supimos parar ni quisimos.

Volvió a suspirar, recordando vívidamente aquel momento.

—Al cabo de dos meses supe que estaba embarazada. Al principio tuve mucho miedo e hice bien en tenerlo, pero luego pensé que, si se lo decía, él se haría cargo de todo. Me protegería, sabría qué hacer. Fui una ingenua, pero era una niña, ¿qué podía hacer? La tarde en que se lo dije, él se puso muy serio y me aseguró que todo saldría bien. Me cogió de la mano y me llevó a casa. Mi padre aún no había llegado de trabajar así que le esperamos en el salón sentados alrededor de una mesa camilla con mi madre en frente. Fueron momentos incómodos e incluso tensos. Yo no tenía confianza con mi madre y con mi padre menos. Eran otros tiempos. Intenté dar a mis hijos todo aquello de lo que yo carecí. Una relación de respeto, por supuesto, pero también de confianza, porque si no la hay, cualquier suceso puede convertirse en un drama y destrozar una familia. Aquello destrozó la mía. Mis padres no me repudiaron, pero me hicieron sentir la culpa el resto de sus días. Y nunca los vi tan aliviados como

cuando me casé con Miguel, porque, una vez casados, si Miguel descubría mi pasado, ya no podría hacer nada. O eso pensaban.

» Cuando llegó mi padre, él se me adelantó y le explicó, con pocas palabras, qué pasaba. Le dijo a mi padre que quería responsabilizarse del niño y casarse conmigo. Mi padre estaba furioso, me pegó, e intentó pegarle a él, a empujones lo echó de casa. Y esa fue la última vez que lo vi. Al cabo de una semana, más o menos, en la que no me dejaron pisar la calle, me mandaron a un convento de niñas. Había de todo, pero, muchas de ellas estaban en mis circunstancias. No sabíamos qué ocurriría cuando diéramos a luz. Nadie nos lo explicó y no lo quisimos saber. Vivíamos felices, hablando con nuestras barrigas y esperando que, una vez nacieran los bebés, todo saldría bien. Supongo que para alguien saldría bien, pero no para ninguna de nosotras.

» La vida allí no fue mala, todas las chicas nos hicimos amigas. Las monjas, aunque pueda parecer al contrario, nos trataban bien. Eran rectas, desde luego, y nos hacían rezar mucho para expiar nuestros pecados, pero nos trataban bien. Nos cuidaban y algunas, las más jóvenes, hasta nos daban alguna muestra de cariño, como una palmada en el brazo, o una mirada misericorde. Nos conformábamos con poco o quizá, sentíamos tanto amor dentro, que poco nos importaba el de fuera. Mis padres no vinieron nunca a verme, se limitaron a recibirme cuando me hube "deshecho del problema" y a continuar nuestras vidas como si aquel episodio nunca hubiese sucedido. Un día me puse de parto, era al atardecer, la monja que solía asistir los partos me llevó a la habitación que habían habilitado para nosotras y llamaron a un doctor. El parto duró bastantes horas, pero no fue malo. Doloroso sí, pero ¿qué quiere? es un parto, tiene que doler. Oí el llanto del bebé y a penas la pude ver, la cubrieron con una manta y se la llevaron. Supliqué verla, abrazarla, amamantarla. No me dejaron. Fue la única vez que vislumbré la crueldad del sitio donde estaba y de las mujeres que lo regentaban. Únicamente supe, días después, que era una niña. No me dijeron su nombre, ni donde acabó. Nunca supe nada, pueden creerme o no, pero esa es la verdad.

—¿Nunca había visto usted este documento que le acabo de enseñar?

—No, señor, nunca.

—¿Sabe su actual marido que usted había sido madre soltera?

—No. Nunca se lo dijeron las malas lenguas y yo no vi la necesidad.

—¿Lo sabe alguno de sus hijos?

—No lo sabe nadie, subinspectora. Lo he mantenido en secreto hasta ahora y me gustaría llevármelo a la tumba conmigo.

—Comprenderá usted que eso ahora ya no es posible.

—¿Por qué no?

—Porque todo apunta a que el nexo entre las víctimas es ese, que eran parientes. Lo que tienen en común, es usted.

Ángela no dijo nada. Parecía que se había vaciado y que ya no le quedaba nada que añadir.

—Ángela, entiéndanos, tiene que decirnos el nombre del padre de Flora, tenemos que saber si tiene algo que ver con lo que está pasando.

—No diga tonterías, subinspectora. Mi marido es un hombre con dinero, con recursos, muy bien relacionado. Es posible que alguien me haya investigado y haya dado con este incidente, igual que lo ha averiguado usted. No se me ocurre otra cosa que esa, alguien nos quiere hacer daño, a los dos. Saben que soy su punto débil, si matan a nuestras nietas y encima descubren mi secreto nos habrán dado dos veces. Ese debe ser el plan.

—Díganos quien era el padre.

—No, no se lo voy a decir, porque era un muchacho bueno y generoso. No le haría daño ni a una mosca. Mucho menos a su familia. No, no insistan.

—¿No ve que está en juego la vida de sus otras nietas? —casi gritó Javier Martín.

—No intente chantajearme, inspector Martín. El deber de dar con el culpable de los asesinatos de mis dos nietas…

—De tres.

Ángela se quedó parada unos segundos, asimilando las palabras espetadas por Valeria.

—Sí —escupió con amargura —. De tres. El deber es suyo, no mío. Hagan su trabajo y, se lo pido por favor, no saquen ahora los trapos sucios de mi familia. En este momento un golpe así tendría las peores consecuencias. He sido sincera con ustedes y les aseguro que el padre de Flora no los llevará a nada. No sigan por ahí.

A continuación, se levantó y les pidió permiso para salir de allí; ellos, que daban el interrogatorio por terminado, se lo dieron y la mujer se marchó sin mirar atrás. Apenas salió empezó a llorar. Le había costado mucho mantenerse serena ante los policías, dominar sus emociones cuando estaba realmente rota. Empezaba a comprender que aquello era una venganza personal contra ella y el

dolor por ver a sus nietas muertas era mayor que la sedación a la que estaba sometida. Había tenido que volver a ponerse en manos de los médicos, lo que estaba ocurriendo era más que suficiente para acabar con su salud.

—Madre mía, qué historia. Qué triste haber tenido una hija a los quince años y no haber visto ni su cara… Debe haber sufrido mucho, cuando pasó no era más que una chiquilla.

—De película, la verdad. Ha mantenido el secreto todo este tiempo… Y ahora resulta que hay alguien más que lo sabe… Y que, de alguna manera, le quiere hacer pagar esos pecados.

—¿Pecados?

—Bueno, no sé, es una forma de hablar. Tengo sentimientos encontrados con esta señora, es una víctima muy peculiar.

—Es altiva, pero no la juzgo. Probablemente la vida le ha enseñado a serlo.

—Sí, pero no entiendo su terquedad. No dudo que quiere a su familia, eso se nota. Están matando a sus nietas, ¡por el amor de Dios! ¿Por qué no nos quiere decir quién es el padre de su hija?

—Pues no lo sé, supongo que es en parte por vergüenza, no quiere que ese episodio de su vida salga a la luz. Tienen dinero, imagen pública… ¡Imagínate! Serían la comidilla de la ciudad entera. Mantienen muchas relaciones y probablemente su economía se sustenta en ellas, no pueden dar que hablar, tienen un prestigio que mantener.

—Ya… Pero nada se debería anteponer a la vida y menos a la vida de una nieta. No lo sé, no lo veo claro…

—¿Crees que oculta algo más?

—La verdad es que no lo sé. Tengo que procesarlo. Lo único que tengo claro es que es prioritario dar con la identidad del padre de Flora.

20

FAMILIA

El comisario ya se había ido a comer cuando salieron de la sala de interrogatorios, así que decidieron imitarle.

A las cinco entraron en su despacho y se sentaron frente a él, tenían una larga conversación por delante. Lo primero que hicieron fue contarle los pormenores de la historia de Ángela. Piedrahita no daba crédito.

—¡Hostia puta! Yo es que alucino… ¿Y lo hemos tenido que averiguar nosotros? ¿Pero qué coño pasa en la cabeza de esa mujer?

—Si le digo la verdad, creo que ella no había visto la relación. La creo cuando asegura que no sabía quién era Fátima, que nunca conoció a su hija, que ni siquiera la vio al nacer.

—Ya… Es posible. Mis felicitaciones Jara, con su trabajo hemos adelantado años luz.

—Muchas gracias, comisario.

—¿Y tengo que guardarle el secreto a esa mujer? Vamos, no me joda, Miguel es uno de mis mejores amigos, yo no puedo vivir sabiendo algo así que él ignora. No me parece honesto.

—Comisario, discúlpeme, pero cuando hablamos de familia la honestidad no juega el partido. Cada familia es un mundo y se confiesa y se oculta lo que quiere. En familia se lavan los trapos sucios y no creo que nadie deba inmiscuirse en cómo se organiza o se relacionan. Siempre salvaguardando que haya un hecho delictivo de por medio, claro.

Valeria miró a Javier sorprendida por su postura. Lo cierto era la que la compartía.

—Analicemos la situación… Así que ella piensa que es una venganza contra su marido.

—Parece lo más razonable, sí. Es verdad que son gente con dinero y cierto poder. Eso no se obtiene sin granjearse unos cuantos enemigos por el camino. Supongo que entra dentro de lo posible e incluso de lo probable. Tendremos que investigar los negocios de Miguel, sus clientes, sus socios.

—Lo más lógico es preguntarle a él mismo.

—Sí, pero tendríamos que explicarle porqué sus nietas están unidas a la otra chica y eso no es posible sin desvelar el secreto de su mujer.

—Pues si hay que hacerlo se hace, cojones —dijo el comisario con un golpe contundente en la mesa.

—Está bien, comisario. Escuche, investigar los negocios y los socios o clientes insatisfechos, los enemigos y competidores de Miguel, va a resultar una tarea ardua.

—Traeremos a Castaño, pondremos más agentes a vuestro servicio. Haced un barrido general y ordenad las tareas que preciséis. Sabéis que este caso tiene máxima prioridad.

—Por supuesto. ¿Cuándo empezarán?

—Mañana mismo, a primera hora os esperarán en la sala de reuniones para la distribución de tareas. Ahora a organizar el trabajo… ¡Andando!

—Jefe, esa línea de actuación está muy bien y le agradezco a los efectivos para realizarla. Pero no debemos olvidar las otras líneas.

—¿Qué otras líneas? ¿Buscar al padre de la criatura? Eso que lo haga Jara, que se le da muy bien. Te unes a ella en cuanto organices a los demás. Y en cuanto sepáis algo, me lo decís.

—Luego está el tema… Bien, tenemos claro que, psicópata o no, tiene un motivo muy personal, ¿verdad? Puede ser un enemigo de Miguel… Pero también podría serlo de la propia Ángela, al fin y al cabo, fue ella quien cometió la falta.

—Eso es cierto, hay que investigar su pasado. También sus relaciones actuales. Ver si hay conexiones ahí, si sigue manteniendo relaciones de amistad tan longevas, si se ha acercado últimamente alguien a ella que pertenezca a su antigua vida. Jara, hágalo usted también. Los dos, claro. Se ponen a ello ya.

—Y otra cosa, jefe.

—Dígame, Martín.

—Creo que, del abanico de posibilidades, la más probable sea que se trate de una venganza. Y eso indicaría que toda la familia se halla en peligro.

—¿Qué sugiere?

—Pues no sé, quizá tenerlos bajo vigilancia.

—Ese operativo sería muy costoso… Necesitaría muchos efectivos…

—Mire, he pensado que empezó por Patricia, la única hija del hijo mayor. Ha seguido con una de las hijas de la hija mediana, Helena. Me parece lógico

pensar que la siguiente en la lista es Ana, la otra hija de Julia.

—Pues yo ahí veo el patrón, pero torcido… ¿Por qué no ha empezado por la nieta mayor?

—Pues no lo sé, Valeria, igual se debió solo a una cuestión de oportunidad.

—A estas alturas no creo que el asesino deje nada al azar.

—De todos modos, queda otra nieta, Alicia, del hijo menor de Ángela. Es mayor que Helena, creo que en edad estaba más próxima a Patricia. No podemos estar seguros de nada ahora. Creo que lo más lógico es que le pongamos vigilancia a ambas —sentenció el comisario.

—Estoy de acuerdo. Se lo agradezco. También me parece crucial que lo hagamos sin decirles nada. Son demasiados en esa familia y el hecho de la vigilancia podría llegar a oídos indiscretos. Si eso sucede, a lo peor no detenemos nunca al culpable, en cambio, si las protegemos con discreción, podríamos cogerlo *in fraganti*.

—¿Usar a las nietas de señuelo? —preguntó Valeria poco convencida.

—Bueno, piensa un momento Valeria, ahora mismo no tenemos nada. Si lo alertamos quizá deje matar y nunca cojamos al asesino de las tres chicas. En cambio, así será como tenerlo bajo vigilancia… Pillarlo con las manos en la masa es nuestra mejor baza para imputarle todos los crímenes.

Los tres quedaron en silencio, valorando los pros y contras de aquella estrategia. Rompió el hielo el comisario.

—Está bien, Martín, se hará como usted dice. Pensándolo bien parece que es nuestra mejor opción… ¡Me cago en la leche! —añadió, sonriendo con ironía —. Parece que Ángela va a salirse con la suya…

Los inspectores salieron del despacho tras aquellas palabras, tenían mucha tarea por delante.



Javier Martín se había precipitado al creer que al día siguiente podrían visitar a Flora para interrogarla acerca de la identidad de su padre.

Tardaron todo el día en leer la documentación sobre las finanzas de Miguel, en hacer una lista de posibles enemigos, gente que había perdido contratos adjudicados a él, gente que había perdido dinero cuando sus negocios habían fallado. Martín y Jara no sabían nada sobre el negocio de la construcción, sector al que se dedicaba el empresario, pero contaron con la colaboración de un

auditor que, con paciencia, les fue explicando lo que contaban los papeles que se les atragantaban. De esa forma fueron creando una lista de nombres con las personas a las que investigar, con cierto orden de prioridad y la distribuyeron entre los agentes que les habían asignado. También tuvo que organizar el operativo de vigilancia de las dos niñas. Fue un día largo e intenso, por lo que se alegró cuando pudo irse a casa. Con la vigilancia de las víctimas potenciales en marcha, el miércoles decidieron ir a ver a Flora.



El día amaneció frío y lluvioso. Previendo que le iba a ser imposible hacerlo ella, Valeria llamó a Blanca y le pidió que fuera al convento donde Ángela había dado a luz y tratara de hacer una relación de la gente que trabajaba allí en aquella época, ella lo revisaría más tarde. Después debería intentar averiguar si alguno de ellos había interactuado con Ángela en la actualidad. Dudaba mucho que se tratara de una monja, no solo por la condición de monja sino porque el asesino era un hombre, o todo apuntaba a ello. Sin embargo, bien podría tratarse de alguien que frecuentara el lugar, que les abasteciera de alimento o que se encargara del mantenimiento u otro tipo de tarea. Alguien que, sin nadie saberlo, era un fanático religioso que quería que las niñas que dieron a luz siendo solteras pagaran por lo que habían hecho. Quizá había descubierto la buena suerte que había corrido Ángela a pesar de su pecado y había decidido empezar por ella. Si resultaba ser eso, debía de tratarse de un chico muy joven en la época, tal vez e incluso más que la propia Ángela. Si no era así, podría ser que se valiera de un hijo o de un nieto para actuar. No podían no investigarlo.

A las diez, con puntualidad alemana, Flora apareció por la puerta de comisaría y preguntó por el inspector Martín. El recepcionista le pidió que esperara y al cabo de dos minutos Valeria salió a la recepción y la acompañó a una sala de interrogatorios. Flora caminaba delante de ella, nerviosa y atribulada.

En cuanto ambas se sentaron, la mujer preguntó si habían dado con el asesino de su hija. No encontraba otra razón por la que la pudieran haber citado.

—No es eso Flora, ojalá lo fuera y pudiera usted descansar en paz…

—Yo ya no voy a descansar en paz mientras viva, hija, pero al menos me gustaría morirme sabiendo quien me ha quitado lo único que tenía en la vida.

Qué difícil es consolar lo que no tiene consuelo. Valeria se sentía impotente ante Flora y ante todas las víctimas que se cruzaban en su vida profesional. Sabía que ciertos daños son irreparables y que el castigo al culpable solía ser un parco alivio. Pero eso era lo único que ella podía darle a Flora. A todas las Floras con las que se cruzase.

Javier y ella habían discutido acerca de lo que debían revelarle a la mujer, si decirle que habían encontrado a su madre biológica y de quien se trataba. Habían resuelto no decírselo por ahora, tal vez dejarle a la propia Ángela esa prerrogativa.

—Flora, la hemos citado aquí porque hemos averiguado que es usted adoptada.

—Sí, inspector. ¿Qué importa eso?

—Pues no lo sabemos, pero es nuestro deber hacer un perfil lo más exacto posible de las víctimas.

—Entiendo. Pues sí, soy adoptada. Ustedes dirán.

—¿Conoce usted a sus padres biológicos?

—Pues verá… A mi madre no la conozco, nunca supe quien fue. A mi padre sí.

Martín y Jara dieron un respingo, había resultado sorprendentemente fácil dar con la respuesta que Ángela les había negado.

—Cuéntenos, Flora.

—Verá, desde que tengo uso de razón venía un hombre a la puerta del colegio de vez en cuando. Mis padres lo sabían y lo toleraban. Yo era muy pequeña para ver si había tensión entre ellos así que supuse que era un amigo de la familia. Cuando tuve suficiente juicio me explicaron quién era. Nos veíamos poco, supongo que entendió que debía respetar a mis padres. Llegó a conocer a Fátima cuando era un bebé, ¿sabe? Luego se casó y se distanció de nosotras. Me dijo que no quería que su mujer se enterara, que era una persona muy celosa. Había rehecho su vida y no quería ponerla en peligro. Al fin y al cabo, yo tenía la mía propia y tampoco nos veíamos mucho. Cuando se despidió también me aseguró que, a pesar de todo, si alguna vez le necesitaba, no dudara en llamarlo y me dio un número de teléfono.

—¿Lo llamó?

—No, nunca. Entendí que era mejor no molestar. Sin embargo, le estoy agradecida por haberme buscado. Al menos quiso saber de mí, cosa que mi madre…

—Bueno, Flora, no se precipite, puede que ella no tuviera opción —Valeria quiso echarle un guante a Ángela, por si al final esta decidía ponerse en contacto con su hija mayor.

—¿Conserva usted el número? —preguntó Javier.

—Pues no tengo ni idea, tendría que buscarlo.

—¿Sabe usted su dirección?

—No, no la sé.

—Díganos su nombre, lo encontraremos.

—José Antonio.

—José Antonio… ¿Qué más?

Los inspectores apuntaron los datos del padre de Flora y se despidieron de ella para, acto seguido, ir a buscarlo a la base de datos. Cuando descubrieron su dirección no podían creerlo, tenían que ir a verlo inmediatamente. Se pusieron los abrigos y se dirigieron al coche, sin tiempo que perder. Debían hablar con el hombre, porque el círculo se estaba estrechando. Tenían el convencimiento de que aquello era relevante.

21

JOSE ANTONIO

En cuanto llegaron al domicilio se apearon del vehículo y llamaron a la puerta. Les abrió un hombre de setenta años al que nunca habían visto, pero no dudaron de su identidad.

—¿Es usted José Antonio? Somos el inspector Javier Martín y la subinspectora Valeria Jara, tenemos que hablar con usted.

—Sí, pasen.

Les condujo a un salón amueblado con un gusto pasado de moda y les invitó a sentarse en las sillas que se disponían entorno a una mesa de madera oscura.

—¿No está su mujer en casa?

—No, ha salido a comprar.

Los policías pensaron que era mejor así debido a la delicada información que debían tratar. Yendo hacia el lugar se les había ocurrido que pondrían al hombre en un compromiso si mantenía la existencia de su hija y de su nieta en secreto, sin embargo, decidieron seguir adelante y allí ya verían si les quería atender en privado. Tampoco era su deber ser escrupulosos con los investigados, aunque, a decir verdad, con Ángela lo habían sido.

—Supongo que vienen por lo de Fátima.

Los inspectores se miraron comprensivamente. José Antonio sabía que, tarde o temprano, irían a verle. Los estaba esperando.

—Así es. Le acompañamos en el sentimiento.

Al interrogado le atravesó el rostro una mueca de dolor, pero mantuvo la compostura.

—¿Sabía que Toni era compañero de Patricia, la otra chica asesinada?

—Lo supe cuando la mataron. No sabía que los asesinatos estaban relacionados.

José Antonio era el padre de Antonio García, el compañero de universidad con el que Patricia había quedado para hacer un trabajo en su casa la tarde del crimen. En cuando dieron con su dirección, ataron cabos.

—¿Conocía su hijo a Fátima?

—No señores. Mi familia no sabe que tengo una hija anterior al matrimonio con otra mujer, ni, por lo tanto, una nieta. No sé cómo reaccionaría Sara si se enterase. En su momento decidí rehacer mi vida junto a ella y olvidar aquello. No le dije nada de su existencia y, con los años, la confesión de ese hecho se me hacía más difícil. Al final opté por el camino fácil: callarme.

—Decidió abandonar a su hija y a su nieta.

—Pueden verlo así. Yo, de hecho, no hay día que no me lo reproche. Lo cierto es que no podía vivir anclado en el pasado y esa niña, Flora, ya tenía otros padres. Yo no tenía ningún derecho sobre ella. No podía reclamar nada. Pensé que siguiendo en su vida le hacía más daño y me alejé. Supe que había tenido una niña y no pude resistirme a conocerla. Esa fue la única vez que vi a Fátima, siendo aún un bebé de pocos meses. Le dije que iba a casarme, pero que, si alguna vez necesitaba de mí, no dudara en llamarme.

—¿Lo hizo alguna vez?

—No.

—Tiene que decirnos lo que hizo los días de los asesinatos.

—Tendría que pensarlo.

Javier le facilitó las fechas de las tres muertes, pero José Antonio no recordaba lo que había hecho. Era lo normal.

—Supongo que, de estar con alguien, sería mi mujer y mi hijo Toni —concluyó.

—¿Conocía usted a Patricia y a Helena?

—No. Supongo que a la chica la habría conocido el día que quedaron en casa para hacer el trabajo de clase si hubiera llegado a venir, pero no lo hizo.

—¿Ha vuelto usted a ver a Ángela?

—No, nunca. Lamento muchísimo lo que le ha ocurrido. No hay duda de que alguien va a por ella.

—¿Por qué cree eso?

—Bueno, no he vuelto a ver a Ángela, pero sé de su vida. Sé con quien se casó y sé que tuvo hijos. Cuando mataron a Fátima pensé que era un hecho aislado, un caso de violencia de género, dijeron entonces. La lloré en soledad. Cuando Patricia murió, tampoco lo relacioné. Sé que Ángela no sabía que Fátima era su nieta. Que yo supiera nunca se había puesto en contacto con Flora y dudo que lo haya hecho de un tiempo a esta parte, ¿me equivoco?

—No se equivoca —dijo Valeria.

—Después mataron a la niña pequeña, Helena. Cuando en la televisión dijeron que pertenecía a la misma familia que la víctima anterior, no daba crédito, ¿cómo podía Ángela tener tan mala suerte? Dios sabe que no se lo merece, ya hemos sufrido bastante… Después surgió la noticia de que mi nieta Fátima no había muerto en manos de su expareja, que, de hecho, la relacionaban con las otras dos chicas.

José Antonio cayó unos segundos, rememorando aquella época en la que él y Ángela habían sido novios, una relación que había acabado de forma trágica.

—Y ahora están ustedes aquí —terminó.

—¿Odia usted a Ángela?

—¿Odiarla? Fue el amor de mi vida. Nunca la olvidaré. Ella no tuvo la culpa de nada, fue tan víctima como yo. Después conoció a su actual marido y parece que la vida le dio un poco de margen, pero estoy seguro de que no ha podido olvidarnos, esas cosas no se pueden olvidar. No a mí, no me malinterpreten. Yo soy tan sustituible como cualquiera, pero un hijo no se sustituye por nada. Un hijo no se olvida.

Valeria sabía que Ángela tampoco había olvidado a José Antonio. Lo había dicho con claridad, se deducía de sus palabras y de su tono de voz al recordarlo, pero pensó que esa era una conversación que les correspondía a los dos. No debía inmiscuirse en asuntos tan privados.

—¿Sabe usted de alguien que quisiera hacerle daño?

—No, claro que no. Hace casi sesenta años que no la veo. Cincuenta y cinco, para ser exactos. No sé con quien se relaciona, ni quienes son sus amistades ni nada de eso. Lo siento mucho pero no les puedo ayudar.

—¿Conocía su mujer la existencia de Ángela? —preguntó Valeria.

—Nunca hablamos de relaciones pasadas. Mi mujer es bastante celosa. No le gusta pensar que tuve una vida sentimental antes de ella, no quiere saberlo. Tampoco me ha explicado nunca la suya, aunque debió tenerla, claro. Nos llevamos una diferencia de edad considerable, me casé a los cuarenta años. Seguro que hubo algún hombre antes de mí. No me importaría saberlo, pero ella no es así. No piensa como yo.

—¿Conocía su mujer la existencia de Flora? —continuó la subinspectora.

—Ya le he dicho que no. Nunca se lo dije. No se lo dije a nadie.

—¿Se pudo enterar por cualquier otra persona?

—No veo cómo.

—¿Y su hijo?

—No, rotundamente no. Ya les he dicho que era un tema que solo me concernía a mí. Quise mantener a mi familia alejados de ese pasado.

—Está bien, José Antonio. Por ahora hemos terminado. No abandone la ciudad sin advertirnos, por favor. Y denos un teléfono de contacto, por si le necesitamos.

—¿A dónde voy a ir? —repuso.

—Y otra cosa: si se acuerda de qué hizo exactamente en las fechas que le hemos dicho, avísenos.

—Así lo haré.

—Tiene que entender una cosa: está usted relacionado con dos de las víctimas. Eso le sitúa en una mala posición. No está libre de sospecha, ¿entiende? Estaremos alerta.

Javier le apretó las cuerdas, pero el hombre no reaccionó. Se encogió de hombros y bajó la cabeza como en un gesto de claudicación. Justo cuando se levantaron para irse oyeron que alguien abría la puerta. Era Sara, la mujer de José Antonio.

—Hola, ¿qué hacen aquí? ¿Han venido a ver a Toni? No está en casa… Está en la universidad.

—Sí, lo sabemos, no se preocupe Sara. Si le necesitamos, ya volveremos.

Sara les despidió con una sonrisa y cerró la puerta cuando salieron. A continuación, fue a la cocina a guardar la compra. No le dijo nada a su marido, pero sabía bien que no habían venido a ver a su hijo, sino a verlo a él. Los inspectores debían haber descubierto que era el abuelo biológico de Fátima, algo que ella sabía desde hacía muchos años y que había mantenido callado esperando que su marido algún día se abriera a ella. No lo había hecho.

Entendía la visita. Su marido y su hijo relacionados con dos de las víctimas. Era algo extraño, lo reconocía, sin embargo, no tenía duda de que ninguno de los dos tenía nada que ver con los crímenes. Se lamentó de que las cosas no hubieran sucedido de otra manera, de que José Antonio nunca le hubiera dicho la verdad, pero ahora ya era muy tarde. Aquello había constituido un abismo insalvable entre los dos.

Sara solo había tenido hijos, dos varones. Siempre había querido tener niñas.

Desde pequeña jugaba con muñecas, nunca quiso ningún bebé de juguete que no fuera de sexo femenino. Disfrutaba peinándolas y vistiéndolas. Cuando fue mayor, también maquillándolas. Le gustaba imaginar que las niñas eran hijas suyas y las cuidaba como si fueran de verdad.

Uno de los regalos de reyes que más ilusión le hizo fue el carrito de paseo para sus bebés. Todo su universo era de color rosa. Su habitación, su ropa, la de sus muñecas. El carrito era rosa. También lo eran la bañera y el armario de juguete.

Había crecido en una familia con tres varones como hermanos, su madre había fallecido cuando ella era aún joven. Echaba en falta una figura femenina en su vida, una hermana mayor, una prima siquiera. No las tenía. Así que, cuando creció y tuvo la edad suficiente como para ser madre, nunca imaginó otra posibilidad que no fuera tener niñas. Dio con José Antonio y supo que era el hombre perfecto para ella, maduro, con edad de tener hijos, e inmediatamente se pusieron a ello. Cuando se quedó embarazada del primero, no tuvo dudas de que sería una niña. Tenía pensado el nombre, lo tenía claro desde su más tierna infancia. Sus muñecas más queridas se llamaban todas igual. Sin embargo, no tuvo suerte y fue un varón.

Pensó que ya usaría el nombre con su segundo hijo, que esta sería niña, seguro. Por fin se quedó embarazada de nuevo. Estuvo los nueve meses rogando que fuera niña, hasta le compró algo de ropa de color rosa, sin decirle nada a su marido. Cuando rompió aguas ya sabía, por una ecografía previa que era un varón.

Lo que no podía imaginar era que el parto se complicaría, hasta el punto de que, tras él, ya no pudo volver a quedarse en estado.

Tiempo después supo que José Antonio tenía una hija. No solo eso sino también una nieta. Creyó que se moría de rabia, de ira. Le parecía todo tan injusto. Sin darse cuenta empezó a recriminarle a su marido, sin palabras, que hubiera gastado aquel único cartucho con otra que no era ella. Y se había creado cierta distancia entre los dos, una distancia que no habían podido salvar. Sara también había pensado en su momento que su marido ni se había dado cuenta de ello. Tal vez si le hubiera preguntado qué le pasaba todas las verdades habrían salido a la luz. Pero no lo había hecho. Había seguido con su vida sin importarle lo que pensara ella. Y así se habían consumido los años.



De camino al coche Javier no pudo esperar para comentar sus impresiones.

—¿Qué te parece Val? Ahí hay algo muy raro… Estoy convencido de que ese cuento de que aún está enamorado de Ángela no es real. Debe odiarla por

haber conseguido ser rica, por haberle dejado… ¡Yo qué sé! Tiene que ser eso, Val, estamos cerca. Por eso le he dicho que tenga cuidadito, que estamos vigilantes, para que sepa que cualquier fallo que cometa será fatal. El desenlace es la cárcel. Es verdad que es un poco mayor para nuestro perfil, pero no descartes la colaboración de Toni. Seguramente es así, Toni tiene que estar implicado, le tuvo que ayudar de alguna forma. Puede que sea el que secuestró a Fátima y a Helena. A Patricia debió hacerlo el propio José Antonio, para proporcionarle una coartada. Si ambos tienen coartada para alguno de los crímenes se salvaguardan. Se protegen el uno al otro. Se creen muy listos, pero estamos ahí, a las puertas de algo. Lo veo, lo huelo… ¿Val? ¿Val, me estás escuchando?

Valeria Jara se había quedado muda y era incapaz de concentrarse en la cháchara constante de su compañero, al oírle dirigirse a ella con tanto énfasis, despertó del shock.

—Sí… No… Perdona Javi.

—Pero ¿qué te pasa?

—¿No te has dado cuenta, jefe?

Javier la miró sin comprender.

—El salón estaba lleno de muñecas de porcelana.

22

MUÑECAS

No era tan tarde cuando llegaron a comisaría, así que, dispuestos a no perder ni un segundo, los reunieron a todos.

Valeria se dio cuenta de que habían corrido tanto que únicamente habían informado de los nuevos descubrimientos al comisario, así que puso en antecedentes a sus compañeros del resultado de la visita de Flora.

—¿Y habéis dado con el padre ya?

—Sí, nos lo dijo ella. Resulta que de niña había tenido alguna relación, de mayor poca. Y en la actualidad ninguna, Pero recordaba su nombre, claro.

—¿Y habéis ido a visitarlo?

—De allí venimos, sí. De ahí la urgencia de esta reunión.

Tomó la palabra Javier.

—Chicos, ha resultado que el padre de Flora, la hija ilegítima de Ángela, es José Antonio, el padre de Toni —calló unos segundos—, el compañero de facultad de Patricia.

Ahora todos asintieron comprensivamente, expectantes.

—Son ellos —dijo Fran.

—Pues no lo sé —contestó Valeria y Javier le hizo un gesto de asentimiento para que continuara hablando—. Veréis, de la conversación no dedujimos nada extraño, nos dijo que no ha vuelto a contactar con Ángela. Que tampoco lo ha hecho con su hija. Y, lo más importante, que toda su familia, mujer e hijos, desconoce su pasado, por tanto, no saben nada de la existencia de la hija, ni de Fátima tampoco.

—Pueden mentir.

—Es obvio, Adrián, contamos con eso.

—¿Los detenemos? El padre debe ser mayor, pero quien sabe si le ha ayudado el hijo… Qué oportuno ser compañero en la facultad. Creo recordar que juega al tenis en el mismo club. Todo forma parte de un plan preconcebido. Allí tuvieron acceso a Patricia y a Helena. También a los demás miembros de la familia.

—No te precipites Fran. ¿En base a qué los vamos a detener? No tenemos pruebas de nada, es todo circunstancial.

El policía hizo un gesto de derrota, admitiendo lo que decía su jefe.

—Pero aún hay más —continuó Javier, para después callar. Valeria entendió que quería que ella lo comentara. Agradeció ese gesto del inspector.

—En la casa había algo muy siniestro. El salón estaba lleno de muñecas de porcelana.

—¡Hostias! Las niñas —gritó Fran.

—Las niñas que no son niñas. Quizá sean muñecas —dijo Blanca.

—Siempre hemos pensado que estaba recreando la niñez —continuó Valeria —. Hemos valorado la posibilidad de que fuera una persona anclada en esa época de su vida por un trastorno mental, que fuera una muerte de alguna hermana o familiar que lo atormentara… Hemos seguido todas esas líneas de investigación sin resultado e, increíblemente, no nos hemos planteado que fueran muñecas, pero podrían serlo.

—Claro. ¿Y eso qué significa?

—Pues yo creo que entra una nueva persona en la ecuación: Sara. Las muñecas son suyas. Esa mujer tiene algo que no me gusta, no lo sé definir, no la veo clara. Cuando hablábamos del sujeto en abstracto siempre mencionábamos a un hombre, un hombre que, si fuera mayor, se valdría de alguien más joven, un hijo, por ejemplo. Pero no hemos valorado que el sujeto influyente sea una mujer.

—¿Quieres decir que José Antonio no tiene nada que ver?

—Quiero decir que, hipotéticamente, puede que él sea una víctima en todo esto. Él dice que su familia no sabe nada y puede que ni siquiera nos esté mintiendo cuando lo diga, porque *crea* que es verdad. Sin embargo, pinta a su mujer como una persona celosa y posesiva. Pues bien, imaginad que se ha obsesionado tanto con su marido que ha investigado su pasado y ha dado con ese descubrimiento: resulta que él tiene una hija ilegítima y una nieta, además. Sin embargo, Sara, coleccionista de muñecas de porcelana, una mujer femenina, sensible, que ansiaba una hija, solo ha tenido varones. Puede que se haya desarrollado un trastorno ahí, puede que, de alguna manera, haya echado la culpa a Ángela por tener la niña que le hubiera correspondido a ella.

—No lo sé, Valeria… No sé si es posible llegar a asesinar solo por eso.

Entonces sonó el teléfono de la sala. Todos se sobresaltaron porque no lo esperaban, menos Javier, que justo antes de ir a la sala de reuniones había

contactado con la doctora Vargas y le había pedido estar presente en la reunión, aunque fuera por teléfono. La mujer le había asegurado que se incorporaría en cuanto pudiera.

—Buenas tardes, doctora Vargas, le agradezco enormemente el esfuerzo por acompañarnos.

—Encantada de ayudaros, no todos los días anda una a la caza de un asesino. De tú, por favor ¿No habíamos quedado en eso? Dime Javier, soy toda oídos.

El inspector sonrió.

—Verás, hemos ido a casa de un sospechoso para mantener una conversación y estamos barajando una nueva teoría. Queríamos saber su verosimilitud. Ha resultado que tiene la casa llena de muñecas de porcelana, muñecas que recuerdan poderosamente a los cadáveres, a la forma en la que los deja, las prepara, quiero decir.

—¿Sospechoso o sospechosa?

—Ese es el quid de la cuestión, doctora. Hasta ahora no nos habíamos planteado en serio que pudiera tratarse de una mujer. Ya sabe, las estadísticas. No concuerda con la forma del asesinato. Aunque es cierto que las mata sin usar la fuerza física, con una pistola. Pero siempre hemos creído que para secuestrarlas era precisa la fuerza de un varón. Además, tenemos a un testigo que vio a un hombre en la última ocasión que actuó. Hemos pensado que no podemos descartar una colaboración. O quizá se disfraza de hombre.

—Entiendo, ¿en qué piensan?

—Una mujer que esté resentida con su marido porque solo le ha dado hijos varones. Una mujer que colecciona muñecas, que no tendrá una heredera a quien legárselas. Esa mujer un día descubre que su marido tiene un hijo, de una anterior relación, que le había mantenido oculto. Y no solo eso, sino que se trata de una hija, que, además, tiene otra hija. ¿Podría querer vengarse de la mujer que tuvo la hija con su marido?

—Podría, en efecto.

—¿Pero no le parece una motivación endeble? Está cogido con pinzas…

—No menosprecie ningún motivo, agente —le respondió a la voz del otro lado, que había sido la de Fran—. No menosprecie a una mujer herida. Las enfermedades mentales son de difícil comprensión porque las vemos desde el prisma del cuerdo. Cualquier obsesión o manía que uno no tenga nos puede parecer una tontería, no entender porque el otro sufre por ellas, pero eso es mirar las cosas desde la objetividad de la "normalidad". Hay que ser subjetivo.

Pero no subjetivo desde el propio ombligo, sino desde el del otro. Empatizar, tratar de habitar esa piel. Cuando viene una chica anoréxica a la consulta lo fácil sería decirle que está en los huesos, pero no es eso lo que ella ve. Su realidad está deformada y eso es de lo que hay que partir antes de juzgar. Cuando uno tiene una debilidad, cualquier cuestión puede ser un resorte, algo que nos lleve a un estado de deformidad. Se le puede dar un exceso de importancia a cualquier cosa, dependiendo de la situación en la que uno se halle. Hay situaciones que, siendo las mismas, llevan a una persona a la depresión y, otras, lo sobrellevan y lo superan. Ante el estrés, una persona puede reaccionar teniendo un ataque de ansiedad, necesitando incluso una baja médica; en cambio para otro, puede ser un acicate y volverle más productivo, ayudarle a superarse. ¿Qué hace que cada uno reaccionemos de forma distinta? Pues no se sabe, el cerebro es el gran desconocido, solo digo que no os cerréis a ninguna opción, porque ninguna razón es baladí. Cuando hay una enfermedad latente cualquier cosa puede encender la chispa y que esa dolencia se desarrolle.

—De acuerdo. doctora, nos ha ayudado mucho.

—Si no hay nada más que pueda hacer por vosotros…

—Podría decirnos si esa persona tiene un historial psiquiátrico…

—Por supuesto, con la debida orden judicial.

—La tendrá.

—Perfecto, hablaremos entonces.

—Muchas gracias por su tiempo.

—Un placer charlar con vosotros. Que tengáis mucha suerte.

La llamada se cortó y aún estuvieron un minuto callados, asimilando las palabras de la profesional.

—Total —dijo Blanca con voz de hastío—, que Sara entra en la ecuación.

—Habrá que investigarla, efectivamente.

—Como si no tuviéramos bastante ya con los socios y los clientes de Miguel… Eso nos está trayendo de cabeza, es mucho trabajo y no le vemos los frutos.

—Lo sé, Blanca, pero sabes que no podíamos renunciar a nada. Cuando no se tienen pistas hay que buscarlas donde sea. Debajo de las piedras, si es menester.

—Sí, Javier, perdona. Todos estamos frustrados. Tres cadáveres, un montón de teorías, pero nada tangible. Es brutal que haya tenido tanta suerte. Por muy inteligente, cerebral y metódico que sea, le ha acompañado la suerte.

—Sin duda —dijo Adrián.

—¿Qué hacemos ahora, jefe? —preguntó Valeria.

—Bueno, necesito unos días para leerme los informes sobre los investigados en relación con Miguel. Si hay algo digno de mención, lo rastrearemos. Respecto a Sara… Tendríamos que vigilar a esa familia, a toda. El hijo mayor no vive con ellos, por lo que debe estar menos influenciado. Toni tiene una conexión evidente con dos de las víctimas. El marido, la mujer, el hijo… Las muñecas. Todo en esa casa apesta.

—Pero ahora hay que atraparlos.

—Sí, hay que buscar un traspiés.

—Yo te ayudaré con los informes de los socios de Miguel —se ofreció Valeria—. Iremos más deprisa.

—Te lo agradezco. Los demás volved a repasarlo todo, busquemos otro punto de vista.

—¿No vamos a ponerles vigilancia? —preguntó Adrián.

—Lo veo complicado, se necesitan muchos efectivos para vigilarlos, y tenemos a todo el mundo *a full*, a los de esta comisaría y a los de la de Candanedo. No sé qué me dirá el comisario. Creo que me mandará a hacer gárgaras…

—Bueno, este caso es su máxima prioridad y además también es personal para él. Debes intentarlo.

—Voy.



Javier entró en el despacho del comisario Piedrahita y reprodujo la conversación que habían tenido en la sala de reuniones. Al comisario le habría gustado asistir, pero tenía trabajo administrativo que le requería. Soltó un largo silbido de sorpresa cuando se enteró de lo de las muñecas. De repente toda aquella familia parecía siniestra.

—Me dan repelús —le dijo a Martín—. No las soporto. Entiendo que es un artículo de coleccionista como cualquier otro, a mi suegra le encantaban, ¿sabe? Tenía unas cuantas dispersas entre en salón y los dormitorios. Yo cada vez que iba a su casa a dormir las sacaba al pasillo, no podía conciliar el sueño con ellas dentro. En fin… ¿Qué va a hacer con eso Javier?

—No hemos interrogado a Sara, eso es cierto, me parece un argumento muy endeble por el que preguntar, no creo que merezca la pena hacerlo. Sin embargo, hay algo en esa familia que no me gusta. Ella oculta cosas, nos oculta cosas.

—Igual es solo que no le cae bien.

—No lo sé. A veces pienso que estoy tan saturado de esta investigación que ya no veo nada sino lo que quiero ver. Pero la verdad es que no me había fijado en ese detalle, el de las muñecas, fue Valeria, la que al salir me lo dijo.

—Es una buena inspectora, esa Jara… Ojalá no la perdamos.

—Sí que lo es. Creo que lo mejor sería tenerlos vigilados, seguir sus movimientos.

—Eso lleva mucho personal detrás y permisos. No puedo ir y decir: hay una señora que tiene muñecas de porcelana, vigilémosla… Ya de paso, vigilemos a todas las mujeres que tengan muñecas en casa.

—No es eso, comisario. Pero le entiendo. ¿Y si le pido solo que las patrullas de seguridad ciudadana les echen un ojo? Distribuyamos la foto y que les tengan un poco localizados, aunque no sea exhaustivo.

—Vale, Martín, eso podemos hacerlo. Salga ahí, consígame algo más sólido y pediremos una orden de entrada y registro de esa casa. Pero por menos de nada, no lo podemos hacer.

—Otra cosa, comisario, ahora que comenta lo de las órdenes… Como sabe, ha estado presente en parte de la reunión la doctora Vargas, la directora del centro psiquiátrico y que nos ha ayudado ya en varias ocasiones en este caso.

—Sí.

—Le sugerí que nos dijera si Sara tenía un historial psiquiátrico y me dijo que con la debida orden.

—Humm… Lo intentaré, pero ni siquiera es una investigada en este caso. No hay mucho a lo que acogerse para pedirla, nos dirán que no.

—Ya, probablemente nos digan que no, pero sería una prueba que sustentaría nuestra teoría.

—Tiene que haber otras. Todo deja un rastro, Martín. Encuéntrelo.

23

EL HIJO

El resto de la semana lo pasaron leyendo informes y descartando sospechosos. No les parecía que ninguno tuviera un motivo de peso para iniciar aquella venganza. Cruzaron datos con gente que pudiera haber conocido Ángela en el pasado, mismo pueblo, mismos ambientes, pero tampoco extrajeron grandes conclusiones. De nuevo se topaban con el hecho de que no había pruebas físicas. Desanimados, el viernes decidieron ir a tomar algo para ver si, en un ambiente algo más distendido, se les ocurrían nuevas ideas. Aquel fin de semana sería fin de año y, de alguna manera, también los compañeros querían celebrarlo.

Se reunieron alrededor de una mesa con cervezas en la mano y pidieron también algo de comer. Estaban cansados y desanimados, lo único positivo que veían era que no habían matado a ninguna chica más.

—La vigilancia está dando sus frutos —dijo Javier.

—Desde luego, pero no creo que pare, por eso estoy convencida de que la próxima vez le cogeremos.

—¿Dónde está Adrián?

—Había quedado con alguien, creo que tiene novia nueva.

—Ese no para —todos rieron—. ¿Qué vigilancia?

—Conseguí que las dos nietas de Ángela estén vigiladas las veinticuatro horas. No sé cuánto podré alargar la medida, pero por ahora, ahí está.

—No nos habías comentado nada.

—No, lo siento, son muchas cosas. También os digo que se está haciendo en el máximo secretismo para que no haya filtraciones, así que qué no salga de aquí.

—Claro, no te preocupes por eso.

—Todavía no entiendo cómo no pensamos en muñecas.

—Da igual, Blanca, aunque lo hubiéramos pensado no habría servido de nada, la investigación no habría variado mucho. Niñas, muñecas… Tienen un perfil similar. El punto de inflexión ha sido verlas en la casa de Sara.

—Sí, sin duda. Pero tampoco sabemos qué hacer muy bien con ese dato.

Siguieron comiendo y dando vueltas a lo mismo una y otra vez, repasando sospechosos, motivos, conexiones, coincidieron en que habían avanzado mucho, habían conseguido conectar los cadáveres, saber qué las unía. Aquello había sido complicado, pero lo habían resuelto gracias a la tenacidad de Valeria.

—El problema también es que no sigue ningún patrón temporal para matarlas.

—Suele ser el fin de semana, viernes o sábado. Y por ahora va a uno por mes.

—Sí, pero puede que sea cualquier fin de semana. Este por ejemplo… No lo sabemos.

—Si se acerca alguien a Ana o a Alicia lo sabremos, somos sus sombras. Todo irá bien. Creo que vamos a abandonar la línea de investigación que relaciona al asesino con Miguel porque no nos está llevando a nada y ya hemos gastado muchos recursos y tiempo con eso. Cargad las pilas este fin de semana, el lunes volveremos a repasarlo todo otra vez.

—Javier, cuanto más leo, menos sé. Estamos saturados de información, yo ya no sé qué mirar.

—Tiene que haber algo que nos haya pasado desapercibido hasta ahora. Un objeto en el lugar de los crímenes, no lo sé, algo así. Sé que es difícil, pero tenemos que hacer una labor de abstracción. Olvidarnos de todo lo que suponemos y volver a hacer conjeturas. Las que teníamos hasta ahora no nos valen.

—Lo intentaremos. Vamos a pedir otra ronda, anda, que me he quedado seco.

Casi sin darse cuenta fueron pasando a otros temas de conversación. Lo agradecieron porque el caso les estaba saturando. Entre risas y anécdotas pasaron la velada.



El lunes aparecieron por comisaría como con un gotero. Casi sin decirse nada iban pasando los días sin que el caso avanzase un ápice.

El martes tres de enero, cuando Blanca llegó, vio un sobre marrón de papel de cera de tamaño folio encima de su mesa. Lo abrió con fruición porque intuía

que eran las fotografías que había enviado para que le quitaran el ruido y las revelasen a un mayor tamaño. Así era.

Estuvo examinándolas un buen rato, con cuidado, escrupulosamente, tratando de identificar, uno a uno, a todos los que aparecían en las fotografías. Había fotos de los lugares donde se habían encontrado los cadáveres, de la gente que se había agolpado curioseando, morbosos, y de los entierros de las chicas. De repente, a media tarde, dio con algo.

Se levantó de la silla de un respingo y salió casi corriendo en busca de Javier, que estaba en su despacho, con las fotos en la mano.

—¿Puedo pasar, jefe?

—Claro, Blanca, ¿qué ocurre?

—No te lo vas a creer, pero he encontrado algo, algo sorprendente.

—¡Dímelo ya, mujer! —casi gritó.

—Ayer le pedí a los chicos de informática que intentaran hacer más nítidas las fotografías y las ampliaran, y me he puesto con ellas otra vez. He mirado las caras una a una y he intentado ponerles nombre a todos. A los que no lo tenían, una pequeña descripción física, por si alguien se me asemejaba en otra instantánea.

Le tendió las tres fotos encima de la mesa y prosiguió.

—Mira, estas son fotos de los entierros de las chicas, este es el de Patricia, este el de Helena, ¿ves? Aquí he hecho una lista de todos los presentes que se repiten.

Le tendió sendos folios y los colocó bajo las fotografías.

—Creíamos que en el de Fátima no había nadie que conocieran las otras dos chicas, pero mira bien este rostro de aquí, Javier.

Javier Martín escrutó la fotografía intentando encontrar una semejanza con alguien que conociera. Tras unos segundos exclamó:

—¡Me cago en la mar! ¡Es Alberto!



Alberto había aparecido en una de las fotos del entierro de Fátima. Era increíble que no se hubieran dado cuenta antes. Sin duda obedecía a que el rostro aparecía cortado y con muy poca nitidez, pero al haber ampliado la

imagen y limpiado, de repente Blanca se había dado cuenta, había percibido al chico como por arte de magia. Aquello lo cambiaba todo.

Javier le dio las gracias a Blanca y la felicitó con entusiasmo, pero fue a buscar a Valeria para ver a Alberto. A Blanca le molestó aquello, sin embargo, se resignó, entendía la cadena de mando.

—¡Valeria, vamos! —gritó Javier casi saliendo ya de la oficina.

—Pero ¿qué pasa?

—Vamos, te lo explico de camino.

Se subieron en el coche, Javier al volante. Mientras conducía le explicó a Valeria el descubrimiento de la compañera.

—¡No me lo puedo creer!

—Hemos tardado mucho en darnos cuenta, tres cadáveres, ni más ni menos, pero ya estamos en la pista, ahora sí que lo tenemos.

Entraron corriendo al club de tenis. Iban directos a las pistas, sin preguntar, cuando Javier se giró hacia la recepción.

—¿Está Alberto, el profesor?

—No, hoy ya ha acabado las clases, no está aquí.

Se pararon en seco y se acercaron presurosos a la recepcionista.

—Su dirección. ¡Rápido!

La chica no se cuestionó la orden ni la protección de datos, tecleó unos segundos y les dio una calle y un número.

Volvieron a correr hacia el coche y se pusieron en marcha hasta llegar al lugar indicado.

Allí, Javier, estacionando en cualquier sitio de cualquier manera, bajó del coche, seguido de Valeria y llamó al timbre. No contestó nadie.

—¡Mierda! ¿Dónde se habrá metido?

—Tranquilízate Javier, es imposible que sepa que estamos sobre su pista, que venimos a por él. Habrá salido a cualquier sitio, vamos a esperar, seguro que aparece tarde o temprano.

Se subieron al coche de nuevo y buscaron un sitio donde poder aparcar y esperarlo. Mientras pasaban los minutos charlaban animadamente, contentos por el hallazgo, preparando el interrogatorio posterior. Cuando llevaban aproximadamente media hora sonó el teléfono de Javier.

—Jefe —dijo Blanca—, hay una cosa que no habíamos hecho hasta ahora, porque nunca lo consideramos necesario, ya que nunca fue realmente sospechoso…

—Dime, Blanca.

—Cuando apareció aquella conversación de Patricia, lo identificamos, fuiste a verlo a las pistas y dimos la cuestión por zanjada, así que no profundizamos. Sin embargo, ahora la cosa ha tomado otro cariz, así que he estado haciendo una ficha… Y no vas a creer su filiación.

No fue necesario que Blanca dijera nada más. Javier gritó dándose un golpe en la frente.

—Alberto García. Se trata del hijo mayor de Sara y José Antonio, ¿verdad?

—Así es.

—¡Me cago en mi puta vida! Pero ¿cómo hemos estado tan ciegos?

Valeria lo miraba con cara de incredulidad. Cuando Javier colgó el teléfono, le dijo:

—Vamos a casa de Sara y José Antonio, a lo mejor está allí.

—¡Vamos! Si no está, volveremos.

Mientras se dirigían a aquel nuevo destino, Javier avisó por radio a todas las patrullas dando la descripción del sujeto. No se les podía escapar.

Llegaron a la casa de Sara y prácticamente saltaron del coche para aporrear la puerta del adosado. Les abrió la dueña de la casa.

—Hola inspectores, ¿qué se les ofrece?

—¿Está aquí su hijo Alberto?

—¿Alberto? Si… Aquí está… ¿Qué quieren de él?

Los policías no le respondieron, sino que entraron en la casa sin pedir permiso y se abalanzaron encima del chico que estaba sentado con su hermano y su padre a la mesa, cenando.

—Alberto, queda usted detenido por los asesinatos de Fátima, Patricia y Helena. Tiene derecho a permanecer en silencio. Tiene derecho a consultar a un abogado y a tenerlo presente cuando sea interrogado por la policía. Si no puede pagarlo, se le asignará uno de oficio.

Mientras decían esto, Javier sujetaba al hombre y Valeria lo esposaba ante la estupefacción de toda la familia. Alberto, azorado, se dejaba hacer sin oponer ninguna resistencia.

Lo subieron en la parte trasera del coche y se dirigieron a comisaría. Les quedaba un extenso interrogatorio por delante. Sería una noche larga, así que, tras dejarlo con los compañeros que debían tomarle las huellas y los datos para el registro de antecedentes, se dirigieron al office y se prepararon un café.

Al cabo de unos quince minutos apareció Blanca por la puerta y les dijo que el abogado de oficio tardaría algo más de dos horas porque estaba prestando asistencia a otro detenido en otra comisaría.

—Os da tiempo a cenar algo —dijo.

—Ok, Blanca, vente con nosotros. Imagino que querrás estar presente en el interrogatorio, ¿no? ¿O me equivoco? —le preguntó Javier con una sonrisa irónica.

Blanca asintió con alegría, se notaba a la legua lo contenta que estaba por esa prerrogativa del jefe hacia ella. Lo merecía, lo tenía claro, pero no cualquier superior le habría permitido aquello. Sin duda, se le había pasado el mosqueo.

24

NIÑEZ

El niño se aferra a las piernas del padre.

—No te vayas.

—Tengo que ir a trabajar, hijo, ya lo sabes.

—Por favor, quédate.

—Esta noche te llevaré a la cama y te leeré un cuento antes de dormir, ¿vale? Te lo prometo.

Se va. El niño se queda solo. Solo no, peor que solo. Desamparado. A su merced.

Se va a su habitación y cierra la puerta, coge un coche de color azul y juega con él. Juega a que se sube al coche con su padre y se van de casa. No le gusta quedarse en casa solo, solo con ella.

No pasa nada durante los primeros diez minutos y el niño se relaja. Tal vez hoy no va a ocurrir nada. Quizá esté durmiendo. A lo mejor no se ha enterado de que su marido se ha ido. Pronto esas esperanzas se desvanecen, tan pronto como oye su voz como un arrullo melodioso. Va a suceder otra vez, va a volver a hacerlo y no hay nadie en casa que lo salve de ella. Su propia madre.

—¿Dónde estás, cariño?

Nota que la voz se acerca cada vez más. Oye como tocan el pomo de la puerta de su cuarto, como lo giran. Oye la puerta abrirse, aunque las bisagras están engrasadas y realmente no hacen ruido.

Ignora la voz que lo llama, cierra los ojos esperando que sea una pesadilla. No lo es.

Un manotazo le arranca el coche de las manos. Cae al suelo con estrépito. Ella hace una mueca de desagrado, lo toma de la mano y se lo lleva a su habitación. Cierra la puerta, por si el marido volviera. Toma precauciones, aunque sabe que tiene tiempo de sobras para jugar.

—Mi dulce corazoncito, ven aquí —casi susurra. Coje a su hijo y lo abraza fuerte, le acaricia el pelo. Lo mira a los ojos unos segundos interminables. Cuando lo mira así, le da miedo.

Ella no lo ve a él realmente, está en su propia fantasía, su mundo.

Empieza a desnudarlo. Le quita primero el jersey, después la camiseta. Lo sienta en la cama, le quita los zapatos, los pantalones y los calzoncillos. Lo último, los calcetines. Lo deja completamente desnudo y pone una mueca de disgusto, hay algo ahí que no debería estar. Aun en su delirio, lo nota, y le repugna. Pero pronto podrá ignorarlo. Coge la ropa. No la que acaba de tirar encima de la cama, sino otra primorosamente doblada que guarda en una caja en su armario. La dispone encima de la colcha y empieza su ritual. Coge de nuevo al niño y le pone, con ademanes lentos y cuidadosos, un viejo vestido de color rosa que guarda de cuando era niña. Tiene un cuerpo con lentejuelas y una falda corta que imita el vuelo con un cancán.

—Preciosa, mi niña —dice—. Más preciosa que nunca. Cómo me gusta vestirte y jugar a princesas… Vamos, ven.

Acto seguido empieza a peinarlo con un cepillo. Lo hace con mimo, desenredando cada mechón del largo pelo.

El niño lo odia. Odia a su madre. Odia quedarse a solas con ella. Odia sentirse impotente, ser más débil que ella. Pero no hace nada, se somete. Actúa como un autómata, hace y dice lo que la mujer quiere.

Cuando todo empezó, se resistía. Se revolvía e intentaba zafarse de sus garras de loca, pero pronto aprendió que de nada servía, pues al final, la madre se salía con la suya y él se llevaba unos cuantos golpes, tantos como hicieran falta.

Cuando termina de cepillar la melena, la divide en dos partes, le pone una a cada lado de la cara y empieza a trenzar. Al acabar su obra la contempla satisfecha: dos trenzas perfectas enmarcando la cara de su niña. “Esperanza”, la llama. “Mi pequeña, ven aquí, que precioso tienes el pelo, qué guapa estás con esas trenzas”. Le coge las manos, la besa en las mejillas, la abraza de nuevo. Llora.

El niño no entiende nada. No entiende que hace allí con un vestido de niña de color rosa, no sabe por qué su madre llora.

No importa, se dice, en unas horas acabará todo. Hasta la próxima vez. Se estremece.

—Ven, mi cielo, ven. Vamos a jugar a maquilladoras, eso os encanta a las niñas, ¿quieres que te pinte como mamá? Claro que quieres…

La sienta en una silla y coge una sombra de ojos y un pincel. Le pone el pigmento con cuidado. Cuando se da por satisfecha coge una brocha y colorete.

Después le dibuja los labios con una barra de color rojo.

—Mírate —dice apartándose para que se vea en el espejo de la cómoda—. Estás guapísima. Perfecta.

El niño se mira y se aborrece. Quiere gritar, quiere acabar con aquello de una vez por todas, pero no se lo puede decir a nadie. Porque ella le ha dicho muchas veces que su papá no le creerá, que creerá que lo hace gustoso, que es él quien se lo pide a ella. Le dará la vuelta y su padre ya no jugará con él a fútbol, ni a coches, ni a pelea. No harán nunca nada más de todo aquello que le gusta y esa posibilidad le da miedo, porque si pierde a su padre, ya no le quedará nada.

La madre le tiende la única muñeca de su infancia que aún conserva y le propone jugar. Él accede, no tiene más opción.

Cantan canciones de cuna mientras arrullan al bebé de plástico. Tienen conversaciones de pañales y de ropa. Luego, simulan que le dan de comer.

Desde fuera aquella escena habría sido de lo más normal, una madre y su hija jugando a mamás, pasando un rato juntas. El único problema es que la criatura que juega con ella no es su hija. Es un niño.

Después la madre decide jugar a peluqueras. Coge la muñeca y le trenza el pelo.

—¿Ves? Es como tú… Tan bonita… Una muñequita linda…

Le sugiere a su hija que trence también el pelo de la muñeca. El niño lo hace. Luego le dice que la maquille, como está haciendo ella. El niño lo hace también.

Pasan así la tarde, entre juegos y risas. Esa capacidad de ella para cambiar de humor lo asusta. No sabe a qué atenerse, no la entiende.

—Me encantan estos momentos contigo, cariño, mi preciosa niñita. Lo pasamos tan bien, jugando, poniéndonos guapas…

El niño calla.

Al cabo de un rato la madre se cansa. Empieza a desvestirlo. Guarda la ropa de niña y lo deja desnudo. Está agotada, quiere dormir.

El chiquillo, sin decir nada coge su ropa, se va a su habitación y se viste solo. Luego en el cuarto de baño se desmaquilla. Al cabo de un buen rato la madre aparece por la puerta de la habitación.

—Voy a hacer la cena, baja en treinta minutos —le dice, como si el pequeño supiera computar el tiempo, como si entendiera las manecillas de un reloj.

Cuando se queda solo, en la intimidad de su habitación, tumbado en la cama, llora. Ahora le toca a él, de pura rabia, de impotencia.

Se siente pequeño, se siente abandonado.

Al cabo de un rato oye a su madre llamarlo por su nombre de pila. Por el suyo, no por ese que le da escalofríos.

Baja al comedor y ve que ya ha llegado su padre, se tira a él y le da un fuerte abrazo, se siente un poco menos solo.

Cenan en silencio también, ninguno parece tener demasiadas ganas de hablar. El hombre intenta iniciar una conversación con su hijo.

—¿Cómo te ha ido la tarde, hijo? ¿Qué has estado haciendo?

—Jugar a coches —responde lacónico. Luego ya no dice nada más, y sigue metiéndose trozos de pescado en la boca, hasta que termina y pide permiso para volver a su habitación.

—Claro, ve. Ahora voy yo y te leo un cuento.

Al cabo de poco tiempo llega el padre a la habitación. Él ya se ha puesto el pijama y se ha metido en la cama.

—¿Qué cuento quieres que te explique hoy?

—Uno de piratas, papá. Uno donde digan "al abordaje" y luchen con espadas y se lleven el tesoro.

—¿Y a la chica en apuros? —ríe el padre.

—No. Las chicas no van en barcos piratas. Eso es solo para chicos.

El padre le cuenta la misma historia de todas las noches. Una que inventó para su hijo. A veces quiere un cuento sobre carreras de coches. En otras ocasiones, sobre un partido de fútbol. Casi siempre el de piratas.

Cuando termina de narrar, el chico aún no se ha dormido. Le besa en la frente y lo arropa.

—Buenas noches, hijo, a dormir.

—Papá, quédate hasta que me duerma, por favor.

—Está bien.

El padre se queda hasta que le vence el sueño, luego se va a su propio dormitorio, se pone el pijama y se acuesta. Está satisfecho con su vida. Tiene un hijo sano y una mujer perfecta a la que adora. Hacía poco habían pasado por una mala racha, pero ahora todo iba bien en su casa.

25

INTERROGATORIO

Esperaron alrededor de una hora mientras el abogado de oficio hablaba a solas con su cliente, se iba a hacer muy tarde, pero estaban animados, por fin el caso empezaba a moverse. De hecho, ni Fran, ni Adrián, ni, por supuesto, el comisario, quisieron irse a casa hasta ver cómo continuaba todo aquello.

El abogado salió de la sala y mantuvo una breve charla con Javier, se conocían de otras ocasiones, por lo que no estaba exenta de cierta confianza.

—Va a hablar —le comentó con pesadumbre—, ya sabes que le he dicho que no declare. Siempre lo aconsejo, pero en este caso aún más, pues todo lo que tenéis es meramente circunstancial… Sin embargo, dice que quiere explicarse. No puedo con este tipo de clientes que hacen oídos sordos al consejo de un profesional.

—Eso significa que quiere su minuto de gloria.

—O que es inocente y confía en la justicia.

Ambos rieron.

—Está bien, danos un minuto y entramos.

—Anda, dame diez, no he comido nada, he venido volando de una comisaría a otra y estoy hambriento.

—Vale, vale, no te preocupes, vete al bar de enfrente y come algo, pero no te despistes, en diez minutos aquí. Si es posible, esta noche me gustaría dormir algo…

—Y a mí, ¡no te jode!

Mientras el abogado se alejaba rumbo al bar, Javier se reunió de nuevo con sus compañeros. Para empezar, entrarían Blanca y él. La chica estaba tan emocionada que no podía disimularlo. No solo le iban a dejar presenciar el interrogatorio, sino que le iban a dejar llevarlo.

Una vez estuvieron todos a punto entraron en la sala donde les esperaba un Alberto cabizbajo y derrotado. Para ese entonces toda la familia del muchacho se había desplazado a la comisaría exigiendo unos derechos que ignoraban si realmente tenían. Le pidieron al abogado de oficio que lidiara con ellos porque

los policías de lo único que tenían ganas cada vez que se acercaban a los padres era de detenerlos también.

—Buenas noches de nuevo, Alberto. Nos vemos las caras otra vez.

El chico no dijo nada.

—Hemos descubierto algo muy interesante, verá… Aquí la agente ha pasado más horas de las que puedo contar repasando las pruebas de los tres casos… Y adivine qué ha encontrado: ¡a usted!

—¿A mí?

—Así es —afirmó Blanca—. No nos extrañó verlo en los entierros de Patricia y Helena, al fin y al cabo, usted las conocía a ambas y formaba parte del club de tenis al que estaban tan vinculadas, sin embargo, su presencia en el entierro de Fátima… Eso sí le va a costar más explicarlo. Pero inténtelo —le retó—. ¿Qué hacía usted allí?

—Fátima era mi sobrina.

La afirmación del muchacho, tan diáfana, tan directa, les sorprendió a ambos. Desde luego lo sabían, pero si esa era la razón del asesinato, los vínculos familiares, no era lógico que el interrogado se mostrara abiertamente.

—¿Su sobrina?

A Blanca le gustaba soltar el carrete y ver hasta donde llegaba el pez antes de sacarlo del agua, ese era su estilo.

—Así es. La madre de Fátima es hija de mi padre, una hija que tuvo con otra mujer antes de casarse con mi madre.

—¿Y cómo lo sabe usted? ¿Se lo dijo su padre?

—No. Mi padre no me lo dijo, creo que mi madre no sabe de su existencia. Fátima era mayor que yo, pero durante un tiempo frecuentamos los mismos locales de ocio. Ahora creo que fue intencionado, porque ella siempre me miró mucho, desde el primer momento. No quiero sonar pretencioso, pero estoy acostumbrado a que las mujeres me miren, lo hacen tanto los adolescentes como sus madres… No le di importancia hasta que me abordó. "Hola tío" me dijo y yo le dije "¿Qué pasa, tía?" Como de broma, porque no es una expresión que yo use, pero entonces me respondió: "Yo no soy tu tía, pero tú si eres mi tío, ¿no eres el hijo de José Antonio?". Comprenderán que aquello me dejara de piedra, una completa desconocida me decía aquello y nombraba, por su nombre de pila, a mi padre. Nos sentamos en una mesa del bar y me contó la historia.

—Y la contrastó con su padre, claro —afirmó Blanca. Javier pensó que, si era así, ya habrían cogido al padre en su primera mentira.

—Pues lo cierto es que no. Verá, ¿cómo llega uno a casa y le pregunta a su padre si tiene una hija y una nieta de la que el resto de la familia no sabe nada? No me atreví, no supe cómo.

—Sin embargo, la creyó.

—La creí porque me enseñó una fotografía de un hombre con una niña y otra de un hombre con una chica joven y un bebé. El bebé, según me dijo era ella misma. El hombre, aunque sean fotos antiguas y haya pasado mucho tiempo, es claramente mi padre.

—¿Se lo dijo a su madre?

—¡No, claro que no! —gritó con una mueca de desconcierto—¿Están locos? –luego reflexionó lo que acababa de decir—. Disculpen, disculpen, han sido los nervios. Lo que quiero decir es ¿qué necesidad tenía de hacerle daño a mi madre? Si no lo sabía, aquello podía afectarle mucho; si lo sabía y había decidido mantenerlo en secreto junto con mi padre, estaban en su derecho. Ni siquiera se lo dije a Toni. No se lo dije a nadie, pero a mi madre menos. Mi madre siempre ha tenido una tendencia melancólica, ¿entiende? Lo último que haría es turbarla con algo así. Siempre he creído que a veces ignorar es mejor que saber y este, sin duda, es uno de estos casos.

—¿Qué relación mantuvo con Fátima desde entonces?

—Si les digo la verdad, poca. Nos vimos un par de veces, me contó su vida, yo la nuestra. Estaba contenta porque habíamos conectado. Creo que se sentía sola y que yo era para ella la familia de la que carecía. Tenía a su madre, a la que adoraba, pero no tenía hermanos ni ningún otro pariente. Sus abuelos habían muerto. Me cayó muy bien, en esas pocas ocasiones que quedamos le cogí cariño. Teníamos muchas cosas en común, incluso la invité a ver algún partido.

—¿Y llegó a ir?

—Si, vino un par de veces, no más.

—¿Porqué? ¿Se enfadaron? ¿Discutieron?

—Porque la mataron, agente.

La rotundidad de la afirmación los dejó callados unos instantes.

—¿Por qué no nos había dicho nada antes?

—No me lo preguntaron. Tampoco sabía que pudiera ser importante.

A continuación, las preguntas y el tono se endurecieron un poco.

—Díganos qué son las muñecas.

Alberto los miró sorprendido.

—No la entiendo.

—Me entiendes de sobra, las vistes de muñecas, ¿por qué?

—Yo no he vestido a nadie, yo no he hecho nada —el tono era casi de súplica.

—Vamos a ver, te hemos pillado, tu madre tiene la casa llena de muñecas… ¿Por qué las vistes? ¿Por qué a ellas?

El hombre no contestó. El abogado parecía incómodo.

—¿Qué opina tu madre sobre las muñecas?

—¿Mi madre? No sé, le gustan, las colecciona… Siempre las he visto en mi casa, a veces las coge, las peina, las viste… Pero la mayoría del tiempo son una decoración.

—Tu madre siempre quiso tener niñas, ¿no?

—No lo sé, agente, supongo que sí… Pero siempre nos ha querido mucho a Toni y a mí.

—Sí, sí, estoy segura, pero cuando se enteró de que tu padre sí tenía una hija entró en cólera. Te lo reprochó. ¿Qué te dijo?

—Nada, no me dijo nada, ella no sabe nada de nada, no sabe de Fátima ni de su madre, se lo acabo de explicar —Alberto nervioso subió el tono.

—¿Odias a tu madre? ¿Odias a tu padre por tener una familia anterior?

—Yo no odio a nadie, son mis padres —Alberto se debatía entre gritar o llorar.

—Tu madre te recriminó que no fueras una niña, no lo pudo soportar… Y decidió matar a la nieta de tu padre y disfrazarla de muñequita de porcelana, para que distinguiera su sello, para que lo reconociese.

—Pero ¿qué dice?

—¡Y tú la ayudaste! ¿Las mataste tú? ¡Confiesa!

El chico se derrumbó y el abogado intervino.

—Esas preguntas sobre la madre no proceden, si quieren interrogar a la madre, o detenerla, háganlo, él no es su madre. No tiene nada que ver en esto.

—Aquí procede lo que yo diga —espetó Javier protegiendo a Blanca.

Sin embargo, tomó el relevo y varió las preguntas, porque por ahí no estaban llegando a nada. Pasado un buen rato, le expusieron fotografías de los tres asesinatos. Se las plantaron delante, una a una, sobre la mesa, mostrando toda su crudeza, mientras se fijaban atentamente en la comunicación no verbal del detenido, en sus gestos y expresiones.

Alberto casi no pudo mirar las fotografías y se puso a llorar cuando vio la de Patricia. No había visto nunca el aspecto de su novia una vez muerta y aquello le impactó tanto que no pudo contener los sollozos.

—Alberto, ¿qué ve aquí?

Él no contestó.

—Le diré lo que veo yo: Tres chicas inocentes a las que les han robado la vida sin ningún motivo. Eran jóvenes y con un futuro prometedor y, de repente, a alguien le da por sesgarles la vida y convertirlas en seres inanimados e infantiles. ¿Sabe usted lo que es una figura femenina inanimada?

Silencio.

—Se lo diré yo: es una muñeca.

Más silencio.

—Imagínese nuestra sorpresa cuando nos enteramos de que entre ellas eran familia. Estaba claro que ahí residía la conexión… Luego damos con el abuelo de Fátima, y resulta que es su padre. Algo huele aquí a podrido, ¿verdad? Y para colmo vemos que usted estaba presente en los tres entierros. Es el único que conocía a las tres, es el único que quiso el morbo de ver como las enterraban.

—¿Morbo? ¡Por Dios! —exclamó entre gemidos.

—Sí, morbo… Usted fue a regocijarse, a vanagloriarse de su acción, a cerciorarse de que estaban muertas. Su minuto de gloria.

—Yo no fui por eso. Fui porque las conocía, es lo que la gente hace, ¿sabe? Se despide de la gente que quiere, una de ellas era el amor de mi vida.

Haciendo caso omiso de la explicación, Javier continuó.

—Y resulta que vamos a su casa de toda la vida y está llena de muñecas, muñecas de porcelana, muñequitas como las que usted imita al matar…

Al ver que no surtía efecto se puso en tono conciliador.

—Podría llegar a entenderlo, ¿sabe? Debió ser muy duro crecer en su casa, bajo el manto de una madre que no le quería, que le repudiaba por ser varón. Una madre que solo atendía a sus muñecas. Una madre que le ignoraba y un padre demasiado mayor como para encargarse de usted, de jugar con usted. Sí, lo entiendo. Cuéntemelo y acabemos con esto de una vez.

—No sabe usted lo que dice.

Siguieron así unos minutos más pero cuando vio claro que no iba a confesar, no aquella noche, le conminó a que dijera dónde y con quién había estado el día de cada asesinato. Para Patricia su coartada era endeble, de hecho, inexistente.

Para el asesinato de Fátima resultó que su coartada era Patricia. Mal asunto, pensó Javier, ya no tiene testigo. Por último, quisieron situarlo durante el secuestro de Helena. Les dijo que los viernes por la tarde no tenía entrenos y que solía pasarlos con Patricia. Como ella ya no estaba, había estado solo en su casa.

—La cosa se le complica mucho Alberto. Se va a quedar usted aquí esta noche. Y cuando acabemos el atestado lo pondremos a disposición judicial, pero no se haga ilusiones. La cosa pinta a que es usted carne de presidio.

El chico se puso a llorar más fuerte, se le veía desesperado. A ninguno de los dos les dio pena.



—Es duro el chico, no habéis conseguido que confiese.

—Era previsible. Si es frío, calculador, inteligente, no será fácil arrancarle una confesión. Tal vez un par de noches aquí le desanimen y baje la guardia, no sería la primera vez. Quizá su arrogancia le haga cometer un fallo. Mañana a primera hora le volveremos a interrogar. Voy a redactar el atestado.

—No, Javier, váyase a casa, es muy tarde. Tenemos hasta setenta y dos horas para tenerlo a nuestra disposición y parece claro que tendremos que agotarlas. No importa, para eso están. váyase a dormir y no venga mañana antes de las nueve.



Tras dos días de ritmo frenético, de dormir poco y trabajar mucho, consiguieron tenerlo todo listo para el juez y pusieron a Alberto a disposición judicial por el asesinato de Patricia, Fátima y Helena. Alberto cambió de abogado, pero pudo hacer poco por él, ya que, aunque quizá todas las pruebas eran circunstanciales, tantas casualidades se hacían extrañas. Como mínimo, dignas de ser tenidas en cuenta. Por otra parte, la alarma social que suscitaba el caso tampoco lo ayudaba.

Se hizo una rueda de reconocimiento y el hombre que había visto el secuestro de Helena desde el balcón no fue capaz de identificar a Alberto, sin embargo, en comisaría, al enseñarle fotos suyas había comentado que podría perfectamente haber sido él. La misma mañana que le pusieron a disposición de

la juez se hizo una comparecencia de prisión, ya que tanto el fiscal como la acusación particular constituida en representación de las familias de Patricia y Helena, la pidieron. Les fue concedida y Alberto fue conducido esa misma tarde a una celda.

No en vano José, padre de la segunda víctima y tío de las demás, era fiscal. Por motivos evidentes no podía intervenir en el caso de forma personal, pero sus tentáculos eran largos. Cualquier compañero hubiera estado dispuesto a dar lo mejor de sí para castigar al asesino de los familiares del fiscal, por amistad o por admiración.

26

ALICIA

Alicia no se había dado cuenta de que la seguían. Desde que habían muerto sus dos primas no iba a ningún sitio excepto al instituto, pero no se había percatado del coche de paisano que la policía tenía apostado en la puerta de su casa y que, disimuladamente, la acompañaba a todas partes.

No tenía ganas de hacer nada. Se sentía muy triste y se le rompía el corazón cuando veía a sus tíos pasarlo tan mal. Su padre también estaba conmocionado y su madre estaba como loca, no la dejaba ni a sol ni a sombra.

Sus padres se separaron cuando ella y su hermano eran pequeños, pero habían conseguido tener una relación muy cordial por el bien de ambos. Todas aquellas desgracias que estaban asolando la familia de su padre habían sacado de quicio a Isabel, la madre, que poco menos que había exigido tenerlos en su casa, aunque no le correspondiera la guarda, porque no soportaba no tenerlos controlados.

Jaime, el padre, había cedido y se limitaba a visitarlos casi cada día de la semana y a hacer con ellos algo durante el fin de semana. Isabel estaba más tranquila así y él estaba tan roto que no tenía ganas de discutir. También tenía miedo, claro, de repente se veían amenazados por alguien sin rostro, una sombra que se escurría ante todos, fuerzas de seguridad incluidas.

Los policías que llevaban el caso de su sobrina le habían dado buena espina, le parecían profesionales coherentes y atentos. Su padre, Miguel, era un gran amigo del comisario y eso les daba cierta tranquilidad porque suponían una implicación tal vez más profunda que con otros homicidios, pero daba igual, no había servido de nada.

Sin embargo, aquel viernes seis de enero, día de los Reyes, se habían ido a comer con una gran noticia, al parecer habían dado con el asesino de las chicas y estaba entre rejas.

Su identidad no estaba exenta de sorpresa y cierta polémica, cuanto más porque había trascendido a los medios que Patricia tenía una relación de amor con aquel muchacho. Cuando la familia había exigido al comisario que

aclarara aquel punto y pidiera la rectificación de dicha información, éste les había confirmado que era cierto.

A Jaime le parecía increíble que aquel chico al que conocían desde hacía tanto tiempo resultara ser un despiadado asesino, sin embargo, recordó que, en los casos de asesinatos, siempre salen vecinos asegurando que el agresor era encantador.

Tanto daba, la cuestión es que su familia tenía un respiro. Cierto alivio por pensar que al menos alguien iba a expiar las culpas. Eso les daba algo de consuelo. Ese fin de semana iba a estar solo otra vez, así que llamó a la mujer con la que se veía desde hacía un tiempo para pasar juntos la jornada.



En casa de Isabel, la ex mujer de Jaime, se respiraba tranquilidad desde que supieron que había un presunto culpable entre rejas. Para ellos no era presunto, el hecho de que se hubiera decretado prisión y todo lo que la policía les había dicho, así como el abogado de la familia, le daba ya un apelativo de culpabilidad de forma inconsciente. También por la necesidad de hallarlo y cerrar, de alguna manera, aquel ciclo tan desgraciado.

Debido a esa calma, un sábado a finales de enero, le sugirió a Alicia que no declinara la oferta de una de sus mejores amigas para ir a su casa.

—Te vendrá bien airearte y estar con tus amigas. Alicia, anda, no quiero verte siempre tan triste. Sé que es muy duro lo que ha pasado, pero, precisamente, lo que no tienes que hacer es encerrarte, sino apoyarte en tu gente y vivir, hija. Hay que vivir mientras se tiene vida.

Alicia, casi a regañadientes confirmó su presencia en la pequeña fiesta de aquella tarde.

Un par de horas antes de la cita, se enfundó unos pantalones y un jersey, unas bambas cómodas y, cuando estuvo arreglada, le pidió a su madre que la acercara a casa de la chica con la que había quedado. Isabel lo hizo encantada. Ver arreglarse a su hija ya era todo un avance. Ella misma estaba consternada por lo que había pasado, pero no podía permitir que su pequeña entrara en una depresión. Su deber, como madre, era animarla a salir adelante, a resurgir de su pena.

Se subieron al coche y condujeron hasta llegar al domicilio de destino.

—Pásalo bien. Llámame cuando acabéis y te paso a recoger.

—Vale, mamá, de acuerdo. Hasta luego —le dio un beso a su madre en la mejilla y se fue.

Alicia llamó al timbre de la puerta de su amiga y se reunió con los chicos que ya habían llegado. La anfitriona la condujo hacia el jardín y la invitó a entrar en una habitación separada del resto de la casa, en la que había dispuesto comida y bebida sobre una mesa. Siempre solían reunirse en aquel lugar, para no molestar a los padres, y para tener, por qué no decirlo, cierta intimidad.

Pasaron la tarde entretenidos con charla intrascendente, bromas y buen humor. Alicia se alegró de haber ido, porque le estaba viniendo bien abstraerse de todo lo que estaba sucediendo en su familia. Sus amigos tuvieron el buen gusto de no hacer comentarios delante de ella. Seguramente habían agotado los chascarrillos antes de su llegada. La chica lo agradeció y pronto se sintió cómoda junto con sus compañeros de clase. Se introdujo en las conversaciones como una más, disfrutando de la fiesta.

Alrededor de las ocho de la tarde dijo que se tenía que ir.

—Gracias, Verónica, por la fiesta, me ha venido muy bien.

Le dio un abrazo a su amiga y a los demás y se despidió de ellos.

—Verónica, ¿te importa que salga por la puerta del jardín? Me esperan en esta calle, así no tengo que dar la vuelta.

—No, para nada —dijo la chica.

Alicia se volvió a despedir con un gesto con la mano y abandonó el lugar.



Javier había discutido con su jefe sobre la vigilancia a las primas Álvarez. El comisario era partidario de, si no levantarla, aligerarla, pero Javier no estaba de acuerdo. Creía que tenían al culpable entre rejas, pero le parecía precipitado abandonar la cautela, así que, tras una tensa conversación, consiguió que el hombre se atuviera a razones. Decidieron, entre ambos, esperar al menos un par de semanas antes de dejar a las chicas solas de nuevo.



Ya la tengo. No sabía si iba a poder hacerlo. Sé que la vigilan. He tenido suerte. Ha salido por la puerta de atrás, como le he sugerido y hemos dado

esquinazo a esos polis. Qué ilusos, estoy seguro de que aún están apostados en la puerta esperando a que Alicia salga.

Me paro en las afueras de la urbanización y le pido que baje. Lo hace sin dudar. Le pido que abra el maletero y coja una chaqueta porque tengo frío. Lo hace también. Antes de que la saque le golpeo en la cabeza cuando está de espaldas. Un golpe bastante fuerte que la ha aturdido, pero no la ha matado. Eso me permite atarla con facilidad. Luego le tapo la boca y los ojos, como hago con todas.

Me cuesta un poco más de lo previsto llegar al campo debido al tráfico. Tendré que darme prisa en prepararlo todo.

Cuando lo tengo listo la saco del maletero a empujones, la ato al árbol de siempre. La pobrecilla no entiende nada, pero tampoco tengo tiempo ni ganas de explicárselo. Eso no entra en el plan.

La sitúo de espaldas, le acerco la pistola a la nuca y disparo. Ya está. Otro cuerpo sin vida. Ahora a esperar a que deje de brotar la maldita sangre. Me quedo hipnotizado, saboreando el momento. Para mi representa la vida que se escapa, la vida que yo he querido arrebatar. Era necesario. Es necesario el dolor que inflijo, pero también lo disfruto.

Después la visto y la maquillo. Es la parte que más me gusta, especialmente hacerles las trenzas. Las putas trenzas. Cuando acabo la vuelvo a meter en el maletero. Recojo todo en bolsas de basura y lo meto también atrás, con ella.

Mira qué hora es. Seguro que ya han dado la voz de alarma. Seguro que la madre ha denunciado la desaparición. No entenderán cómo ha sido posible, pero una vez más se demuestra que soy mucho más listo que ellos.

Está bien, lo admito, he tenido suerte. Si no hubiera podido ser hoy habría buscado otro momento, no tengo prisa. Pero todo se ha alineado para que suceda. Prueba de ello es que Alicia ya está muerta. Ahora viene una parte complicada también, deshacerme del cuerpo sin que me vean. Seguro que andan buscándola ya… No va a ser fácil, pero bueno, debo confiar en mi suerte una vez más. Creo que la dejaré en las afueras, quizá en un solar, algún sitio poco habitado. Se aleja de mi modo anterior de proceder, pero es más seguro.

Conduzco de prisa, pero sin rebasar los límites de velocidad. Llego a una de las entradas de la ciudad y tomo esa dirección. Invierno, noche cerrada, nadie por las calles. El ahorro energético hace que la zona esté poco

iluminada. Los comercios han cerrado, menos luz… Estoy en un barrio normal, un barrio pobre. Si encuentro el momento la soltaré aquí mismo. Me viene mejor aquí que buscar la periferia… Voy a dar una vuelta a ver si está despejado.

¡Mierda! La policía. Tranquilo, tranquilo, todo va a salir bien… Me dan el alto y me paro. Un agente se acerca a la ventanilla y me pide que la baje, aparento una tranquilidad que estoy lejos de sentir. No va a pasar nada, me identifico y listo. Efectivamente, en cuanto he enseñado mi identificación el semblante serio del policía ha cambiado, me ha deseado buenas noches y me ha franqueado el paso. Idiota, ni siquiera ha registrado la furgoneta. De repente me irrita esa ineptitud, aunque, claro, me ha salvado. No ha tomado nota del encuentro, como seguramente hace con todas las furgonetas que para, pero ya sabía que iba a ocurrir eso, mi credencial me ha abierto el camino.

Conduzco un poco más y veo que todo está despejado. Me paro, abro el maletero y la dejo allí mismo. Antes de irme me aseguro de dejarla boca arriba, bien colocada. Apenas me lleva unos segundos. Ya está, me voy. No me ha visto nadie. Eso creo.

Salgo rápido del barrio, de nuevo en la carretera. Voy al vertedero a ver si me deshago de todo este material. No me cruzo ningún policía durante el trayecto.

Dejo las bolsas en el cubo de siempre y me voy pitando. Conduzco hasta casa con cierto desasosiego, nunca he estado tan intranquilo. Siento la adrenalina, e, inquietantemente, me gusta la sensación. Ese agridulce es curioso, por un lado, temer, por el otro disfrutar… Ya está. Estoy en mi barrio. Voy a meter la furgoneta en el garaje. Todo está en silencio. Nadie asomado a las ventanas. Al menos eso creo.

Fantástico. Saco la llave y entro en casa. Nadie me espera en ella. Disfruto de mi triunfo mientras me ducho. Me imagino lo que ocurrirá cuando encuentren el cuerpo, como se recriminarán los fallos unos a otros. Ese presuntuoso de Javier Martín cree que lo tiene ya controlado, piensa que tiene al asesino entre rejas, pero no, aquí estoy, bajo la ducha de mi casa…

Tengo previstas algunas respuestas por si algo hubiera salido mal, tengo previstos todos los escenarios. Sé que conocen la furgoneta, pero es imposible que lleguen aquí siguiendo el rastro de las cámaras callejeras, como mucho, con paciencia, dentro de unos días lograrán acotar la zona. Pero anda que no vive gente aquí… Soy una aguja en un pajar. Nunca van a dar conmigo. Voy a

acabar con el plan y a seguir mi vida tranquilamente. Nunca sabrá nadie quién lo hizo, tanto me da, porque ella sí lo sabrá, aunque también estará muerta poco después. Los demás me dan igual.

Me pongo el pijama y me meto en la cama sonriendo. Todo marcha según lo previsto y he pasado un buen rato. No hay nada como el placer del trabajo bien hecho, de los planes redondos. ¿Por qué no iba a ser así? Llevo mucho tiempo planeando esto como para fallar, aunque somos humanos. En cualquier caso, si algo así sucediera, tendría una respuesta. No me subestimo. Cojo la almohada con una mano y poso mi cabeza sobre ella. El sueño vendrá pronto. Me duermo con una sonrisa de satisfacción.

27

CUARTO CADÁVER

A las seis de la mañana Ernesto se levantó para ir al trabajo. Hacía frío y no le apetecía salir, pero las obligaciones mandan. Se vistió a toda prisa y se hizo un café de cápsula. No solía tener hambre a esas horas, pero no mantendría los ojos abiertos sin cafeína. Salió a la calle en busca del coche, no se podía permitir pagar una plaza de garaje, por suerte, vivía en un barrio en la que aún existía zona blanca. Iba mirándose los pies y bostezando, casi con los ojos cerrados, pero se tropezó con ella. Una falda de tela brillante, un cuerpo de pedrería, unas trenzas... ¿Cómo es posible? Pensó. Había leído en algún periódico que el asesino estaba entre rejas. Cogió el teléfono móvil y marcó el número de la policía.

—Oiga… Soy Ernesto Madruga. Iba a coger el coche para ir a trabajar y me he encontrado un cadáver en el suelo.

El policía le preguntó la dirección y él se la dio, añadiendo después:

—Disculpe es que… Es que creo que debo advertirles de una cosa: el cadáver es de una chica joven, casi una niña y lleva un vestido de fiesta. Le han hecho trenzas en el pelo.

El agente que lo atendía en el otro lado de la línea se quedó mudo y se preguntó exactamente lo mismo que Ernesto hacía unos minutos. A continuación, le informó de que iba para allá un coche patrulla y acto seguido llamó a la comisaría en la que llevaban los asesinatos.



Javier estaba dormido cuando sonó el teléfono, tanto que al principio no entendió lo que estaba pasando, queriendo incorporar el sonido a su sueño. Al ver la insistencia del aparato se dio cuenta de que el sonido procedía de la realidad y alargó el brazo en busca del móvil que sonaba. Tardó unos segundos más en entender que no era la alarma sino una llamada.

Al oír las noticias que le daban se levantó como con un resorte y se metió en la ducha, tardó dos minutos en salir y se vistió a toda prisa con los mismos pantalones que el día anterior, aunque diferente jersey.

No desayunó. De camino al coche llamó a Valeria, le dijo que la recogería en menos de media hora.

Valeria ya le esperaba en la calle cuando él llegó, se le notaba en la cara el sueño y apenas se había pintado. Mechones de su melena se revelaban cayendo por su cara a pesar de los esfuerzos que hacía por retirarlos. Estaba preciosa.

Se dirigieron hacia donde estaba el cadáver en silencio. Veía a Javier frustrado y agotado, no quería hacer leña con él.

Llegaron al lugar y vieron que el forense ya estaba examinando el cadáver.

—Chica joven, rubia, ojos azules. Creo que tendrá entre quince a dieciocho años. En buena forma física, sin laceraciones, escoriaciones ni hematomas recientes… Excepto por un traumatismo en la región occipital.

—Eso es nuevo —apuntó Javier—. Es la primera vez que las golpea.

—El golpe es ante mortem, todo parece indicar que lo hizo para reducirla.

—¿Por qué a ella? No creo que fuera la más fuerte de las tres —pensó Javier en voz alta.

—Porque sabe que estamos cerca, tuvo que arriesgarse mucho para secuestrarla, no podía permitirse ningún error. Piénsalo, tenía que saber que los compañeros estaban en la puerta de entrada de la casa. No sé si tuvo suerte de que no saliera por allí o…

—O se comunicó con ella y le dijo que lo hiciera.

—Eso significaría que la conoce, Javier.

Los dos policías se miraron con intensidad, al inspector le brillaban los ojos.

—Lo sé Valeria… Es un gran paso para nosotros.

—¿Es que sabéis quién es la víctima? —preguntó el forense.

—A falta de las formalidades procedimentales e identificación familiar, es Alicia Álvarez. Denunciaron su desaparición hace unas horas, anoche, para ser exactos. Estaba en casa de unas amigas y su madre se empezó a extrañar de que no la llamara para ir a recogerla. Llamó a casa de la amiga y se llevó una desagradable sorpresa: Alicia hacía ya horas que no estaba en la casa, alguien la había ido a recoger y se había marchado. Después de todo lo que ha pasado y con dos de sus primas asesinadas, la madre no tardó en sumar dos más dos y nos llamó corriendo. Nos pusimos en contacto con la patrulla que la vigilaba.

—¿La teníais bajo vigilancia?

—Sí, la verdad es que sí, pero por la puerta principal, que es donde estaba apostado nuestro coche, no salió. Con el presunto asesino entre rejas estábamos a punto de quitarles la vigilancia y, aunque al final, decidimos mantenerla un poco más, no vimos la necesidad de asegurar el perímetro, al fin y al cabo, aquello era ya una mera formalidad… Por si…

El forense asintió gravemente y continuó su explicación.

—La única herida que hay es la de la bala que la atravesó. De nuevo tiene orificio de entrada y salida y parte de la nuca hacia delante. No tiene rastros bajo las uñas y he recogido varias muestras de pelo, ya veremos que sale de ahí. Por el rigor mortis lleva muerta unas doce horas. Poco más puedo deciros por ahora, llueve sobre mojado.

Las labores de levantamiento del cadáver e inspección de la zona se demoraron unas cuantas horas. Valeria y Javier fueron a comer algo sobre las once de la mañana, cuando ya estaba prácticamente todo su trabajo hecho.

Habían interrogado al chico que había encontrado el cadáver, pero de nuevo no les había dicho nada relevante. Habían llamado a los timbres de los pisos de todos los edificios aledaños, nadie decía haber visto nada.

Mientras desayunaban hablaron del hallazgo y de la mala suerte que habían tenido. El asesino había logrado zafarse de la protección policial, como consecuencia, tenían otro cadáver. Sin embargo, entre los dos, habían extraído unas conclusiones halagüeñas de aquel infortunio. Conclusiones que no valían una vida, estaba claro, pero que les llevaban a pensar que estaban mucho más cerca del asesino de lo que en un principio pensaban.

—Me he despertado muy desanimado esta mañana, me sentía terriblemente culpable —confesó el inspector—todo nos sale mal, lo estamos dando todo y no logramos acabar con esto, detenerlo. Primero me empeñé en Gerardo y ahora vuelve a repetirse la misma historia. Atrapamos a Alberto, nos damos palmaditas en la espalda por un trabajo bien hecho… Y mientras nos estamos elogiando unos a otros, matan a otra chica.

Valeria suspiró.

—Te entiendo, yo estoy igual de frustrada que tú y me siento igual de culpable. No sé cómo voy a mirar a la cara a esa familia, llevamos ya muchas muertes a nuestras espaldas. Yo también aposté por Alberto, recuerda que fui yo la que insistí en las muñecas, quise ver una conexión con el disfraz, quise cuadrarlo, aunque no tuviéramos pruebas físicas, si tú te has equivocado, ¿yo qué?

—Tú eres una gran policía, Valeria, con un gran ojo y mucho instinto. Eres perspicaz y, aunque nos hayamos equivocado de persona, no podíamos no haberlo investigado.

—Gracias Javi, por animarme, pero lo mismo puede decirse de ti. También pienso en el compañero que estaba delante de la puerta de Alicia. Le va a caer la del pulpo.

—Tampoco tiene la culpa. Él tenía que vigilarla, pero con discreción, no era un guardaespaldas. Tuvimos mala suerte, Alicia salió por un sitio imprevisto y no estábamos asegurando todos los accesos. Esto podía pasar y ha pasado.

—Igualmente seguro que le cae un puro.

—No será por mí, no pienso informar mal al respecto.

—Bueno… ¿Y qué piensas?

—Pienso que quizá ha cometido un error. Pienso que con este secuestro nos ha dado muchas pistas.

—Sí, yo también lo creo.

—Piénsalo, ¿cómo consiguió que saliera por la puerta no vigilada? Tenemos que hablar con las personas que estaban con ella. Igual les dijo con quien había quedado. Y luego está lo del golpe en la cabeza. La atrae hacia sí, ella le ve a cara descubierta, ¿cómo la reduce? Sin duda la engañó, esperó a que le diera la espalda y le asestó el golpe. No quería matarla así, solo aturdirla para poder inmovilizarla. Con los policías tan cerca, sabiendo que todos nosotros estamos vigilantes… No podía permitirse estar un rato forcejeando, que ella gritara, que alguien se alertara… Lo conoce Valeria, lo conoce, ella y probablemente todas las demás. Me cago en la leche, el único que nos cuadra en todo este enredo es Alberto.

—Pero él no ha sido, está en prisión.

—¿Y Sara? ¿Y Toni o su padre?

—Vamos, aquí ya no hacemos nada y tenemos muchas puertas a las que llamar y mucha gente a la que interrogar.

Rápidos, se dirigieron a comisaría en cuanto tuvieron la zona controlada, allí se quedaron sus compañeros de la policía científica. En cuanto llegaron convocaron una reunión de urgencia. Mientras Valeria los esperaba en la sala de reuniones, Javier entró en el despacho del comisario.

—He quedado con los padres de Alicia, salgo ahora para el instituto anatómico forense, para que reconozcan a la niña.

—¿Cómo están?

—Los padres están en shock, aún no han descargado su ira contra nosotros. El abuelo sí. Miguel me ha llamado esta mañana y nos ha dicho de todo. Es comprensible, dada la situación, pero me ha dolido. Y además me he sentido inútil.

—Lo siento mucho comisario, le prometo que hemos hecho todo lo que podemos.

—Lo sé, lo sé. Ha llevado bien la investigación Javier, no tengo nada contra usted. Yo mismo no lo habría hecho mejor. Si se me hubiese ocurrido otra cosa que hacer, se lo habría dicho, téngalo claro, pero no ha sido así.

—Tendremos que ver a los padres.

—Mire Javier, los padres no saben absolutamente nada más que lo que pone en la hoja de la denuncia de la desaparición, le he dejado una copia impresa en el despacho. Tienen ustedes otras puertas a las que acudir. Háganlo. Dentro de unos días, tal vez después del sepelio, si lo considera necesario podrá usted visitarlos.

—Comisario, antes de que se vaya tengo que comentarle una cosa importante de la que vamos a informar ahora en la reunión. Entiendo su compromiso para con la familia y que no pueda delegar esa tarea, por eso se lo comento ahora rápidamente. Luego si quiere, hablaremos largo y tendido.

—Dígame, Javier. Deme buenas noticias, por Dios.

—Lo son, comisario, verá: el cadáver de Alicia presenta algo inusual, un traumatismo en la cabeza. Como se hizo cuando aún estaba viva creemos que fue con intención de reducirla, eso abre algunas incógnitas. Valeria y yo nos hemos decantado porque tenía prisa por apresarla y no quería que gritara y diera la voz de alarma. Creemos que se siente sitiado, que sabe que estamos cerca.

—Bueno, eso está bien.

—Hay otro detalle crucial: había un policía apostado en la puerta.

—Eso es tremendo, esperemos que no trascienda a la opinión pública porque seriamos el hazmerreír.

—Bueno, un solo hombre en un coche es a todas luces insuficiente para acotar una zona y de eso hemos sido siempre conscientes, pero creímos que ya no era necesario extremar las precauciones. No ha sido tanto un error del policía como nuestro. De los mandos.

—Estoy completamente de acuerdo, Javier, y no sé cómo voy a vivir con ello.

—Espere, no he terminado, ella salió por la puerta de atrás y no llamó a su madre para que la recogiera, según me han dicho.

—Así es.

—Pues es un claro signo identificativo de que el asesino la conocía. Las conocía me atrevería a asegurar. La llamó, le dijo que la recogería y la indujo a salir por detrás. Tiene que haber ocurrido así.

—¡Las conocía! —el comisario lo afirmó.

—Tiene que ser eso, comisario.

—Esa es una gran noticia. Aunque la única persona que hemos logrado demostrar que las conocía a las cuatro, ahora mismo está entre rejas.

—Pues está claro que hay alguien más. Y tenemos que encontrarlo antes de que mate a Ana.

—Por favor, que sea así.

El comisario se despidió de él y Javier se dirigió a la sala de reuniones, donde le esperaban hacía rato. Valeria había tomado la voz cantante y les iba relatando los acontecimientos. El inspector no la interrumpió.

—Me parece increíble. Creía que lo teníamos ¡joder! —exclamó Fran.

—Todos lo creíamos, Fran.

—Fue mi apuesta desde el principio y me he equivocado.

—Fran, nos hemos equivocado todos. Ojalá no hubiera sido así, pero así ha sido. Ahora tenemos que intentar que este sea el último cadáver y veo que por fin hemos logrado un pequeño error por su parte. Tenemos que tirar de ahí, averiguar quién la llamó esta tarde es crucial. También lo es interrogar a los amigos, porque quizá lo dijera. Y además está la familia de Alberto, que sigue sin gustarnos… Tenemos mucho trabajo y hay que tenerlo hecho hoy.

—Pero el teléfono… Hay que pedir una orden.

—La chica era menor, la factura la pagarán sus padres. Así que ellos tendrán acceso al registro de llamadas entrantes y salientes en la factura del móvil. Hay que conseguir que llamen mañana a la compañía telefónica y la pidan. Voy a llamar al comisario, creo que lo mejor será que se encargue él de obtener esa información. Y tiene que ser ya, por mucho que no quiera que se moleste a la familia.

—¿Qué más?

—Pues llamad a todos los amigos que estaban en la fiesta. Averiguad con quien había quedado para volver a casa. Valeria, tú y yo nos vamos ahora

mismo a casa de los García a hacerles una visita. Por cierto, ¿dónde está Adrián?

—Aquí estoy jefe —dijo el chico entrando por la puerta—. Disculpe, esta mañana tenía cosas que hacer. Ya me he enterado de que ha muerto otra chica.

28

SARA

Blanca estaba decepcionada. Había logrado dar con una pista crucial para el caso y creía a pies juntillas que, con su aportación, el descubrimiento de Alberto en la fotografía del entierro de Fátima, había conseguido resolver el caso. Javier se había mostrado muy satisfecho con ella. Le había dejado estar presente durante todo el interrogatorio e incluso hacerlo. Se encontraba en el mejor momento de su carrera profesional y de repente todo se había derrumbado cual castillo de naipes. Alberto estaba en prisión provisional y habían matado a otra chica. Se sentía mal, y no solo por sumar una nueva muerte, que también, sino porque aquello suponía que, en realidad, no se debía a ella y a su agudeza el descubrimiento del culpable. Era un sentimiento egoísta, pero no podía evitarlo.

Cogió la declaración de la madre de Alicia y la leyó para identificar a los chicos con los que había quedado. Isabel daba solo un nombre, Verónica Salgado, y una dirección. No le fue difícil dar con el teléfono del domicilio. Llamó.

—Buenas tardes, soy Blanca Cabrera, policía, necesitaría interrogar a su hija Verónica ahora mismo, ¿pueden venir a estas dependencias?

El padre de la chica le dijo que llegarían en media hora. Blanca se dispuso a esperarlos rellenando un formulario de declaración testifical.



Javier y Valeria salieron de la comisaría casi volando y se subieron en el coche de él. Era la hora de salida de muchos trabajos y encontraron mucho tráfico en la carretera.

Las cosas entre ellos habían vuelto a la normalidad, si se podía decir así, y disfrutaban de la bandera blanca tras la hostilidad que había desatado aquel beso y la torpeza posterior de Javier. Valeria no le echaba toda la culpa a él, era incapaz de no hallar culpabilidades en su conducta, era su carácter. Reconocía que su problema había sido siempre montarse una historia en su cabeza y

esperar que los demás se acomodaran a ella sin ni siquiera haberles pasado el guion. Los hombres la decepcionaban constantemente, o, mejor dicho, ella solo se enamoraba de los que la iban a decepcionar. Javier no había sido una excepción en esa cadencia sin sentido. Ahora solo le cabía esperar. Esperar a resolver el caso y luego, empezar de nuevo.

Javier charlaba sin percatarse de que Valeria estaba más sumida en sus propios pensamientos que en su cháchara. Hablaba del caso, emocionado por el giro de los acontecimientos. Pensando que quizá estaban a escasos minutos de detener al verdadero culpable. Pergeñando que tenían al culpable entre rejas pero les había faltado detener a su colaborador.

—Imagínate que Alberto colaboraba con José Antonio, quizá ambos estén subyugados por Sara, quizá trataran así de complacerla. Atrapamos a Alberto, pero José Antonio no quiere detenerse… Acecha a Alicia, tal vez le diga algo con lo que atraerla. Le promete descubrir el secreto familiar o cualquier cosa así. Ella accede y va donde él confiada, "el malo" está entre rejas. Quizá solo le dijo que quería disculparse por lo que había hecho su hijo, apeló a su mala conciencia, ¡vete a saber! La cuestión es que la llama y ella accede. Se encuentra frente a ella, pero se trata de una chica de diecisiete años, es atlética, practica deporte. Él es mayor, no cuenta con la fuerza de su hijo. Le asesta un golpe en la cabeza.

Valeria no contestó.

—¿Eh? ¿Qué me dices?

—Humm, sí… Ehh… ¿Cómo consigue su número de teléfono?

—¡Joder, Valeria! Alberto es su profesor de tenis, los tiene todos.

Valeria sonrió. La sonrisa iluminó su cara y le llegó a los ojos. Era una sonrisa de admiración. Ella nunca podría amar a alguien a quien no admirara. Javier pensó que sonreía porque estaba de acuerdo con su exposición, en parte así era. Le devolvió la sonrisa cómplice y se sostuvieron la mirada unos segundos. Poco después llegaron al domicilio de la familia García, aparcaron el coche de nuevo en zona prohibida y se dirigieron hacia el portal.

—Tal vez siempre ha sido solo Sara, disfrazada —dijo Valeria antes de llamar a la puerta.

Les abrió una Sara compungida, que los miró con una rabia que contuvo a duras penas. Los dejó pasar al interior de la casa, en la que se encontraban, sentados frente a un televisor apagado, su marido y su hijo pequeño.

—Ha aparecido un nuevo cadáver, el de Alicia Álvarez.

Toni pareció triste.

—Entonces ha quedado claro que nuestro hijo no ha hecho nada.

—No ha hecho nada ahora, puede que en los anteriores sí.

—No lo entiendo.

—Lo expresaré de forma clara, ¿qué hicieron ustedes tres ayer durante toda la tarde, digamos…, desde las cuatro?

A Sara se le escapó entonces una risa histérica que rezumaba odio, intentando serenarse escupió por la boca todo el veneno que le quemaba el estómago.

—Ustedes no han parado de intentar culpabilizarnos desde que empezaron los asesinatos. ¿Qué hicimos ayer? —rio—. Pues ir a visitar a nuestro hijo a la cárcel donde lo habéis metido injustamente. Eso hicimos. Compruébelo, anda, no le será difícil. No traten de buscar al asesino, ¿para qué? Si ya tienen uno. Han cogido a mi hijo como chivo expiatorio y ahora, no contentos con ello, tienen otro cadáver y quieren colgarnos el muerto… Nunca mejor dicho. ¡Me cago en mi puta vida! ¿Tanto poder tienen? Con sus mansiones, su dinero… Lo pueden comprar todo ¿verdad? Hasta a un culpable… ¡Pues no somos nosotros! —chilló—. Mierda de Ángela y mierda de todo. Yo solo he intentado llevar una vida lo más feliz posible. Conocí a mi marido, tuve a mis hijos, no tengo ni una puta multa de tráfico… ¿Y ahora soy una asesina? ¿Mis hijos? ¡Todos! Pero ¿de qué van?

Tomo aire para seguir replicando.

—Esto lo sabía yo… Lo sabía bien, desde que mataron a Fátima… Alguien quiere hacerle daño esa mujer, a esa mosquita muerta… Y todo por éste —señaló despectivamente a su marido—. Que no ha sabido quererme nunca, que se ha mantenido en las faldas de esa mujer, recordándola siempre, enamorado de ella cómo el primer día. Yo nunca tuve una oportunidad. Lo he intentado, de veras que sí… Pero esto ya es el colmo, ¿es que la maldita Ángela no va a parar de hacerme daño?

José Antonio la miraba estupefacto, descubriendo ahora que su mujer conocía su pasado y deseando que sus palabras de exculpación fueran ciertas. Ya dudaba de todo.

—Sí, hombre, sí, sé de sobras que era tu nieta, sé de sobras que tuviste una hija con ella. Te habría perdonado si me lo hubieras contado, pero no, me lo ocultaste. Tus motivos tendrías… Y ahora están todas muertas, todas sus

niñas… ¡Que se joda! No me da ninguna pena ella… Ella que siempre lo tuvo todo, hasta a ti…

El marido de Sara negaba con la cabeza. No era cierto que siguiera queriendo a Ángela. Guardaba un grato recuerdo de ella, habían vivido ambos una experiencia traumática que une para siempre, pero después conoció a Sara y se enamoró de ella. Pensó que viviría una vida tranquila junto a una mujer a la que amaba, sin embargo, ya no quedaba ni un vestigio de la chica amable y alegre que él había conocido.

—Se equivocan agentes, aquí no van a encontrar nada. Han metido a mi hijo en la cárcel por unas putas muñecas, ¡por unas muñecas! ¿En serio? ¡A la mierda las muñecas! —acto seguido, llevada por el arrebato del momento, empezó a cogerlas de las estanterías y a lanzarlas con fuerza. Impactaban en las paredes o en el suelo, se resquebrajaban.

Toni miraba a su madre atónito, asimilando las confesiones que acababa de hacer, en las que había revelado secretos de familia por mucho tiempo enterrados.

Antes de salir de la casa, Javier llamó a la cárcel en la que cumplía prisión provisional Alberto para confirmar la coartada. En unos diez minutos supo que la mujer decía la verdad.

A él ya no le correspondía actuar respecto al chico, pero imaginó que el aparato judicial se pondría de inmediato en marcha y, por malo que fuera su abogado, que no lo era, no tardaría en salir del recinto en el que lo habían encerrado.



Cuando Verónica y su padre llegaron a comisaría preguntaron por Blanca Cabrera. La agente los recibió y los llevó a la sala de interrogatorios.

Lo primero que hizo fue decirle que su amiga había aparecido muerta. La joven, que no lo sabía, empezó a llorar.

—Verónica, es crucial que nos ayudes, todo lo que nos digas puede ser vital para encontrar a la persona que le ha hecho esto a tu amiga, por favor, concéntrate en recordar todo lo que pasó en tu casa esa tarde.

La chica, entre hipidos y sollozos le explicó cómo había transcurrido la fiesta, que no distaba mucho de cualquier encuentro habitual entre jóvenes.

—¿Cuándo se fue?

—Eran las ocho más o menos.

—¿La fue a buscar su madre?

—No lo sé.

—Pero habían quedado que se llamarían. Ya sabes que Alicia no iba sola a ningún sitio.

—Espere… Unos minutos antes de irse recibió una llamada al móvil, salió para poder hablar con tranquilidad.

—¿Quién la llamó?

—No lo sé, no lo dijo, solo dijo que se tenía que ir ya.

—Pero ¿con quién se fue?

—No lo sé, señora, no lo sé —la chica volvió a llorar—. Solo la acompañé a la puerta, nos despedimos y entonces me preguntó si podía salir por el patio, ya que la esperaban en la calle de abajo. Le dije que no había ningún problema, le abrí y luego cerré la puerta. No vi nada, no vi a nadie.

Blanca supo que de ahí no iba a poder sacar mucho más. Al menos tenía la confirmación de que no había salido por la puerta de atrás por pura casualidad o por la comodidad de la anfitriona, sino que lo había solicitado ella. Eso significaba que era probable que el asesino se lo hubiera sugerido.



Cuando los inspectores llegaron a las dependencias policiales avisaron a todos para reunirse de nuevo y ponerse al día con las averiguaciones.

—José Antonio, Sara y Toni, estuvieron en prisión viendo a Alberto. He confirmado la hora de entrada y salida. Es imposible que secuestraran a Alicia. Así que una vez más nos hemos equivocado de objetivo —explicó Javier con pesar—. ¿Qué tenéis vosotros?

—Yo he interrogado a Verónica, jefe —intervino Blanca—. No sabe quién fue a recoger a Alicia. Por lo que se ve, ella no se lo llegó a decir. Sin embargo, ha declarado que la víctima recibió una llamada antes de irse y que la idea de salir por aquella puerta fue de Alicia. Según le dijo, la esperaban en la calle de atrás y así se ahorraba darle la vuelta a la casa por el exterior.

— Eso confirma que se conocían. Tuvo que ser alguien que tuviera su número de teléfono y que le diera la suficiente confianza como para irse con él en coche. Hay que volver a repasarlo todo. Hay que volver a buscar entre sus

conocidos y amigos, buscar a alguien que las conociera a todas ellas, alguien que fuera próximo a las chicas. Yo me volvería a centrar en la gente del club de tenis. Fran, ponte con la lista de trabajadores y socios y saca los antecedentes de todos, a ver qué encontramos. Por la declaración de Alberto sabemos que Fátima no era ajena al club y que fue a verlo jugar. A lo mejor ya había ido alguna vez antes de atreverse a abordarlo. Es posible que previamente conociera a gente allí y tuviera acceso al mismo aunque no fuera socia. Alberto nos ha dado el punto en que confluyen las cuatro y es ese club. Ahora ya no nos cabe ninguna duda. Pero hazlo mañana, es domingo y es tarde. Vamos a casa a descansar todos. Mañana será otro día muy largo.

La última en salir de la sala fue Valeria, que se dirigió a Javier preguntándole si necesitaba que se quedara. Él negó con la cabeza.

—Es domingo. No tenemos nada que hacer que sea inmediato, confirmada la coartada de la familia García, nos hemos vuelto a quedar sin sospechosos. Vamos a empezar a trabajar muchas horas, pero podemos hacerlo mañana. Descansa.

—Igualmente —se acercó a él y le dijo un beso en la mejilla, quería darle ánimos y no se le ocurrió mejor manera de hacerle saber que estaba ahí para él.

Javier no supo reaccionar ante aquel beso tan inesperado y permaneció inmóvil, mientras Valeria se alejaba por el pasillo de la comisaría.

Después él, en vez de irse a su casa, como habían hecho los demás, se dirigió al despacho del comisario, que ya había vuelto. Tenían cosas de qué hablar y una petición muy concreta que hacerle.

29

ANA

El lunes a las nueve de la mañana estaban ya todos en su lugar de trabajo. Blanca y Valeria habían entrado juntas puesto que se habían encontrado fuera media hora antes y habían decidido ir a tomarse un café. El segundo para ambas. Blanca estaba apagada, se sentía frustrada porque creía tener el caso resuelto y estaban como al principio. Valeria trataba de animarla al igual que lo hiciera con Javier.

Ella también se sentía perdida y abrumada por la cantidad de cadáveres que acumulaban ya y las pocas pistas, sin embargo, esta vez no podía desmoralizarse porque sabía que el inspector la necesitaba. No pensaba fallarle.

Le sorprendió ver llegar a Javier con relativa buena cara y el ánimo renovado. Desde luego, aquel hombre, que se había roto ante ella hacía tan solo unas horas, no dejaba de sorprenderla, tenía una entereza y un carisma como pocos había conocido en su vida. Intentó concentrarse en el caso, porque las distracciones sentimentales no iban a conducirles a nada.

—Chicos, tenemos autopsia, preliminar claro. Nada nuevo en el horizonte salvo el golpe en la cabeza. Os la paso para que la leáis. No sé qué pensáis vosotros, pero creo que, eliminando a Alberto de la ecuación y, de hecho, a toda su familia, la pista que nos ha dado al interrogarle acerca de Fátima es la más fiable que tenemos en cuanto al punto de conexión que podrían tener en común: el club de tenis. Gracias a Alberto hemos sabido que Fátima también fue, según él un par de veces, pero ¿quién sabe cuántas veces pudo ir antes de darse a conocer? Ya tenemos un listado de los trabajadores del club, y, como os anticipé ayer, quiero que busquéis los antecedentes de todos. A cualquiera que tenga lo que sea lo llamáis para interrogarlo. A la par de los socios. Empezaremos con los mayores de veinte. Por lo que dijo la psiquiatra no creo que sea menor, de hecho, veinte me parecen pocos, pero bueno. En cuanto a la franja por arriba, sencillamente, no hay, ¿de acuerdo?

—Sí, jefe —dijeron los presentes a unísono.

—Pedidle ayuda a los de siempre, a Adrián también, no entiendo como hace para llegar tarde todos los días con la que tenemos encima. Valeria, tú conmigo, vamos a ver al presidente del club, he concertado una cita con él a las diez.



Aparcaron en el propio club y entraron. Se identificaron ante la recepcionista, aunque esta ya los conocía de sobra. La chica los acompañó por las escaleras hacia la planta superior, en la que se encontraban, entre otras dependencias, los despachos de la dirección.

Les atendió un hombre canoso, en muy buena forma, con bigote y barba recortada. Se trataba de Timoteo Aguirre, el presidente del club. A juzgar por su edad estaría ya jubilado por lo que el tenis debía ser su pasión y única ocupación.

—Ustedes dirán.

—Buenos días. Mire, iremos al grano, pero si hay alguna cosa de relevancia que cree que me tendría que explicar, pero no acierto a preguntársela, dígamelo, ¿de acuerdo?

—Faltaría más. Lo que ocurre es que no sé cómo podría yo ayudarles en la búsqueda del asesino de esas pobres chiquillas. Conozco bien a Miguel y a Ángela, hace muchos años que nos conocemos, pero ya a la tercera generación la tengo menos tratada, como comprenderá. Eran buenas chicas, que nunca dieron problemas.

—¿Alguna vez se quejaron de algún tipo de acoso por parte de un empleado u otro socio?

—No, para nada, ni ellas ni nadie, nunca.

—¿Conoce usted si alguno de sus empleados tiene antecedentes?

—No, que sepamos. La mayoría llevan bastante tiempo aquí trabajando y nunca hemos tenido problemas con ellos.

—¿Alguien ha mostrado interés especial por los Álvarez últimamente?

—Pues no, no que yo sepa.

—¿Cuánto hace que los conoce?

—Muchos años, seguramente unos treinta… Desde los inicios del club. Hicimos muy buenas migas, aún hoy somos buenos amigos.

—¿A qué se dedica usted, señor Aguirre?

—Soy médico. Bueno, estoy jubilado ya, pero vamos, ese ha sido mi oficio toda la vida, como mi padre.

Algo en el cerebro de Valeria hizo click. Esperó pacientemente a que Javier acabara el interrogatorio y cuando salieron del recinto le avisó:

—Me parece increíble que, en una ciudad como esta, con más de un millón de habitantes, en este caso todo el mundo esté tan relacionado…

—¿Por qué lo dices?

—El médico que atendió a Ángela en el parto. Se apellidaba Aguirre. ¿Crees que es posible…?

—Hay que comprobarlo, sin duda.



Llegaron a comisaría, donde les interceptó el comisario, el cual les hizo pasar a su despacho.

—Acaban de irse de aquí José y Jaime Álvarez. Han venido a darnos la información que les pedimos y a apretarnos un poco las tuercas.

—¿Qué hay del teléfono?

—Malas noticias, Javier. Efectivamente, como tú pensaste, él es el titular de la línea de su hija, por lo que no tuvo problemas en que la compañía le pasara una relación de llamadas entrantes y salientes. Un poco antes de la hora en que los amigos corroboran que se fue, recibió una llamada. Era de un móvil de prepago. Ninguno en la familia lo tiene registrado en sus respectivas agendas. El teléfono de ella, como bien sabéis, no lo hemos encontrado y pierde la conexión en casa de la amiga.

—Joder.

—¿Qué habéis averiguado vosotros?

—Valeria ha hecho gala de su buena memoria, también es cierto que es una de las que estuvo sobre la pista del convento y del pasado de Ángela. No encontramos a nadie que pudiera estar vivo y en la vida de Ángela de nuevo… Sin embargo, no pensamos en los hijos de esas personas. Resulta que el presidente del club de tenis se apellida Aguirre.

—Claro, lo conozco.

—Pues un tal Aguirre fue el que asistió a Ángela en su primer parto, el anterior a su matrimonio con Miguel. Creemos que pueda tratarse del padre del

presidente.

—¡Joder! —exclamo ahora el comisario—. Pero ¿qué interés podría tener ese hombre en matar a esas chicas?

—Ni idea, pero fíjese en todos los requisitos que cumpliría: conoce a Ángela y su pasado, está vinculado al club y tuvo la oportunidad de conocer a todas las asesinadas.

—Me doy cuenta, sí. Vayan a comprobar si es realmente su hijo y díganme lo que sea en cuanto lo sepan.

Pocos minutos más tarde Valeria y Javier habían conseguido el dato. Fueron a ver al comisario para confirmarle que sus sospechas habían resultado ser ciertas. Barajaron diferentes opciones, entre ellas, preguntarle a Ángela si era consciente de que su amigo desde hacía más de treinta años era hijo del ginecólogo que la había asistido cuando dio a luz a Flora. Pero decidieron hacerlo más adelante, era primordial ajustarle las clavijas a aquel hombre y ver lo que éste daba de sí una vez descubierto. Desde luego era posible que tanto Ángela como el propio Timoteo ignoraran esa conexión, pero aquello era lo más aproximado que tenían a una pista.

Pasadas las ocho de la tarde se reunieron como de costumbre para poner en común aquello relevante que hubieran averiguado ese día. Adrián había sido puntual en esta ocasión.

—¿Qué tenéis chicos?

Todos negaron con la cabeza.

—Hemos comprobado ya todos los nombres y no hay ninguno que tenga antecedentes, ni judiciales ni policiales. No sabemos qué hacer ahora, Javier, ¿los interrogamos a todos?

—Eso sería una puta locura, pero quizá nos veamos en la obligación de hacerlo. Por ahora mañana vamos a llamar amablemente —entonó la palabra con ironía—al presidente del club, a ver qué nos cuenta.

—Pero ¿no venís de hablar con él? —se extrañó Fran

—Así es. No nos ha dicho nada relevante, pero luego hemos descubierto que conoció, o al menos tuvo la oportunidad de hacerlo, a Ángela durante su reclusión en el convento.

—¿Perdona?

—Es el hijo del doctor que asistió a la abuela de las víctimas en su primer parto.

—No sé, Javier… Es todo increíblemente casual… Pero yo no conozco a ninguno de los clientes de mi padre, que es fontanero. Quiero decir que no tiene porqué saber el pasado de Ángela —argumentó Blanca.

—Tienes razón, pero no perdemos nada por apretarle un poco las tuercas, ¿no crees? ¿Y si resulta ser un fundamentalista o un extremista religioso?

—¿Y si resulta simplemente que está enamorado de Ángela y, ante su rechazo, la ha querido colocar en una posición vulnerable?

Todos se giraron hacia Valeria.

—Por Dios, Valeria —rio Blanca—. Esto no es una novela de Corín Tellado… Ni Cumbres Borrascosas.

Los demás rieron y rebajaron así la tensión acumulada de tantos días.

—Si yo sabía que eres una romántica —se burlaba Fran—. Desde luego, al final va a resultar que un hombre enamorado es más temible que un hombre armado —Fran acompañaba sus palabras con gestos histriónicos y todos reían.

Finalmente abandonaron la sala y se dirigieron a sus casas para descansar, de nuevo el día siguiente sería largo. Antes de que Fran, que iba en primer lugar, cruzara el umbral de la puerta, Javier apuntó:

—Disculpad, olvidaba daros un detalle crucial. El mismo día de la muerte de Alicia Álvarez, el comisario y yo tuvimos una conversación. De las primas solo queda Ana, hay que extremar mucho la precaución con ella, tenerla vigilada las veinticuatro horas. Ya hemos llamado para que vayan dos policías a su casa. Esta vez nada de disimulos, les hemos explicado a la familia que es fundamental y necesario. Si piden más explicaciones, se las daremos. También tienen que haber visto que la chica está en peligro, no creo que hayan sido tan tontos como para no atar cabos.

—Un momento, jefe —dijo Adrián—. Nos basamos en que son familia, ¿no es así? En que todas tienen un vínculo de sangre con Ángela, ¿me equivoco?

—No, Adrián, no te equivocas.

—Suponemos que va a matar a las primas, a todas las primas, porque hasta ahora es lo que ha hecho…

—Cierto, así es.

—Pues… —el chico escogió muy bien sus palabras, titubeando—. Pues ya ha acabado, jefe.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ana Moreno no está emparentada con Ángela de ninguna manera. Ana es la hija del primer matrimonio de Carlos.

Aquello sentó a los inspectores como un tiro, ¿pero es que a nadie se le había ocurrido darles una información tan relevante? Era cierto que no habían investigado a la chica puesto que en ningún momento había sido sospechosa de matar a sus primas.

—Cuando Ana era muy pequeña su madre murió. Luego Carlos, su padre, conoció a Julia e hicieron muy buenas migas. Se adoran y, de hecho, tras casarse con Carlos, Julia la adoptó. Pero no son madre e hija, al menos no de forma natural sino adoptiva. Tal y como están las cosas he pensado que debía decirlo.

—Así es. Muy bien, Adrián. De todos modos, mantendremos la vigilancia, el asesino no tiene porqué saberlo y no me voy a arriesgar a otra muerte —después, cambiando de tono, se volvió a dirigir al policía—. Pero ¿cómo sabes tú eso?

Adrián Vidal se sonrojó, probablemente por primera vez en su vida, y contestó a su jefe con cierto temor de ser reprendido. Les contó a todos lo que había tratado de ocultar hasta entonces.

—Porque Ana es mi novia, Javier.

Todos se quedaron de piedra.

—Nos hemos conocido a través de la investigación y sé que no es en absoluto ortodoxo… Pero es lo que ha ocurrido. Lo siento.

El inspector sonrió dándole una colleja con cariño a su subordinado.

—¡Venga ya, hombre…! Desde luego no desperdicias una oportunidad.

Todos rieron.

—No pasa nada. Uno no elige de quien se enamora, ni cuándo o dónde la conoce.

Acto seguido todos se despidieron con una sonrisa en los labios. Nadie, excepto Valeria, se había dado cuenta de que, mientras pronunciaba las últimas palabras, el inspector Martín no miraba a Adrián, sino a ella.

De repente, cuando todos estaban enfilando el pasillo, Blanca se giró hacia ellos, impidiéndoles el paso.

—¿Y qué pasa si ha acabado?

—¿Qué quieres decir, Blanca?

—Todas las nietas de Ángela están muertas. ¿Qué pasa si ha acabado? ¿Si no mata más?

—Lo que pasa es que le cogeremos —sentenció Javier Martín, con una seguridad que estaba lejos de sentir.

30

FLORA

Al día siguiente Javier se levantó temprano y se vistió casi con los ojos cerrados. Había hecho de ello su rutina y ahora ya no se chocaba con ninguna pared al ir de su habitación al aseo y de ahí a la cocina. Cuando iba a encender la cafetera de cápsulas, le sonó un mensaje de WhatsApp. Le extrañó porque no solía recibir mensajes tan temprano y cuando eran del grupo de trabajo de la comisaría sonaba de forma distinta. Había escuchado el tono de los mensajes personales.

Cogió el teléfono con curiosidad y observó el nombre que aparecía en pantalla. Era Valeria.

"¿Desayunamos, jefe?"

Javier sonrió estúpidamente. Luego contestó.

"Claro, voy para la comisaría, salgo ya"

No esperó respuesta y salió de casa de inmediato, tenía la impresión de que aquella cita no era casual ni tenía solo —se hizo la ilusión de que también—, carácter personal. Algo le rondaba a su compañera por la cabeza, tanto que no habría podido dormir en toda la noche y apenas había podido esperar a compartirlo con él.

Cuando atravesó la puerta del del edificio donde vivía le sorprendió ver a la subinspectora apoyada en un coche aparcado justo enfrente. Sin darle tiempo a preguntar le dijo:

—Sube a mi coche, sé exactamente a donde quiero ir.

Javier no rechistó e hicieron el viaje en silencio. Valeria le llevó a una cafetería-pastelería que estaba en el centro, a medio camino entre su casa y la comisaría, aunque era un trayecto que él solía evitar a causa del tráfico.

Se sentaron en una mesa redonda y pequeña. La miró a la cara por primera vez desde que se subieran al vehículo. Lejos de parecer cansada, estaba radiante. Lucía una sonrisa perenne en el rostro que a él le hubiera gustado descifrar, pero dedujo que cualquier comentario personal estaría fuera de lugar. No imaginaba cuanto se equivocaba.

La camarera se acercó a ambos. El local estaba prácticamente vacío. Pidieron dos cafés con leche. Valeria pidió un croissant de chocolate, él, que tampoco había desayunado, se decantó por comer algo salado.

—Javier, no he parado de darle vueltas al coco… Lo de Ana ha sido toda una sorpresa.

—Si.

—Presiento que estamos muy cerca.

—Pues yo me siento algo perdido, creo que hemos escudriñado hasta el último rincón.

—Lo hemos hecho, efectivamente. No puede decirse que hayamos dejado una sola cosa por investigar.

—Pero no sabemos nada.

—Al contrario, Javier, sabemos muchas cosas. Ayer estabas optimista. Hoy te quiero así también.

—Sí, sí, perdona. Tienes razón, sabemos cosas y suponemos muchas también. Hemos descartado sospechosos. Ahora entre los que quedan tiene que hallarse el culpable. No hay más. Pero, si te soy sincero, no creo que el doctor Aguirre tenga nada que ver. Es una intuición…

—Sueles tener buen olfato para estas cosas.

—¿Vas a decirme ya lo que te ronda por la cabeza? —estuvo a punto de escapársele un apelativo cariñoso que solía emplear con ella, rectificó a tiempo.

—Vamos a ver, Javi… Nos estamos centrando en club de tenis porque es lo que las une. Pero si hacemos eso, perdemos la perspectiva de Ángela. Ayer estuve repasando los asesinatos y vi una cadencia: Fátima, Patricia, Helena, Alicia. No siguen un orden cronológico por edades, pero sí lo hacen por la secuencia de los hijos de Ángela.

Javier la miró comprensivamente.

—Primero la hija de Flora, después la de José, la de Julia y por último la de Jaime.

—Eso es.

—Según Blanca puede que haya acabado.

—Pero ¿qué ocurre si no ha sido así?

—¿Quieres decir que va a subir de generación? Que ahora le toca… ¿A Flora?

—Sí, Javier, eso creo.

—Pues en ese caso urge ir a ver a Flora, hay que ponerla a salvo. Vamos, ve saliendo, voy a pagar.

Valeria no discutió aquella orden y cuando Javier subió al coche ya tenía el motor en marcha. Se dirigieron a casa de Flora mientras Javier llamaba a comisaría y les decía que citaran a Timoteo Aguirre a las doce. Calculaba que para esa hora habrían acabado en casa de la hija mayor de Ángela.

—Si Valeria y yo no hemos vuelto a la comisaría para entonces, encargaos vosotros.

Cuando llegaron al bloque de pisos en el que vivía Flora aprovecharon que un vecino salía para entrar y dirigirse a su puerta. Llamaron varias veces, pero nadie contestaba. Consideraron la posibilidad de que estuviera trabajando y la llamaron al móvil. Oyeron con nitidez como empezaban los tonos a sonar en el interior de la casa y cómo, al cortar la llamada, cesaban estos también.

Javier se temió lo peor y con maña abrió la puerta del domicilio. Encontraron a Flora en su cama, tumbada. Llevaba puesto un vestido de color rojo y le habían trenzado el pelo. Javier pegó un puñetazo de impotencia en la pared. Acto seguido llamaron a sus compañeros para procesar la escena, después, al forense y al juez de guardia. El hedor inundaba sus fosas nasales porque el cuerpo estaba empezando ya a descomponerse, como luego corroboraría el médico, la mujer llevaba horas muerta.

Mientras esperaban fueron examinando las estancias. No había nada alterado, nada que denotara que había habido una pelea o un enfrentamiento. Todo era muy extraño, la casa estaba ordenada, sin embargo, el cuerpo de Flora restaba encima de la cama, con la parafernalia de los demás cadáveres.

Cuando llegó el forense comprobó que el cuerpo también presentaba un tiro en la nuca.

—Sin embargo, este disparo no es como los demás —dijo el doctor—. Fue producido *post mortem*…

—Pero eso es…

—En la autopsia os diré más, pero la causa de la muerte no es el disparo. Por las características del cuerpo, me atrevería a decir que fue una intoxicación.

—¿Voluntaria?

—Eso es imposible saberlo, pero quizá.

—Lo único que me puede convencer es que el asesino llegara y ella ya estuviera muerta… Puede que se suicidara o puede que se le fuera la mano con

las pastillas. En cualquier caso, cuando el asesino llegó, no pudo sino recrear su escena, pero le privó del placer de acabar con su vida.

—Estoy de acuerdo contigo, Javier.

Estuvieron algunas horas más en casa de Flora junto a la policía científica. Una vez hubieron acabado el trabajo allí se fueron a comisaría.

Javier los convocó a todos a una reunión de urgencia en cuanto terminó el informe sobre la muerte de Flora. Era ya muy tarde, pero quería conocer qué habían obtenido de la declaración de Timoteo Aguirre. El equipo se resintió mucho de aquella muerte. Fran profirió todas las palabrotas que conocía y a él se unieron Blanca y Adrián. De nuevo aquel individuo del que muy poco sabían se les había adelantado.

Antes de entrar en la sala Valeria recibió una llamada.

—¡Hola guapa! No hay quien te vea.

—Lo siento Laura, estoy trabajando a tope.

—Pero un rato si tendrás el fin de semana, ¿no? Tenemos que quedar para cenar y ponernos al día. ¿Qué tal van las cosas con el inspector buenorro?

—Por Dios, Laura, no lo llames así. Y no van. No va nada.

—Pues me lo cuentas el sábado. No admito un no como respuesta.

—Ya veremos.

—¿En qué andas metida?

—Estamos de lleno con los asesinatos de las chicas a las que visten de niñas pequeñas, o de muñecas, o vete a saber qué es lo que recrea, yo ya no lo sé. Tienes que haberlo visto por televisión.

—Claro, claro, ¡qué interesante! ¿Sabes que tengo una amiga que trabaja en el hospital psiquiátrico?

Laura era enfermera de pediatría.

—Pues no sé, Laura.

—Sí, mujer, esa que a veces nos hemos encontrado de fiesta… La que siempre dices que es la mayor de todas nosotras y la que más aguanta…

Valeria asintió, sin llegar a ubicar a la persona a la que se refería su amiga.

—El caso es que me la encontré hace unos días y estuvimos hablando de ello. Me dijo que la abuela de tres de las niñas es paciente suya. Al parecer estuvo ingresada hace muchos años, cuando ella acababa de salir de la facultad, y ahora ha vuelto. No me extraña con todo lo que le está pasando.

—¿Qué me dices?

A Valeria le saltaron todas las alarmas. ¿Ángela una enferma mental?

—Lo que te cuento, sí.

—¿Qué le pasaba?

—Pues no lo sé, no lo sé, yo no la conocí, pero algunas de las enfermeras la recuerdan porque frecuentan un club de social o algo así, y ella allí es muy conocida. Creo que su marido es unos de los fundadores.



Dado que el asunto tenía máxima prioridad, cuando se reunieron ya tenían acceso al análisis toxicológico de Flora.

—El análisis superficial del cuerpo es similar a los otros. La casa estaba en orden y no parecía haber habido ninguna lucha o forcejeo. No tenía heridas ni arañazos, ni moratones, nada que hiciera denotar que se resistiera. Otra cosa llamativa también es que no tenía señales, como las otras, de haber sido maniatada ni tampoco resto de pegamento en la boca. Para corroborar lo distinto de este crimen, acabamos de recibir la autopsia y su cuerpo presentaba una dosis en sangre elevadísima de benzodiacepinas. No es de extrañar que, con lo que le acababa de ocurrir el médico le hubiera recetado diazepam o similares, de hecho, encontramos cajas vacías en un armario del lavabo de su casa. Con lo cual barajamos la siguiente hipótesis: Flora injirió esos medicamentos de forma voluntaria y además tomó alcohol junto con ellos. Dicha intoxicación le produjo la muerte. Cuando llegó el asesino ella ya debía de estar muerta, así que se limitó a arreglar su cuerpo. A imitar su modo de proceder, para que supiéramos que había estado allí. Incluso puede que quisiera hacernos creer que la había matado él.

—¿Por qué crees que no la envenenó?

—Pues porque eso se aparta de lo que él hace, que es con lo que, presumiblemente y, por palabra de la doctora Vargas, obtiene placer. Tanto es así, que, frustrado, siguió su rutina a pesar de que ya no era necesario el disparo.

—Es posible que la convenciera para entrar en su casa. La puerta no estaba forzada, por lo que tuvo que dejarlo pasar. Eso también refuerza nuestra teoría de que se conocían. Puede que, una vez allí, le pusiera los medicamentos… En una bebida, por ejemplo.

—Si fue así, se llevó los vasos —todos rieron ante la broma de Javier, necesitaban un respiro—. La puerta no estaba forzada, es verdad, pero es una

puerta simple de madera contrachapada. Si Flora estaba dentro no tendría echada la doble llave. Cualquiera con un poco de maña y una radiografía podía haber abierto.

—Me queda una duda aún —dijo Fran—. ¿Por qué no la sacó a la calle?

—Es una buena pregunta, yo también me la he hecho —afirmó Valeria.

—Creo que el rigor mortis dificultaba mucho la movilidad con el cadáver. El edificio en el que vivían tiene cuatro puertas por rellano y no tiene ascensor. Era muy arriesgado bajar sin que nadie lo viera. Supongo que lo valoró y decidió dejarlo así.

—Por cierto —intervino Blanca—, hace muy pocos días del asesinato de Alicia y no es fin de semana. Está acortando plazos.

Todos asintieron ante la afirmación de la compañera.

—Otra cosa, chicos, acabo de hablar con una amiga mía que es enfermera. Conoce a una mujer que trabaja en psiquiatría y me comentó, como de pasada, que Ángela estuvo ingresada hace bastantes años.

—¿Crees que Ángela tiene algo que ver?

—Creo que hay muchas cosas de Ángela y de su entorno que aún desconocemos. Creo que merece la pena saber qué le ocurrió.

—Estoy de acuerdo, nos ponemos con ello enseguida. Necesitamos una orden para acceder al historial, se lo diré al comisario.



Llevo horas apostado frente a la casa de Flora y no sale. Conozco sus rutinas y suele salir a esta hora todos los días a hacer la compra. Ayer estuve aquí y tampoco salió. Tengo que acabar ya, no puedo esperar más tiempo. Los inspectores vigilan a Ana, no descarto que muy pronto piensen que vale la pena vigilar a Flora y a Julia también. Eso me dificultaría mucho el plan. Incluso me lo pondría imposible y no puedo permitirme que ocurra tal cosa. He llegado muy lejos para acabar aquí. Voy a esperar unos minutos más y si no sale, entro a por ella.

Voy a entrar. Ya no puedo esperar más tiempo, voy a entrar.

Mierda, mierda, mierda. Por un momento he pensado que la casa estaba vacía, que en algún momento de los que no puedo estar aquí apostado se ha ido vete a saber dónde y que no va a volver. Luego la he visto.

Está en la cama tumbada. Me he acercado a ella con sigilo y ni se ha inmutado. Cuando he tenido un ángulo mejor de visión me he dado cuenta de lo que pasa. La muy idiota ha muerto. ¡Me cago en todo! ¿Porqué? Tiene un vaso vacío en la mesilla y muchos blísteres de pastillas al lado. Estúpida. Piensa, piensa… Bueno, la prepararé y le dispararé como siempre. Me llevo estos vestigios de que se ha suicidado o lo que sea que le haya pasado. Igual pasa desapercibido. No creo, pero, quien sabe.

¿La bajo a la calle? Uff, es muy arriesgado, plena tarde, muchos vecinos… No me he cruzado con nadie al entrar, eso ha sido una suerte, pero salir con un cadáver es otra cosa. Bajar todas esas escaleras con un cuerpo me va a hacer tardar mucho, a alguien me cruzo seguro, igual alguna cotilla mira por la mirilla. Mejor la dejo aquí.

Qué mal… Puta Flora… Me ha jodido el plan… Bueno, no te preocupes… Está muerta, que es el objetivo. Sigue con lo tuyo. Vas muy bien.



Tras aquella información de Valeria, el inspector Martín iba a dar por concluida la reunión cuando su compañera volvió a intervenir.

—Javier… ¿Qué pasa si se siente frustrado?

—¿A qué te refieres, Jara?

A Valeria no le extraño que usara su apellido, solía hacerlo en el ambiente laboral, aunque era cierto que cada vez lo hacía menos. Lo que siempre le había hecho gracia le pareció, en esta ocasión, una forma de alejarse de ella.

—Verás, yo soy el asesino y tengo sed de sangre, pero llego y mi víctima está muerta. Lo lógico es pillarse un rebote del quince, cagarse en todo, frustrarse.

—Y empezar a matar a lo loco, a diestro y siniestro —Adrián acompañó aquellas palabras de una leve risa, pero la subinspectora le miró comprensivamente.

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo, Adrián… ¿Y quién es la próxima de la lista?

Todos contestaron al unísono: Julia.

Debían ponerla a salvo.

31

JULIA

Javier decidió salir inmediatamente a casa de Julia. Tenía en la cabeza aún la muerte de Flora, la manera en que el asesino, la hubiera matado o no, se les había anticipado, no se iba a arriesgar a que le volviera a pasar.

Le hizo un gesto a Valeria para que lo acompañara, cuando llegaron a la altura del coche le indicó que se pusiera al volante, ella conocía, al igual que él, la dirección.

En cuanto se hubo puesto el cinturón de seguridad llamó desde su teléfono móvil al comisario.

—¿Qué carajo hace Martín? ¿No está en la comisaría?

—Ya no comisario, escuche, vamos pitando a casa de Julia, no me fio… Después de la muerte de Flora… En fin, pensamos que iba a dejar correr el tiempo, como siempre ha hecho entre asesinato y asesinato… Pero pensándolo bien, ¿y si se ha desatado? No podemos no protegerla. No me lo perdonaría.

—Pues claro, tiene razón. Organizo los turnos y en cuanto lo tenga envío la primera patrulla a su casa. En cuanto lleguen quédense con ella todo el tiempo necesario hasta que los releven, no va a ser demasiado. Estamos en contacto, Javier. Suerte. Presiento que se acerca el final.

—Espero que no para Julia.

—Y yo, inspector.

Llegaron lo más rápido que pudieron al domicilio de la mujer y se apearon del vehículo enseguida, tuvieron suerte de que, al ser una zona residencial con garaje privado en cada una de las casas, las aceras estaban vacías y aparcar fue un mero trámite. Llamaron al timbre de la puerta exterior varias veces. No contestó nadie. Desesperado, Javier saltó la valla y aporreó la puerta, tampoco le contestaron en aquella ocasión. Miró a Valeria interrogante. El acceso al interior de la vivienda era una puerta blindada que no se abriría fácilmente. Podían descerrajar el arma en ella o bien romper alguna ventana. Valeria impuso un punto de cordura y sacó su teléfono móvil para llamar a Julia. Se

agotaron los tonos sin respuesta. Lejos de desanimarse, llamó a Carlos, su marido.

—¿Dígame?

—Carlos, soy la subinspectora Valeria Jara, ¿sabe dónde está su mujer? Estamos en su casa y no nos contesta nadie —. La policía intentó mantener un tono lo más sereno posible.

—Pues es que no está en casa, la llamé para decirle que no podía llegar a cenar, que tengo mucho trabajo pendiente y llegaré tarde. Le sugerí que se fuera a cenar con sus padres, no quería que estuviera sola. Vaciló un poco, pero finalmente me hizo caso.



Julia estaba en casa sola llorando a Helena. Aquello se había convertido en una rutina diaria desde que muriera y a ella le dieran una baja por depresión y ansiedad. A eso de las ocho de la tarde le llamó su marido y le dijo que le sería imposible llegar pronto aquella noche.

—Vete a casa de tus padres, no quiero que estés sola.

—Llevo sola todo el día, no pasa nada.

—Sí que pasa, no quiero que estés sola. Hazme el favor de ir a casa de tus padres. Te avisaré cuando llegue a casa, si es muy tarde, quédate a dormir con ellos.

—Vale, está bien.

A continuación, llamó a Ángela y le advirtió de que iba a ir a su casa a cenar.

—Ven, hija, ven. Tu padre esta noche tampoco estará, ha tenido que salir de viaje por trabajo, me pregunto de qué nos ha servido que se jubile si trabaja igual... Yo ahora estoy en el dentista, en cuanto termine, me voy para allá.

—Ay mamá, lo siento, te dije que te acompañaría y se me fue de la cabeza.

—No pasa nada hija. Nos vemos en un rato.



Ángela me había dicho que iría a la consulta con Julia, siempre le ha aterrorizado ir al dentista. En cuanto ha salido de casa me he colado en ella y he dejado una pequeña sorpresa en la mesa de centro. Nos sentaremos en los

sillones, iniciaremos una charla casual y alguna de las dos se fijará en el objeto que he colocado. En ese momento empezará el juego. En ese momento lo entenderán todo, pero será demasiado tarde. Morirán.

Las cosas han empezado a torcerse cuando Ángela ha salido del portal sola. Me he puesto un poco nervioso, pensando en cómo solucionarlo, pero luego ha comentado que había recibido una llamada de Julia diciendo que iba a cenar a su casa. He tenido suerte, ella sola acudirá a la boca del lobo. Tengo que darme prisa, si ve lo que he dejado en la mesa antes de que yo llegue puedo tener problemas.

Otro contratiempo, me ha llamado Carlos para decirme que la policía está buscando a Julia. Corre. Entras en casa, la coges y te vas con las dos al bosque. Allí estarás tranquilo. No será como lo habías planeado, pero lo importante es que lo conseguirás. Tienes que llegar antes que la policía, ¡corre!



Julia aparcó en la misma puerta y abrió con su llave. Todos los miembros de la familia tenían un juego, la casa familiar era un legado común extensivo a hijos y a nietos. Entró en el salón e inmediatamente se sintió mejor, más cálida, más arropada. La habitación olía a vainilla porque su madre solía encender velas aromáticas. El sofá tenía el olor de su perfume. Al rato se aburrió y pensó en encender la televisión y distraerse con alguno de aquellos programas de debate y prensa rosa, pero la agobió el hecho de que la noticia de los asesinatos en los que habían resultado víctimas su hija y sus sobrinas le volviera a martillear la cabeza. La vida, desde la muerte de Patricia, había sido un continuo bucle temporal que les hacía revivir la pena. Cuando murió su hija Helena, aquel bucle había devenido eterno.

Se puso a recorrer la casa, como solía hacer a menudo, hasta pararse ante una estantería con libros. Pensó que podía esperar a su madre leyendo algo. Cogió un libro y se sentó en uno de los sillones alrededor de la mesa de centro, eran asientos muy cómodos por lo que solían usarlos para la lectura.

De repente una de las fotos de la mesa le llamó la atención, en ella solía estar la imagen de su madre, pero alguien había superpuesto por encima del marco otra fotografía distinta. La miró con curiosidad unos segundos hasta que procesó lo que revelaba la imagen. De repente, lo entendió todo.



—¿Hola?

—Comisaría, dígame.

—Quiero hablar con alguien que lleve los asesinatos de las niñas…

—Le paso.

Unos segundos después la voz de Blanca contestó la llamada.

—Verá… Llevo unos días dándole vueltas a una cosa —le dijo la interlocutora—. He observado que mi vecino, el día que la última chica…, esto… Alicia desapareció volvió a casa en una furgoneta negra… No sabía que hacer, porque seguramente es una tontería que no tenga nada que ver… Mejor lo dejamos.

—No, no, dígame, por favor —interpeló Blanca, con cierto nerviosismo.

—La cosa es que esta tarde le he visto volver a coger la furgoneta… Y no sé, me ha parecido raro… No sé por qué le tiene que coger el coche al vecino, ¡como si él no tuviera! Quizá no sea nada…

—Señora, ¿quién es su vecino? ¿Cuál es su dirección?

Blanca se quedó lívida en cuanto oyó la respuesta, colgó el aparato sin despedirse ni tomarle los datos a la mujer y llamó a Javier.



Julia no podía respirar, tenía que salir de allí inmediatamente y ponerse a salvo. Lo más lógico sería ir a la comisaría y explicarse, pedir protección. Todos aquellos pensamientos se arremolinaban en su cabeza y no podía pensar con claridad, pero el sonido de unas llaves abriendo la puerta la paralizaron, deseó con todas sus fuerzas que fuera Ángela, pero una voz de hombre disipó sus dudas y sus esperanzas.

—Julia, sé que estás ahí. No puedes escapar, no me lo pongas difícil. Tu querida mamá te espera en la furgoneta. ¿No querrás dejarla sola?

A la mujer se le pusieron los vellos de punta, un escalofrío le recorrió de arriba a abajo. Aquella casa solo tenía una salida, cualquier huida debían ser hacia delante. Quizá fuera verdad que no tenía escapatoria. Sin pensarlo mejor, subió las escaleras para esconderse en alguna de las habitaciones del piso superior. Él la siguió. No le costó mucho vencer su resistencia y abrió la puerta

tras la que ella se había parapetado. No hubo lugar a forcejeo entre ambos, aunque ante su superioridad física Julia también habría sucumbido. La apuntó con un arma y la instó a acompañarle. En cuanto acabó de hablar oyeron un estruendo abajo. Parecía un arma.



Javier puso la sirena del coche y empezó a correr cómo nunca había hecho antes. Un sexto sentido le decía que era ahora o nunca. Llegaron a la casa antes que ninguna otra patrulla y enseguida divisaron, aparcada en la puerta, la furgoneta negra. Lo bueno de aquello era que el asesino aún no se había marchado, a Julia aún le quedaba una oportunidad. Saltaron la valla metálica y se dirigieron a la puerta del domicilio. El inspector no se lo pensó dos veces y disparó sobre la cerradura. La puerta se abrió. Entraron en la casa conscientes de que el sujeto debía portar un arma y de que los había oído llegar. Se adentraron con sigilo, asegurando todas las estancias, que estaban vacías. Oyeron gemidos en el piso de arriba y decidieron subir, las escaleras les ofrecían muy poca cobertura, pero no podían hacer otra cosa. Subieron los peldaños sin problemas todo lo rápido que pudieron y frente a ellos, en la habitación de matrimonio, vieron a una mujer de pie en el zaguán de la puerta con un hombre detrás, que la agarraba por el cuello con una mano y la apuntaba con el arma que portaba en la otra.

—Déjenme ir, inspectores. O la mato aquí mismo —gritó.

—Nadie tiene porqué salir herido —dijo Valeria con una voz muy suave—. No has hecho nada aún. Nada te relaciona con las niñas… Todo puede salir bien, deja a Julia, hablemos de ello.

Mientras Valeria intentaba con su voz dulce y serena calmar al sujeto, Javier, en un movimiento rápido e inesperado por todos, menos por su compañera, le disparó en la cabeza. El hombre cayó al suelo. Había acabado todo y Julia seguía viva.

Valeria abrazó a la mujer que, histérica, no paraba de llorar y convulsionar. Cuando se serenó, les dijo que creía que su madre estaba en la furgoneta. Bajaron de inmediato para comprobar el estado de Ángela y se cruzaron con las patrullas que ya venían a darles auxilio. En breves frases, Javier les dio instrucciones y procedieron a abrir el vehículo. Allí dentro, maniatada y

silenciada, pero viva, estaba Ángela. Cuando le quitaron la cinta americana balbuceó torpemente.

—Me lo encontré en la puerta del dentista, me dijo que me acompañaría a casa —después, llorando desconsolada, añadió—, lo siento, hija, lo siento tanto, todo ha sido culpa mía…

Pero Julia no podía abrazarla, aunque en su fuero interno se alegrara de que estuviera bien, tenía demasiadas preguntas que necesitaban respuestas antes de saber, tan si quiera, si podría perdonarla.

Javier las acompañó a la ambulancia y se despidió de ellas. Antes de marcharse Julia le advirtió:

—Recoja la foto que hay en el salón… Es la clave.

Javier y Valeria entraron en la casa para ayudar a procesar la escena. Javier estaba demasiado cargado de adrenalina como para pararse a pensar que acababa de matar a un hombre, por muy criminal que este fuera. Con los días aquel acto ya le pasaría factura.

Entraron en el salón y allí, en el suelo, sola, desangelada, les aguardaba una fotografía antigua de una niña pequeña vestida con un traje rosa y el pelo trenzado. Solo que no era una niña, era José.



José odiaba quedarse a solas con su madre, sabía que le haría pasar por aquella tortura una y otra vez. La suerte quiso que un día, no mucho después de que aquello empezara, su padre llegara a casa inesperadamente y se encontrara a Ángela gritando y buscando a su niña. Supo que algo volvía a no marchar bien. Después del parto Ángela había manifestado comportamientos extraños. Miguel la había llevado al médico y éste le había diagnosticado una esquizofrenia. Había estado ingresada y medicada desde su alta hospitalaria, pero de nuevo parecía haber sucumbido a la enfermedad. No sabía que había dejado la medicación, sin decírselo, para ser madre de nuevo.

Llamó a una ambulancia y a una vecina para que se hiciera cargo del niño y se fue con ella con el convencimiento de que seguramente tendrían que volver a ingresarla.

En cuanto su padre se hubo ido, José subió a la habitación de matrimonio y cogió el vestido rosa que guardaba en su madre en el armario, lo hizo jirones

con unas tijeras en su habitación y luego lo metió en el fondo del cubo de la basura. Nadie tenía porqué saber nunca que aquello había ocurrido. Después buscó en los cajones de la habitación para dar con una fotografía que un día Ángela le había tomado. Pensó en destrozarla también, sin embargo, un impulso lo obligó a guardarla. La escondió en el desván. Cuando su padre llegó aquella noche y le explicó que mamá se había puesto malita y seguramente estaría unos días fuera, el chico contestó:

—Quiero que me cortes el pelo ya, por favor.

Muchos meses después su madre volvió a casa. Era otra mujer, risueña, cariñosa, serena. José esperó en vano una disculpa, pero su madre nunca se la dio. Cómo iba a dársela si no recordaba nada.

José pensó que quizá podrían empezar de cero, pero Ángela volcó todas sus atenciones en el bulto rosa que portaba con ella. Un bebé rollizo y llorón llamado Julia, condenando a José al ostracismo. En ese momento empezó a odiarlas a las dos. Sin saberlo, Ángela había sembrado en él el germen del odio y deseos de venganza.

Con los años la rabia de José fue creciendo. Percibía cómo una afrenta cualquier gesto que su madre tuviera con Julia. Urdió mil formas de venganza que, con los años y su madurez se fueron tornando más verosímiles. Su inteligencia lo contuvo mientras era joven, pero los años acentuaron la animadversión que había desarrollado respecto de todas las mujeres de la familia, las cuales, obtenían una atención especial de la matriarca por el simple hecho de su género. Un género que él no poseía, un género que ella se empeñó en imponerle. No sentía más que odio, hasta por su propia hija. La idea de matarlas se fue asentando en su cabeza…hasta que ya no la pudo contener.

32

VALERIA Y JAVIER

El comisario era una persona discreta, pero tenía ojos en la cara. Sabía desde hacía tiempo que entre Javier y Valeria había surgido algo, aunque desconocía los detalles. Lo que quiera que fuese no debía ir por buen camino, pues, un día poco después de iniciarse el caso de las niñas, Valeria había acudido a su despacho y le había anunciado que había solicitado un traslado. Le pidió que informara de forma favorable y le dijo que quería llevarlo con la máxima discreción, se excusó diciendo que no quería que nada distrajera a la unidad del caso que investigaban. Él solo le pidió que terminaran aquel trabajo y ella accedió. Tras la resolución y después de declarar oportunamente en favor de Javier ante la investigación de asuntos internos, el inspector se cogió unos días libres instigado por el propio Piedrahita. Su sorpresa había sido mayúscula al ver cómo Valeria había aprovechado aquellos días para despedirse de sus compañeros y, en ese momento, estaba recogiendo las pocas pertenencias personales que le quedaban en su mesa con la finalidad de abandonar la comisaría para siempre.

Cogió el teléfono y marcó el número de Javier, aquello iba en contra de su forma habitual de proceder, pero algo le decía que debía hacerlo, apreciaba mucho al inspector.

—Comisario, dígame, ¿ha ocurrido algo?

—Ella se va, Javier, está recogiendo sus cosas. Pidió un traslado hace tiempo, me dijo que no quería que se supiera…

—¿Ella? ¿Quién se va, Piedrahita? —preguntó, aunque conocía la respuesta.

—Jara, Valeria Jara está ahora mismo recogiendo sus cosas.

Javier evaluó el terreno rápidamente, se dio cuenta de que no llegaría a tiempo a la comisaría.

Valeria lo recogió todo en menos de diez minutos, pero se sentó en su silla, añorando ya todo lo que dejaba atrás. Blanca se había enfadado con ella por no decirlo con tiempo suficiente para preparar la despedida que se merecía. Los demás compañeros le habían dado un abrazo cariñoso y le habían deseado

mucha suerte. Todos lamentaban su partida porque era una buena policía, pero, especialmente, porque era una magnífica compañera. Se habían despedido con promesas de seguir en contacto, promesas que quedarían engullidas por la vorágine de los días.

Salió de la comisaría tras pronunciar un último adiós a los que allí quedaban y se subió en el coche rumbo a su casa. Echaba muchísimo de menos a Javier y la entristecía no haberle visto por última vez, haberle ocultado su decisión. Sin embargo, sabía que era la mejor decisión, pues no sabía cómo enfrentarse a él, le iban a fallar las fuerzas y no quería pasar por aquello.

Aparcó el coche y se dirigió a su piso, en la puerta había un hombre en actitud de espera. No podía creerlo.

—¿Qué haces, Valeria? ¿Dónde vas con todas tus cosas?

Ella no contestó. Se le había formado un nudo en la garganta que debía tragar antes de intervenir. Había evitado encontrarse con Javier a toda costa y, cuando creía estar a salvo, a un paso de su hogar, cuando lo único que quería hacer entra entrar y llorar todo lo que había estado reprimiendo mientras recogía su mesa, el inspector aparecía como por arte de magia, impidiéndole el paso, pidiendo una explicación para esa huida torpe y silenciosa.

Él sabía que si no decía nada ella acabaría por hablar, por sentir la necesidad de rellenar aquel silencio que oprimía. Valeria lo sabía también, no en vano era subinspectora, pero no pudo evitar caer en el ardid.

—He pedido un traslado, en un par de días debo incorporarme a mi nuevo puesto de trabajo.

—¿Dónde?

—Lejos.

—No lo entiendo —protestó enojado—. No entiendo qué necesidad tienes de irte. Aquí estas bien. Todos tus compañeros te quieren, somos una piña, nos llevamos bien, trabajamos bien. No hay conflictos entre nosotros, acabamos de resolver un caso excepcional…

—¿No lo entiendes? —suspiró, enfadada de pronto y se armó de valor—. Pues lo que pasa es que no puedo seguir así. Me hace daño. Todos me quieren, es verdad, todos me quieren menos tú. Y lo peor es que yo a ti sí que te quiero, que creo que me enamoré de ti el primer día que te vi. Ya no puedo más, es mejor así. Está claro que tú no sientes lo mismo.

A Javier sin querer se le escapó una sonrisa, de las palabras de su compañera deducía que no estaba todo perdido.

—Creo que tú y yo tenemos un gran problema de comunicación —dijo y se echó a reír. Su risa, franca, salía de dentro y contagió a Valeria. Hay veces que el dolor se transforma en risa. Eso era lo que les acababa de ocurrir, porque la risa siempre es una escapatoria a la tragedia. Se puede reír de dolor, se debería llorar siempre de alegría.

—¿Por qué te ríes? —preguntó ella, al fin.

—Porque te quiero, Val. Y no he podido hacerlo peor, pero confío en que aún esté a tiempo de rectificar.

Valeria se estremeció al escuchar su primera frase.

—Me besas y luego haces como si nada hubiera ocurrido, no me hablas, esquivas el tema, te olvidas de mí. Te importó poco dejarme hecha un mar de dudas, esperando cada día algo que no iba a suceder.

—Tienes razón —dijo el hombre con pesadumbre—. No sabía cómo, ni encontraba el momento… Y cuando lo intenté te fuiste corriendo. Asumí que dabas el tema por zanjado.

—Podías haberme seguido, podías haberme parado, podías haberte hecho escuchar. Cualquier cosa me habría valido, Javier. Poco exijo, aunque lo quiero todo. Yo no te pido nada, sin embargo, esperaba una explicación. Probablemente no tenga derecho a sentir que me la debes, pero entiéndeme, no puedo pasarme la vida imaginando, supliendo tus silencios con mis deseos, necesito que me digas… Pero tú no dices nada, callas y tiras para delante. Ignoras lo que sucede a tu alrededor, te abstraes, y dejas a la gente deshecha.

—Tienes razón. Lo siento. Creí que era obvio que me había enamorado de ti. Para Piedrahita ha sido obvio, por eso estoy aquí —ella asintió comprendiendo —. Te besé porque te quiero, porque pienso en ti cada segundo, porque no estar contigo me produce ansiedad. Porque conocerte ha sido como encender la luz de una vida oscura, carente de alicientes. Te lo digo ahora: te quiero, Valeria. No te vayas. Y claro que tienes derecho a pedirme explicaciones, lo que pasa es que no lo hiciste.

—Es verdad, hemos actuado como auténticos imbéciles.

La chica se acercó a él y lo besó. Una sucesión de besos siguió al primero, al principio explorándose, tímidos, después ganando intensidad.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó él.

—No puedo revertir el traslado, ya es un hecho.

Javier lo sabía.

—No importa. Si tú quieres, lo intentaremos.

Valeria asintió y lo besó de nuevo.

¿Qué si quería? Para Valeria conocer a Javier había sido lo más importante que le había sucedido en mucho tiempo. Cuando lo veía, cuando lo escuchaba, algo en su interior le decía que había llegado a puerto. Solo él conseguía excitarla, solo él la calmaba. Cuando le ocurría algo bueno, quería contárselo a él antes que a nadie. Si se sentía mal, necesitaba su consuelo. Javier se había acomodado en su estómago, que es de donde salen las emociones que valen la pena, las que nos dan el pulso de nuestra vida.

Después subieron a su casa. Aquello era un comienzo. Les quedaba mucho por resolver, pero ya no tenían dudas de que lo harían juntos.

Nota de la autora

Escribo desde que tengo uso de razón, lo que no quiere decir que lo haga bien, únicamente indica una inclinación. He escrito mucho durante toda mi vida, desde un diario hasta novelas que no vieron la luz, desde la lista de la compra hasta pequeños textos que publico a través Instagram, que se ha convertido en mi libreta. Para los que no me seguís en redes soy @lachicaqueoposita.

Quiero agradecer su esfuerzo a todas las personas que me han apoyado en este camino breve, a contrarreloj, por el que he transitado hasta publicar. He cumplido con ello un sueño y lo que venga después será un regalo.

Gracias a todos esos lectores cero que me han ayudado a mejorar. Gracias Magí, José Luis, Miriam, Manu, Trinidad. Gracias Javier, no tengo palabras que abarquen lo mucho que te agradezco tu ayuda, ha sido brutal. La mitad de la novela es tuya.

En realidad, nunca pensé que alguna vez me atrevería a dar este salto al vacío, pero aquí estoy. Espero que hayáis disfrutado con esta tímida opera prima que me he atrevido a mostrar, que, si más no, os haya entretenido. En cualquier caso, lector, te agradezco infinitamente haber gastado tu tiempo, el bien más preciado que tenemos, en leerme y asimilar este pedazo de mí que va impregnado en la novela.

Quiero que sepas lo importante que eres para mí, que con tu aliento efímero yo construyo puentes, que las palabras atraviesan cualquier frontera, y que, aunque no quiero vivir solo de palabras, estas han construido la base de lo que ahora tenemos, que no va a terminar nunca, porque no voy a permitir que suceda. Esto es un comienzo. Nos queda mucho por andar, pero no podemos no hacerlo juntos.